

Sophie Saint Rose

Paris France

Pygame

Compartir

Sur Delta

**Déjame compartir tu vida**

**Sophie Saint Rose**

Kim se asomó a la ventana de su dormitorio, sin imaginarse que el hombre que veía al otro lado, iba a cambiar su vida para siempre. Mike era grosero y tenía malos modos, pero su nuevo vecino sabía provocarla de una manera que le subía la temperatura. Sería imposible resistirse a esa pícaro sonrisa que la volvía loca.

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Amor por destino”. Próximamente publicará “Róbame el corazón” y “Protégeme”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

# Indice

[Indice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

—¿Me vas a ayudar a mover la cómoda de sitio o no? —le preguntó a su hermana Sheila mosqueada viéndola mirar por la ventana medio atontada.

—¡Ven a ver esto!

Intrigada se acercó para ver bajar a tres tíos de un camión. Y qué tíos. Era mediados de agosto y hacía un calor espantoso en Staten Island, así que ninguno llevaba camiseta. Su hermana y ella, viéndoles reír mientras abrían la parte de atrás del camión, pegaron la nariz al cristal mientras se les caía la baba viendo abdominales.

—¿Serán de la mudanza? Con tíos así, me mudaría a todas horas —susurró su hermana.

—Se ha vendido la casa de la señora Peterson —dijo viéndolos subir al camión y desapareciendo de su vista. Se giró hacia su hermana mirándola con sus mismos ojos verdes—. Serán los nuevos vecinos. Es un camión de alquiler.

—Dios mío. ¡Qué suerte tienes! ¡Mi vecino tiene casi setenta años y usa andador!

En ese momento salieron dos saltando del camión y cogieron las cajas que el otro les tendía.

—Kim, mira ese rubio. Está para comérselo.

Ella no miraba al rubio del pantalón corto, sino al moreno que le indicó con la cabeza a su amigo que le siguiera empezando a caminar delante como si fuera el que mandaba. A Kim se le cortó el aliento. Era guapísimo y tenía un punto canalla con el tatuaje en el antebrazo que le subió la temperatura sin darse cuenta. Se mordió el labio inferior al ver como los músculos de su espalda se movían levantando algo la caja que debía pesar bastante.

Corrieron a la ventana de al lado de la cama y vieron como entraban por el garaje volviendo a salir segundos después.

—Uff, con un vecino así, me pasearía en pelotas delante de la ventana.

Miró asombrada a su hermana, que para tener dos años menos, era mucho más espabilada. —Estás mal de la cabeza. ¡Es un vecino! ¡O vecinos! Tendrías que verle después y te morirías de la vergüenza.

Sheila sonrió apartando su cabello moreno del hombro. —Vamos, ¿y que más dará?

—¡Da porque luego sería la comidilla del barrio! ¡Además, ni sabemos si son los vecinos!

Volvieron a cambiar de ventana y cuando el moreno se giró con la caja miró hacía arriba levantando de manera muy sexy una de sus cejas negras. Ambas chillaron apartándose y escondiéndose tras la pared. Asustada miró a Sheila al otro lado de la ventana. —¿Crees que nos ha visto?

—¿Con tu pelo rojo que parece un anuncio de neón? Claro que sí.

—¡No es rojo!

—Bueno, da igual. Ahora tienes que bajar y presentarte, porque si no pensarán que eres una cotilla salida, además.

—¡Yo no estoy salida!

—¿Hace cuánto que no te tiras a un tío?

Se puso como un tomate. —¡Sheila!

—Oh, por Dios... pareces una monja. Ese trabajo de mierda te está volviendo muy estirada.

—No te soporto.

—¡Ahora vas a cambiar tú la cómoda de sitio! —Kim gruñó antes de mirar por la ventana con un solo ojo. —Qué sutil eres. Baja de una vez y preséntate. Y de paso me presentas a mí. Invítales a una cerveza.

—No tengo cerveza. Como no les invite a un vaso de agua...

—Monja, lo que yo decía. —Su hermana volvió a mirar por la ventana y vio a varias vecinas en sus porches tomando un café. —Al parecer mirar es gratis.

Atónita vio a su vecina de enfrente comiéndoselos con los ojos. —¡Si la señora Svenson tiene cincuenta años!

—Pues todavía le pica el...

—¡Sheila, de verdad, me pones de los nervios!

Su hermana la miró de arriba abajo. Desde su cabello pelirrojo con los rizos casi despeinados, pasando por su cara sin maquillar hasta su camiseta de tirantes negra y los pantalones vaqueros cortos. Levantó sus cejas negras al ver las uñas de sus pies pintadas de rojo fuego.

—Estás perfecta. Vamos. —La cogió por la muñeca y tiró de ella hasta la puerta. —Hay que ser educada con los vecinos.

—¿Pero no debería prepararles un pastel o ...

—Mañana se lo llevas. —La miró maliciosa. —Y que sea de chocolate.

—¿Por qué de chocolate? —preguntó bajando los escalones mientras empezaba a ponerse realmente nerviosa.

—El chocolate es sexy, que tengo que explicártelo todo. —Llegaron hasta la puerta. —Venga, sal tú primero.

—¿Por qué yo primero?

—¡Porque tú eres su vecina! —Abrió la puerta y la empujó fuera de golpe. Al mirar hacía el camión se puso como un tomate al darse cuenta que los tres la miraban y más aún cuando su hermana salió sonriendo de oreja a oreja. —Muévete —siseó su hermana antes de sonreír aún más.

—Te va dar un tirón en las mejillas.

—Como no te muevas, te mato.

Resignada se volvió de nuevo y muy tensa bajó los escalones del porche mientras su hermana la seguía. Al llegar al empedrado del jardín se clavó una piedra en la planta, pero disimuló cojeando hacía ellos. Su hermana la miró de reojo con ganas de matarla.

—Hola —dijo ella olvidándose de lo buenos que estaban por el dolor del pie.

Los tres tíos se miraron con jactancia y eso la molestó muchísimo, pero aun así preguntó —¿Sois los nuevos vecinos?

—Sólo él, guapa —dijo el rubio comiéndose con los ojos a su hermana —. Aunque si llego a saber que hay estas vecinas, me mudo a este barrio.

Sheila sonrió tontamente y ella incómoda miró al moreno. —Así que

serás mi vecino. —Alargó la mano. —Kim Basinger.

Los tíos se la quedaron mirando atónitos antes de echarse a reír a carcajadas y ella se sonrojó apretando la mano que le tendía y dejándola caer.

Sheila, que sabía lo mal que lo había pasado en el instituto por llamarse así, perdió la sonrisa poniendo las manos en las caderas. —¿Os parece gracioso?

El moreno miró a Kim con sus ojos grises de arriba abajo. —Un poco.

Kim muy tensa asintió antes de girarse. —Bienvenido al barrio. Ha sido un placer.

Su hermana les fulminó con la mirada antes de seguirla cuando el rubio preguntó a gritos —¿Y tú cómo te llamas, preciosa?

—¡No te importa, imbécil!

Eso les dejó secos y se miraron antes de encogerse de hombros. Kim abochornada entró en su casa yendo hasta la cocina, apartando una silla para sentarse y comprobar el pie. Se sentó levantándolo y quitando la piedra que tenía pegada a la planta.

—¡Serán idiotas! —dijo su hermana enfadada.

—No pasa nada. Me ocurre constantemente —susurró intentando que no la afectara.

—El día que se le ocurrió a mamá llamarte así...

—Déjalo, ¿quieres?

—¡Si ni siquiera te ha dado la mano! ¡Ni ha dicho su nombre! ¡Qué grosero! ¡Yo que tú ya no me acostaba con él por muy bueno que esté!

—No pensaba acostarme con él. Dejemos el tema.

Su hermana apretó los labios y dijo —Vale. ¿Movemos la cómoda?

Se negó a mirar por la ventana el resto de la mañana. Bastante había hecho ya el ridículo. Después de mover la cómoda de sitio para colocar un armario extra que acababa de comprar, se puso a montarlo con ayuda de su hermana. Cuando terminaron a última hora de la tarde había quedado

perfecto. —¿Y qué vas a meter aquí?

—Ropa.

—¿Esa ropa que no merece un armario nuevo?

—Ja, ja. Trabajo en una biblioteca. No puedo ir vestida con vestidos sexis. No me tomarían en serio. Bastante tengo con llamarme como me llamo.

—Seguro que los usuarios no saben tu nombre completo.

—No. Ya me he encargado de eso poniendo en la placa señorita Basinger.

—Esos tíos son unos inmaduros.

—Claro, como tú te llamas Sheila.

—Creo que mamá no se dio cuenta hasta después. Simplemente escogió un nombre que le gustaba sin pensar en el apellido.

—¡Pues hay que pensar en el apellido!

—Si al menos dijeras que te llamas Kimberly.

—¿Crees que no lo he probado? Después de veintisiete años lo he probado todo, te lo aseguro. Pero siempre termina igual. Una risita o una broma. —Abrió los ojos exageradamente. —Pues no te pareces en nada a ella —dijo con voz chillona—. Si no eres rubia...

—Gilipollas. Lo que yo decía.

—Déjalo. ¿Qué te parece si pedimos una pizza y vemos una peli?

—No puedo. Tengo una cita.

—Al menos tú tienes vida social.

—¿Por qué no vienes? Seguro que a él no le importa.

—Lo que me faltaba. Ir de carabina de mi hermana pequeña. —Entró en su armario empotrado y cogió varios jerséis. —Te veo mañana en casa de mamá para la comida de todos los domingos.

Su hermana carraspeó y ella salió con una pila de jerséis. —¿Qué? ¿No me digas que no vienes?

—Mamá va a presentarnos a un novio nuevo.

—¿Otro?

Sheila hizo una mueca. —Al parecer es...

—No me lo digas. El amor de su vida.

—Exacto. —Enfadada fue hasta el armario nuevo y colocó los jerséis manteniéndose en silencio como siempre que estaba enfadada. —Venga, no te lo tomes así.

—No me lo tomo de ninguna manera. Estoy harta, sólo eso.

—Ella es feliz así. Ya no vives allí, así que déjalo estar.

—Claro, como no te llama a ti para que la consueles cuando la dejan tirada. Siempre soy yo su paño de lágrimas.

—Bueno, es feliz hasta que la dejan.

—Siempre es la misma historia. —Volvió hacia el armario y cogió varias cazadoras. —Se enamora con locura y cuando pasan tres meses el fantástico príncipe azul desaparece. Y la mayoría de las veces ese príncipe azul se la ha jugado. O estaba casado o le ha pedido dinero o le ha pegado ladillas.

Sheila hizo una mueca. —Lo de las ladillas fue muy fuerte.

—¡Parece un imán de sinvergüenzas!

—¿Por eso tú no sales con ninguno? ¿Es por lo de Cris o para que no te peguen ladillas?

—Muy graciosa.

—No, en serio. ¿Por qué no sales con nadie? —Su hermana estaba preocupada, pero estaba harta de que su madre y ella siempre le sacaran el tema.

—¡Porque yo sí estoy esperando un hombre que sea el amor de mi vida y no me conformo con menos!

—Pero mientras aparece puedes picotear algo.

—No, gracias. Picoteé hace un año y tuve indigestión.

Sheila se echó a reír. —Era un estirado de primera. ¿De dónde le sacaste?

—Era profesor de universidad. Lo saqué de un curso de historia

americana.

—Ahora lo entiendo todo. Sácalo de una discoteca, que al menos te removerá todas las células del cuerpo.

Sonrió sin poder evitarlo. —Lárgate.

Sheila se acercó y le dio un beso en la mejilla. —Te quiero.

—Y yo a ti. Pásalo bien.

Escuchó cómo bajaba las escaleras corriendo y cómo salía dando un portazo. —¡Eh tú, musculitos! ¡Quita ese trasto del medio, que tengo que sacar mi coche!

Se acercó a la ventana para ver como el rubio se reía acercándose a su coche y cuando su hermana se sentó detrás del volante, él le impidió cerrar la puerta agachándose a su lado mientras apoyaba la mano sobre el techo del coche. Su hermana sonriendo de oreja a oreja debió decirle algo que no le gustó demasiado, porque se enderezó antes de cerrar la puerta de un portazo. Fiel hasta la muerte. Sabía que le habían hecho daño y no se lo perdonaría fácilmente. Al girar la cabeza se encontró con que el moreno la miraba con un martillo en la mano y una caja de herramientas en la otra mientras su compañero movía el camión. Levantó la barbilla apartándose de la ventana.

Cuando llegó la pizza, se sentó en el sofá disfrutando de la extra de queso mientras veía “La fiera de mi niña”. Le encantaba Katharine Hepburn. Nunca había visto esa película y le pareció muy divertida. Estaba riéndose cuando llamaron a la puerta y con un trozo de pizza en la mano se acercó al hall abriendo distraída con la boca llena. Cuando vio a su recién estrenado vecino, esta vez con camiseta blanca, masticó muy seria. —¿Querías algo?

—Me preguntaba si puedes darme el número de la pizzería porque no conozco ninguna por aquí cerca.

—Oh, claro. —Se acercó a la caja de la pizza y arrancó la hoja de pedido. —Aquí tienes.

Él la cogió, pero antes de que cerrara la puerta se lo impidió. —Por cierto, me llamo Michael Robson, pero todos me llaman Mike.

—Muy bien. —Intentó cerrar la puerta otra vez y exasperada vio que le impedía cerrar de nuevo.

—Sobre lo de antes...

—¿Te importa? —preguntó molesta porque volviera a avergonzarla—. Se me está enfriando la pizza.

Él apretó los labios asintiendo. —Que tengas una buena noche con tu película y tu pizza.

—Gracias —respondió ácida cerrando de un portazo. Sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó para mirar por la ventanita que estaba al lado de la puerta. Le vio bajar los escalones y detenerse antes de mirar hacia atrás irónico como si supiera que le observaba. Se apartó de golpe. —¡Serás idiota! ¿Para qué miras? —Para mirarle el trasero que era para morirse.

Se sentó en el sofá y sin darse cuenta estiró el cuello girando la cabeza para mirar su jardín, pero ya no le veía. Veinte minutos después vio que llegaba el chico de las pizzas con tres cajas grandes y una bolsa con bebidas. ¡Ya había perdido el hilo de la película y se la había fastidiado!

A la mañana siguiente era domingo, así que antes de ir a casa de su madre a comer para ponerse de mala leche con su nuevo novio, tenía que cortar el césped y regar. Fue hasta el garaje y sacó su cortacésped. Colocó el pie sobre el motor antes de tirar con fuerza de la cuerda. Sonrió encantada porque encendió a la primera y empezó a cortar el césped por el exterior del jardín rodeando la valla.

Minutos después un toque en el hombro la sobresaltó y se volvió para ver a su nuevo vecino pegándole gritos. Dios, qué bueno estaba recién levantado. Y supuso que estaba recién levantado porque sólo llevaba pantalón del pijama. Él le quitó los cascos y Kim gritó cuando tiró de un par de pelos al quitárselos. —¡Oye!

—¿Sabes qué hora es?

—¿Las nueve de la mañana? —respondió molesta arrebatándole los cascos.

—¡Es domingo!

—¡Mira a tu alrededor!

Mike se giró para ver que varios vecinos estaban sacando su cortacésped al jardín. —Bienvenido a un barrio residencial. —Se puso los

cascos y maliciosa aceleró el cortacésped. Él levantó los brazos exasperado antes de girarse para ir hasta su casa. La fulminó con la mirada subiendo los escalones del porche y Kim sonrió de oreja a oreja.

Diez minutos después volvió a acercarse furioso y le arrebató los casos de nuevo antes de volver a su casa. Kim jadeó indignada. —¡Que son míos!

—¡Yo los necesito más!

Pero menuda cara tenía. Debería ir a recuperarlos. Miró su pequeño jardín y se dijo que tampoco le faltaba tanto. Mejor los recuperaba en otro momento porque Mike no estaba de humor. Cuando terminó empezó a regar y al regar uno de sus rosales la manguera se anudó y al desenrollarla se mojó entera. Estupendo. Terminó de regar y su vecina de enfrente cruzó la calle con una tarta en la mano. Asombrada vio que iba hacia la casa de su vecino. Increíble. ¡A ella no le había llevado nada cuando se había mudado el año anterior! Molesta siguió regando sin dejar de observar cómo su vecina aun en bata llamaba a la puerta de Mike. Su vecina no se dio por vencida y volvió a llamar a la puerta esta vez con más insistencia. Kim disimuló una sonrisa cuando él abrió con evidente mala leche con sus cascos puestos. Su vecina sonrió de oreja a oreja entregándole la tarta y vio como él se esforzaba por ser amable, aunque se notaba que quería volver a la cama.

Cerró el agua de la manguera y fue hasta el lateral de la casa donde tenía el aparato que había comprado para recogerla. Pulsó el botón y empezó a entrar la manguera rápidamente enrollándose, cuando por el rabillo del ojo vio pasar a la señora Svenson que la saludó con la mano como si la acabara de ver. —Buenos días, Kimberly.

—Buenos días, señora Svenson.

La manguera entró tan deprisa que el extremo de la boquilla le golpeó en la frente. —¡Mierda! —Se llevó la mano a la frente.

—¿Te has hecho daño? —La voz de Mike tras ella la sobresaltó y antes de que pudiera evitarlo, la volvió para apartar su mano cogiéndola por la muñeca provocándole un escalofrío. —Ha sido un buen golpe.

—Estoy bien —dijo dando un paso atrás evitando esos ojos grises.

—Estás sangrando. No es mucho, pero...

Su cercanía la puso nerviosa y susurró —Estoy bien. Gracias. —Casi salió huyendo hacia su casa y subió los escalones, entrando en ella como si la

persiguiera el diablo. Al verse en el espejo de la entrada, juró por lo bajo al ver la pequeña herida en el centro de la frente. —Estupendo. —Se tocó la zona de alrededor y sabía que se le iba a amoratar, porque cualquier golpe le dejaba un morado durante días. —Esto es estupendo.

Resignada se fue a la ducha y cuando salió escuchó ruidos en el piso de abajo. Envuelta sólo con una toalla, corrió al cuarto de invitados y cogió la raqueta de tenis. ¡Eso le pasaba por no haber cerrado la puerta! Asustada empezó a bajar las escaleras y frunció el ceño al oír el ruido en la cocina como si estuvieran abriendo y cerrando cajones. Su pie descalzo llegó al suelo de tarima pensando que serían los gamberros que había pillado en el patio trasero fumando marihuana y tomó aire diciéndose que tenía que darles un buen susto. Asintió con resolución y saltó gritando con la raqueta en alto. Su vecino que estaba de espaldas a ella, gritó tirando de la puerta de la alacena y quedándose con ella en la mano. Kim gritó de nuevo atónita señalando la puerta y Mike hizo una mueca.

—¿Tienes café? —preguntó él como si nada dejando la puerta sobre la encimera de la cocina—. Es que necesito café por las mañanas.

—¿Has entrado en mi casa y me has dado un susto de muerte, destrozando mi cocina de paso, para pedir café? ¿Por qué no lo has pedido antes? —gritó sin bajar la raqueta.

—Se me olvidó viéndote las tetas a través de esa camiseta húmeda que llevabas. —Sonrió pícaramente.

—Ah, eres un pervertido —dijo señalándole con la raqueta. Se acercó al teléfono y descolgó colocándolo en el hombro—. No te muevas.

Mike se cruzó de brazos. —¿Qué haces?

—Llamar a la policía.

—Eh, eh. —Levantó las manos. —Me voy. ¿De acuerdo?

—¡Sí! ¡Eso es lo que quiero! ¡Que te largues de mi casa!

Él rodeó la mesa de la cocina con las manos en alto y se acercó a la puerta. Parecía divertido con el asunto, lo que le dio muchísima rabia. — ¡Largo!

—Estás muy buena. Puede que te haga un favor si te disculpas. Se nota que necesitas un buen polvo. —Con los ojos como platos le vio ir hacia la

puerta principal. —Pero tendrás que disculparte. Esta actitud es intolerable.

—¡Maldito psicópata! —gritó colgando el teléfono, pero al final el auricular cayó al suelo—. ¡Antes de disculparme contigo me lo coso!

Él se echó a reír poniéndola de los nervios y colgó el teléfono con fuerza antes de ir hacia la puerta y cerrar con pestillo. —Será imbécil.

Rabiosa volvió a la cocina y gimió al ver la puerta sobre la encimera. Tendría que cambiar las bisagras. Era domingo, así que hasta el día siguiente no podría comprarlas. Empezaba bien la relación con su nuevo vecino.

## Capítulo 2

Después de pasarse todo el día simulando que era muy feliz por su madre y el gordo calvo que se había buscado, cerró la puerta del coche ante su casa con ganas de meterse en la cama una semana, cuando escuchó un sonido chirriante que salía del garaje de su vecino.

—Creo que es mecánico —dijo la señora Svenson tras ella—. Lleva ahí todo el día. Ni siquiera ha colocado sus cosas. —Había un tono desconfiado en su voz y eso la tensó.

—¿Por qué piensa que es mecánico?

—¿Qué haría en el garaje todo el día? Y además es un loco de las motos.

—¿De veras?

—Sí, tiene dos.

—Espero que no se llene esto de moteros.

—Eso mismo pienso yo.

—¿No le cae bien nuestro nuevo vecino?

—Al principio pensé que era bueno que hubiera un hombre joven en el barrio, pero ahora no estoy tan segura. ¿Una casa de tres habitaciones para un soltero y en este barrio? No sé, me da mala espina.

Pensó en ello y se dio cuenta que era verdad. Los solteros no se compraban casas allí porque era un sitio demasiado tranquilo. Al menos hasta que él había llegado.

—Además, miró mi tarta de manzana como si fuera una ofrenda del diablo —dijo la mujer mosqueada—. Y ni siquiera me invitó a tomar un café. No quería que entrara en la casa.

Reprimió una sonrisa. —No tenía café. Me lo pidió a mí después.

—Le daré un voto de confianza. Puede que nos sorprenda.

—¿Quién sabe? Igual se convierte en un pilar de la comunidad. Me voy a planchar —dijo dando la primera excusa que se le ocurrió.

La mujer sonrió. —Tú sí que eres una buena vecina. ¿Cuándo piensas invitar al barrio a una barbacoa? Este año no la has hecho todavía.

Gimió por dentro. El año anterior para conocer al vecindario después de la mudanza, había organizado una barbacoa que le había salido por un ojo de la cara porque sólo en bebidas se había gastado quinientos dólares. Claro, la fiesta había salido estupendamente y al parecer ahora se había convertido en una costumbre.

—Pues no tenía pensado... la hice para conocer al barrio y... A mí no me han invitado a ninguna este año.

La miró a través de sus gafas con sus ojitos castaños. —Tienes razón. Le toca al vecino nuevo.

Ahora lo entendía. Quería cotillear sobre su nuevo vecino como había hecho con ella el año anterior durante la fiesta. Por eso quería la puñetera barbacoa. —Eso tiene que salir de él. Estará liado con la mudanza.

—Con la mudanza no. Con lo que hace en el garaje. ¿No te parece raro que con el calor que hace, no tenga el portón abierto? —Sí que era raro y frunciendo el ceño volvió a mirar el portón pintado de blanco de Mike. —Piénsalo —dijo su vecina antes de irse.

Miró con desconfianza la casa de su vecino. Entre cómo la había recibido y todo lo que había pasado después, no necesitaba que su vecina le llenara la cabeza de pájaros insinuando que era un psicópata o algo así. Se encogió de hombros entrando en casa. Esperaba que dejara de trabajar antes de que se fuera a la cama.

Como se bañó y se hizo la cena, ni se dio cuenta del ruido, pero cuando se echó en la cama sonrió porque no se oía nada. Si estaba trabajando, desde allí no se oía nada.

Se quedó dormida pensando en todo lo que tenía que hacer al día siguiente después de salir del trabajo.

Un sonido metálico cada ciertos segundos la despertó y pensando que estaban intentando entrar en su casa, se sentó de golpe con el corazón a mil. Escuchó atentamente y era como el sonido cuando se clavaba un clavo. Dos objetos metálicos chocando. Extrañada porque parecía salir de su misma habitación, bajó los pies de la cama y se levantó saliendo del dormitorio, pero allí se escuchaba mucho menos. Qué cosa más rara. Volvió a la habitación y sacó la cabeza por la ventana abierta. En el exterior no se escuchaba nada fuera de lo normal. Encendió la luz pensando que era el radio despertador, pero al acercar el oído se dio cuenta que no salía de allí. Revisó el armario empotrado y el armario nuevo por si dos perchas se chocaban entre sí, pero nada. El ruido se detuvo de repente. ¿Se estaría volviendo loca? Nunca había escuchado nada así en su casa y puede que tanta soledad empezara a pasarle factura. Pensando que no había que darle importancia, se acostó de nuevo y fue apagar la luz cuando el ruido empezó a darle la lata, esta vez más fuerte. Empezando a enfadarse, encendió la luz de nuevo y escuchó atentamente sentada en la cama mirando a su alrededor. Se levantó otra vez y caminó hasta el fondo, pero se escuchaba menos. Volvió hacia la cama y se agachó gimiendo cuando vio la rejilla de ventilación. Se arrastró por el suelo pensando que debía pasar la mopa y cuando llegó a la rejilla cerca de la pared, acercó el oído. Incluso se escuchaba música de fondo. ¡Mierda! ¿Cómo podía pasar eso? ¿Y de dónde salía ese sonido?

Entonces se tensó levantando la cabeza de golpe y pegándose un porrazo contra el somier. Se arrastró gruñendo y se levantó de un salto saliendo furiosa de su habitación. Como su vecino estuviera saqueando su nevera le iba a pegar un tiro. Quizás era buena idea que se comprara una pistola. Era una mujer responsable. Podía comprarse una sin dejarse llevar por el histerismo y pegarle un tiro al gato de su vecina si algún día entraba en su casa. Al llegar al piso de abajo se detuvo porque todas las luces estaban apagadas y no se escuchaba la radio de la cocina. Preocupada entró encendiendo la luz para ver que todo estaba como ella lo había dejado.

—Piensa Kim —dijo apartándose el cabello—. Es la rejilla de ventilación de la casa. Se supone que va al exterior, ¿no? —Salió al porche y escuchó, pero no se oía nada fuera de lo normal. Volvió a entrar en casa y salió de nuevo mirando con desconfianza la casa de su vecino que tenía encendida la luz del garaje. Bajó los escalones lentamente y se acercó a su

casa para escuchar. El sonido de la música hizo que se acercara más y escuchó el ruido metálico. Entonces miró su casa. ¿Cómo era posible que ese sonido llegara hasta su vivienda? Pero lo más importante era la manera en que llegaba hasta allí. Un mal presentimiento empezó a rondarla. Se acercó a la puerta del garaje sin pensar que sólo llevaba puesto un camisón de tirantes de seda verde y llamó con fuerza para que la escuchara.

—¡Si! —gritó él desde dentro.

—¡Mike, tengo que hablar contigo!

—¡Ahora voy!

Se quedó allí de pie y miró hacia su habitación que tenía la luz encendida. Miró la fachada buscando alguna canalización, pero no se veía nada. Dio la vuelta a la esquina del garaje para ver si allí había alguna rejilla.

—¿Qué haces aquí? —Se sobresaltó dándose la vuelta para ver a su vecino únicamente con vaqueros mirándola con el ceño fruncido. Estaba sudoroso y era evidente que estaba pasando calor en el garaje. —¿Me estás espiando? —Parecía enfadado y ella se tensó.

—¡No me interesas tanto!

—¿Vienes a disculparte? —preguntó cruzándose de brazos—. Ahora estoy ocupado para tener sexo contigo.

—¿Qué estás haciendo? —Con curiosidad quiso dar la vuelta a la esquina para mirar por la puerta, pero él la interceptó. —¿Es un secreto? —preguntó irónica.

—Lo que yo decía. Has venido a cotillear.

—¡No es cierto, pero da la casualidad que tengo una rejilla debajo de mi cama y el ruido me ha despertado!

—No estoy haciendo ruido. No empieces a tocarme los huevos con ese tema.

—¡Te digo que en mi habitación hay una rejilla que debe estar conectada a tu garaje! ¿Quieres venir a verla?

La miró de arriba abajo con deseo. —Si te empeñas, haré un esfuerzo.

—¡Serás idiota! —dijo sonrojándose—. ¡Te estoy diciendo la verdad!

—Y si ocurre eso, ¿qué quieres que haga yo?

Le miró asombrada. —¿No te das cuenta? ¡Si es así, no sabemos la cantidad de cosas que están conectadas en nuestras casas! ¡Puede ser un error de construcción!

—Es sólo una rejilla.

—¡Perdona, pero no tengo por qué escuchar lo que tú haces en tu garaje por la noche! ¡Ni por el día!

—Yo no he escuchado a los vecinos anoche y te aseguro que discutieron lo suficiente para que se les escuchara en media calle. Por mi rejilla no se escucha a nadie.

—¡No puede ser sólo un fallo en mi casa!

—¿Esto es una artimaña femenina para que te suba a mi habitación?

—¡Muérete imbécil! —Se volvió muy enfadada. Era insoportable. Abrió la puerta de su casa fulminándole con la mirada y entró cerrando de un portazo. Fue hasta la cocina y la atravesó para llegar a la puerta del garaje. Cuando entró encendió la luz para ver un montón de cajas. Desde que se había mudado lo tenía así y ya iba siendo hora de que empezara a colocar esas cosas. Al menos así no tendría que aparcar siempre en el camino de acceso.

Buscó cinta para embalar y rompió una caja de cartón en varios rectángulos para amortiguar el ruido. Fue con ellos a su habitación y tardó un rato en pegarlos encima de la rejilla porque debajo de la cama era un poco difícil. Satisfecha porque ya no se oía, salió de debajo de la cama dejando la cinta sobre la mesilla y apagó la luz tumbándose suspirando porque había resuelto el problema. Al menos de momento. Ahora podría dormir.

¡Pues no! ¡No podía dormir porque la imagen de Mike sudoroso la había alterado y cada vez que cerraba los ojos le imaginaba mirándola con esos ojos grises como si quisiera comérsela! Gimió abrazando la almohada. Su hermana tenía razón. Iba siendo hora de salir con alguien.

Cuando llegó del trabajo al día siguiente, frenó en seco al ver en su camino de acceso un Porsche rojo que era para morir. Tuvo que aparcar en la calle y furiosa sacó su móvil llamando a la grúa para que se lo llevara.

Estaba esperando a que le cogieran la llamada, cuando vio salir de la casa de su vecino a una rubia de pelo largo con un precioso vestido en color coral, que atravesó su jardín sonriendo satisfecha y estiró el brazo para abrir el coche con el mando a distancia. Kim colgó el móvil furiosa y salió de su coche. —¡Oye! ¡Perdona!

La chica se volvió sorprendida. —¿Si?

—Sabes que no puedes aparcar ahí, ¿verdad?

—Perdona. —Soltó una risita. —Me he equivocado de casa. Un lapsus. Pero ya me voy.

—¡Claro que te vas, porque si no llamo a la grúa!

La rubia levantó una ceja. —No hace falta ser grosera. Menuda mala leche. Necesitas un buen polvo. ¿Por qué no le preguntas a tu vecino? ¡Igual te hace un favor!

Indignada la vio subir a su coche y encenderlo haciendo rugir el motor. Salió marcha atrás sin fijarse si venía nadie y Kim gritó —¡Ten cuidado! Aquí viven niños, ¿sabes?

La muy descarada levantó el dedo corazón por la ventanilla del pasajero antes de acelerar a tope para salir de allí quemando llanta.

Al volver la vista se encontró con la señora Svenson. Con los brazos cruzados la miraba como diciendo “Yo tenía razón”

Gruñó para sí antes de ir de nuevo hacia su coche y meterlo en su camino. Cuando bajó, entró en su casa y sacó las bisagras del bolso para recordarse que tenía que ponerlas. Subió a su habitación, se quitó la falda negra y la blusa blanca sin mangas antes de ponerse cómoda con un pantalón corto de deporte y una camiseta de tirantes. Se estaba soltando el cabello cuando le sonó el móvil, así que corrió hacia el piso de abajo. Buscó el teléfono en su bolso que estaba colgado en el perchero del hall y fue hasta la cocina descolgando.

—¿Diga?

—¿Kimberly?

—Pete, ¿eres tú?

—¿Has estado aquí hoy?

—Sí, he ido al ayuntamiento para comprobar los planos de mi casa. Tengo un problema.

—Cuéntame.

Le explicó lo que había ocurrido la noche anterior y su amigo de la universidad, que trabajaba en el ayuntamiento, escuchó haciendo las preguntas necesarias. —¿Eso puede ser?

—Desgraciadamente puede pasar de todo cuando se habla de constructoras. Déjame que lo investigue y te llamo.

—Gracias. ¿Todavía estás trabajando?

—Hemos tenido una reunión de urbanismo y todavía tendré que quedarme un rato más. No te preocupes por eso, que yo me encargo de revisarlo todo.

—Gracias, de verdad. Es que temo encontrarme más problemas en el futuro.

—No hay problema. Los planos están registrados, así que si hay algo fuera de su sitio tiene que estar en el plano. Es la ley.

—Es un alivio. Te debo una cerveza.

—Con que me invites a otra de tus barbacoas... —Pete se echó a reír.  
—Nos lo pasamos muy bien con tus vecinos.

—Eres el segundo que me lo sugiere en dos días, ¿sabes?

—Es que fue muy divertido.

—Eso está hecho.

—Ya te llamo.

Estaba subida en una silla intentando sujetar la puerta al armario con una mano, mientras atornillaba con otra, cuando llamaron al teléfono de nuevo.

Dándose por vencida, dejó la puerta de nuevo sobre la encimera y lo cogió. —¿Sí?

—¿Kim? Soy Pete. —Parecía muy serio y se tensó bajando de la silla.

—¿Qué ocurre, Pete?

—Deberías venir hasta aquí mañana. Hay un problema con tu propiedad que debes saber de inmediato.

—No me asustes, Pete. Debo casi toda la hipoteca.

—Eso no debe preocuparte. Deben preocuparte otras cosas. Te espero aquí mañana a las nueve.

—Pero tengo que trabajar. Adelántame algo.

—No puedo. Y menos por teléfono.

Eso sí que la puso nerviosa.

—Ven a casa. Estoy sola y aquí no nos molestará nadie.

Pareció pensárselo, pero al final contestó —En veinte minutos estoy ahí.

Se puso muy nerviosa y se le ocurrieron mil cosas, como que la construcción era defectuosa o que el suelo tenía algún problema sanitario. Había escuchado una vez que se había construido un vertedero de productos tóxicos y que varios vecinos habían enfermado por beber aguas de la zona. Ese vecindario debía tener treinta años y en aquella época las autoridades no eran tan estrictos como ahora.

Nerviosa pensó en hacer algo de cena y empezó a preparar unos espaguetis a la boloñesa. Pete vivía con su madre y seguro que tendría la cena cuando llegara a casa, pero le invitaría a cenar como buena anfitriona.

Estaba haciendo la salsa de tomate cuando escuchó que llegaba y salió al porche limpiándose las manos con un paño de cocina. Su amigo sonrió a través de la luna delantera y salió del coche abriendo la puerta trasera y cogiendo un maletín. Pete O'Connor era un tío estupendo. Era una pena que no le atrajera absolutamente nada. Y no porque no fuera atractivo. Era delgado, y tenía el cabello castaño algo ondulado y unos bonitos ojos castaños. Era bueno y muy agradable, pero nada. Que no le atraía.

Él se acercó y sonrió llegando hasta Kim. —Estás histérica.

—¿Tú qué crees? He invertido todo lo que tenía en esta casa.

Pete subió los escalones y la besó en la mejilla. —Tienes un problema, pero nada que no tenga solución. Dime que tienes cerveza.

—Lo siento. ¿Un vaso de agua?

—Si no tienes otra cosa...

Eso significaba que el agua estaba bien y suspiró del alivio. Iba a entrar en casa tras él cuando vio a su vecino bebiendo una cerveza sentado en el porche sin quitarle ojo. Sin poder evitarlo se sonrojó antes de entrar en casa. Siguió a Pete a la cocina donde ya se había sentado a la mesa después de quitarse la chaqueta del traje. —No puedo quedarme. Tengo una cita.

—Oh, lo siento —dijo preocupada porque le estaba importunando.

—Tengo tiempo. No te preocupes.

—Vale. —Se sentó frente a él. —Dime.

Pete sonrió irónico. —He revisado los planos y esta casa no existe.

Sintió que se le paralizaba el corazón. —¿Qué?

—Tranquila, déjame terminar. —Cogió el maletín. —Aparta esto.

Ella se levantó apartando todo lo que había puesto para la cena y dejando la mesa despejada. Pete abrió el maletín y sacó un papel doblado varias veces. Cuando lo abrió sobre la mesa, se dio cuenta que era un plano de la urbanización. Buscó su casa a toda prisa y cuando llegó a donde se suponía que debía estar, vio que donde debía haber dos casas sólo había una. Una mucho más grande.

—Madre mía.

—Exacto. En el proyecto de obra esta casa y la de tu vecino son una sola casa —dijo él señalando el hueco—. En el proyecto escrito, esta casa iba a tener seis habitaciones y cuatro baños. Era como la mansión de la zona, pero por alguna razón decidieron hacer dos casas después de aprobarse el proyecto. Por eso algunos servicios los compartís.

—Como la rejilla.

—Si te fijas —dijo sacando el proyecto escrito—, falta algo entre las dos casas.

Asombrada vio que era como si las hubieran separado por la mitad porque unidas formaban una sola casa.

—Es muy sencillo. Seguramente la casa estaba destinada para alguien al iniciarse el proyecto y después se echó atrás.

—Así que dividieron la propiedad.

—¿No te ha parecido raro que entre las dos casas hubiera tan poca separación comparadas con las demás?

Se encogió de hombros. —Pues no, la verdad. Hay unos cinco metros de separación y como el garaje está al otro lado.

—El garaje de tu vecino se anexó después. Antes formaba parte del salón.

—Vale, cambiaron el proyecto. ¿En qué me afecta a mí?

Pete sonrió. —En que eres la dueña de todo el terreno.

Se le cortó el aliento sentándose de nuevo. —¿Qué?

—Esto es muy sencillo. Cuando vendieron la casa a tu vecina, que me comentaste que era mayor...

—Sí, la señora Peterson.

—Seguramente le dijeron que no tenía que preocuparse por pagar los impuestos.

—¿Por qué?

—Porque los pagaba el dueño de esta casa y tú ahora.

—Y ella cerró el pico.

—Por supuesto. Es una pasta al año, así que cerró la boca y cuando vendió la casa creo que se le olvidó decir a su nuevo propietario ese detalle. —Sacó un folio del maletín. —Según los impuestos. Tú eres la dueña de todo el terreno de las dos casas y las dos casas son ilegales porque se tenía que haber construido esta.

—Ay, madre. Pero, ¿y la luz, el agua...

—Ahí viene porqué no te quería decir nada en el ayuntamiento. Creo que se untó a alguien para que hiciera la vista gorda e hicieron dos tomas de cada, dándolas de alta al número veinticinco.

—¡Ya me extrañaba a mí que fuéramos las únicas casas que tuvieran A y B! —dijo indignada.

—Es como si hubiera dos tomas en una sola casa y cada toma va a un nombre. ¿Entiendes?

—Y si hay A y B, ¿cómo estás seguro que soy yo la dueña del terreno?

—Porque fueron los propietarios anteriores los que pagaron los impuestos y ahora tú. Los de la casa vecina no los han pagado nunca y eso os otorga la propiedad a vosotros. Bueno, como tú eres la propietaria actual, te la otorga a ti.

Se levantó lentamente. —¿Legalmente cómo me afecta?

—Como tú quieras. No soy experto en este tema, pero creo que hasta podrías echar a tu vecino de su casa porque realmente no es suya. Legalmente eres tú la dueña. Pero te lo advierto. Ahora que sabes el problema que tiene la casa, no puedes venderla. Puedes continuar así durante el resto de tu vida y esperar que no venga un inspector del ayuntamiento y se dé cuenta del problema. Porque si eso ocurre, puede hasta derruir las dos casas por no estar en el proyecto. Y por supuesto la multa recaerá en ti.

—Porque soy la dueña.

—Exacto.

Se pasó las manos por el cabello mordiéndose el labio inferior. — Menudo lío.

—¿Quieres un consejo?

—Por favor.

—Yo que tú hablaba con tu vecino y arreglaba la casa como estaba proyectada. Tenéis el permiso para eso y no os podrán decir nada. Después vendéis la casa ya legalizada totalmente, y cada uno por su lado con su parte del dinero. Incluso puede que ganéis dinero. Si os metéis en una guerra legal por quién es el dueño del terreno, ganarás tú, pero corres un riesgo que puede arruinarte si llegan rumores al ayuntamiento de que algo se ha hecho mal. Últimamente están de uñas.

—Si he oído las noticias de varios problemas urbanísticos.

—Dicen que los ricos de Nueva York hacen lo que les da la gana a la hora de reformar las casas y varios miembros del ayuntamiento están en guerra.

Preocupada asintió y Pete sonrió. —No te agobies. Hasta ahora no te han pillado y puede que no lo hagan nunca.

—Yo no puedo vivir así.

—Lo sé. Si te preocupas por una rejilla, sabía que esto iba a ser un shock. —Miró su reloj. —Me tengo que ir, lo siento. Lori me estará esperando.

—Gracias por venir. Estoy deseando conocerla —dijo viéndole meter toda la documentación en el maletín.

—La conocerás. Si necesitas algo, llámame. Y si quieres que le explique esto a tu vecino, no dudes que se lo explicaré muy claro. —La miró a los ojos. —Él es quien más tiene que perder en todo esto, porque puede perder todo lo que ha invertido en esa casa. Le conviene avenirse.

—Bien. Gracias de nuevo —le dijo abriendo la puerta.

—Buenas noches.

## Capítulo 3

Volvió a la cocina y probó la salsa de tomate que estaba en su punto. Al ver la cantidad de espaguetis, se giró entrecerrando los ojos y susurró — Cuanto antes mejor.

Le escuchó en el garaje y llamó al portón. —¿Quién es? —preguntó enfadado.

—¡Kim! ¿Quieres cenar?

La puerta de la entrada se abrió y él salió con una camiseta en la mano. La miró fijamente. —¿Es tu manera de disculparte?

—¿Quieres cenar o no? —Se volvió sin esperar respuesta y entró en casa dejando la puerta abierta.

Estaba sirviendo los espaguetis cuando él entró en la cocina. Al ver la puerta del armario sobre la encimera sonrió. —Ya lo entiendo. Si querías que te la pusiera sólo tenías que decirlo.

—Siéntate. —Puso el plato de espaguetis sobre la mesa y él con todo el morro fue hasta la nevera. —No hay cervezas en esta casa.

Él cerró de golpe y dijo —Vuelvo ahora.

Kim se echó sus espaguetis y se sirvió agua. Se sentó a esperar muy nerviosa por su reacción. Él llegó con dos botellines en la mano y al ver que se había servido agua, dejó el otro botellín en la nevera antes de sentarse. Sin servirla en un vaso, bebió a morro. Nerviosa vio como tragaba y con la boca seca bebió de su agua.

Mike levantó una ceja. —¿Y a qué se debe la invitación?

—Pues verás... —Sonrió intentando disimular su preocupación. — ¿Recuerdas la rejilla?

Él frunció el ceño. —La rejilla.

—La de mi habitación.

—¿Me has invitado a cenar por los ruidos?

—Pues no.

—Ah, entonces sólo era una excusa. —Cogió el tenedor y enrolló los espaguetis, metiéndoselos en la boca como si estuviera hambriento. —Mmm, cocinas bien, nena —dijo con la boca llena.

—Gracias —dijo disimulando que le encantaba el cumplido—. Pero no, no era una excusa.

—Tapa la rejilla y ya está. ¿Quieres que te la tape yo? —preguntó malicioso.

—Ya la he tapado.

—Vaya. —Se metió más espaguetis en la boca.

—Pues no sé si has visto a Pete salir de mi casa.

—¿El estirado?

—No es un estirado. ¡Es muy agradable! —dijo defendiendo a su amigo—. Bueno, da igual. Trabaja en el ayuntamiento.

—¿Y?

Se mordió el labio inferior sin probar bocado. Había perdido el apetito del todo. —Nuestras casas son ilegales.

Mike se atragantó y Kim hizo una mueca levantándose a toda prisa tendiéndole una servilleta. —¿Se te ha ido por otro lado? —Le golpeó en la espalda con fuerza y Mike abrió los ojos como platos levantando la mano.

—Tienes músculo, nena.

—Gracias, voy al gimnasio tres veces por semana.

Se sentó de nuevo aliviada por haberlo soltado. Mike la miró fijamente. —¿Te explicas o tengo que hacer preguntas a lo loco?

—Al parecer las dos propiedades son una sola. Debería haber una casa en nuestros terrenos. Por eso hay ciertas conexiones que están unidas, porque al principio iba a ser una sola casa.

—Muy bien. ¿Y eso qué tiene que ver con que sean ilegales? ¿Qué más da que sean dos?

—Pero es que no son dos. Es sólo una.

—Joder... —Mike se levantó. —¡Compré ante notario!

—Y yo. Pero en el ayuntamiento consta como una sola vivienda y eso implica una serie de cosas. Entre otras que como pase un inspector por la causa que sea y vea dos casas, nos las pueden tirar abajo.

Mike estaba atónito. —¿Estás mal de la cabeza?

—Y no sólo eso.

—¿Hay más?

—¿Por qué no te sientas? —dijo nerviosa. Mike mirándola con desconfianza se sentó de nuevo antes de que ella forzara una sonrisa—. Pues el hecho es que en el ayuntamiento no consta que la señora Peterson pagara los impuestos. Nunca.

—Ay, madre. —Cogió su cerveza y se la bebió de golpe. Ella se levantó para sacarle la otra de la nevera.

—Come un poco.

—Se me ha quitado el hambre.

—¿Sabes lo que eso significa? —Se sentó de nuevo. El pobre había perdido el color de la cara.

—Deduzco que los impuestos los pagabas tú.

—Sólo un año, antes de eso los pagaron los Martínez, que eran los anteriores dueños.

—Así que legalmente el solar es tuyo —dijo muy serio.

—Según el ayuntamiento sí. Eso me ha dicho Pete.

—¡Esa vieja nunca me ha dicho nada! ¡Puedo recuperar mi dinero si la demando!

—¡No! —Se levantó asustada. —¡Si demandas puede enterarse el ayuntamiento y multarme a mí! —Él la miró malicioso. —¡Y tirarte la casa abajo! No eres muy listo, ¿verdad?

—Muy graciosa. ¡Antes tendríamos que ir a juicio!

—¿Quieres dejarte de juicios? —gritó exaltada—. ¡Lo que tenemos que hacer es legalizarlas!

—¿Y cómo se hace eso exactamente? —La ironía de su voz la puso en

guardia.

—¡Mira, legalmente podría echarte de tu casa ahora mismo! ¡Así que no te pongas chulo conmigo!

—Ya hemos llegado al meollo del asunto, ¿verdad? ¡Quieres quedarte con todo! ¡Pues vete buscando abogado, bonita! ¡Me ha costado un montón encontrar esta casa y no pienso mudarme!

—¡No quiero quedarme con tu parte! ¡Sólo quiero que no me quiten la mía!

Se retaron con la mirada y Mike se calmó. —Bien.

—Bien.

—¿Y qué sugieres?

—Si no queremos arriesgarnos a que nos tiren las casas y perder nuestro dinero, tenemos que terminar la casa original.

La miró como si estuviera loca y ella suspiró. —¡Mira, me encantaría seguir viviendo como siempre, pero no me voy a arriesgar a perderlo todo con la hipoteca que tengo! Supongo que tú estarás igual. Si hacemos la casa que tiene el permiso, no podrán hacer nada. Será una casa más grande y costará más. Repartiremos el dinero y ya está.

—Quieres vender la casa después de la obra.

—Exacto. ¡Pagaremos nuestras hipotecas y asunto arreglado! Y cada uno por su lado.

—¡Una casa que será tuya porque estará a tu nombre! ¿Qué me garantiza a mí que luego me das mi parte? Como has dicho puedes decir que la propiedad es exclusivamente tuya. —Le miró impotente sin saber qué contestar y él sonrió. —Ya, claro. Lo que quieres es timarme.

—De verdad que eres muy desconfiado.

—Además hay que invertir dinero en esto. ¿Tienes ese dinero?

Kim se sonrojó y negó con la cabeza. —Tengo diez mil dólares en la cuenta, pero creo que no llegará.

—¡Claro que no llegará! No he visto los planos de la casa original, pero seguro que era muy distinta a nuestras casas. Hablamos de miles de dólares, Kim.

Angustiada apartó su plato y apoyó los codos sobre la mesa pasándose las manos por la cara. Se había jugado todo al comprar esa casa y no podía perderla. La mera posibilidad provocaba que sintieran ganas de llorar de frustración. ¡Ella lo había hecho todo bien!

—Yo dispongo de dinero. —Levantó la cabeza mirándole esperanzada y Mike hizo una mueca. —Creo que será suficiente. Tengo un fideicomiso de mis abuelos que nunca he tocado.

—¿De verdad?

—Sí, pero no pienso poner el dinero sin ninguna garantía.

—Por supuesto en el reparto se te reembolsará. Firmaré lo que quieras.

—Un contrato matrimonial es lo mejor.

Parpadeó sorprendida. —¿Perdón?

—Así cuando vendamos la casa el reparto será equitativo. Al cincuenta por cierto. Mi casa tiene menos terreno, así que es lo justo.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? ¿Y si firmamos un contrato o...

Negó con la cabeza. —No me fío. Si estamos casados lo tuyo es mío y al revés desde el principio. El terreno y las casas serán de los dos. Y mi dinero, el dinero que invertiré en nuestra casa será de los dos. Es lo justo.

Mirando sus ojos grises vio que era sincero y era un mero trámite legal para que ambos no se arruinaran. —Muy bien. Como digas.

—Y otra cosa. Nunca entres en el garaje. Jamás.

—Ese garaje desaparece.

—Pues usaré el tuyo. Jamás.

Como si le importaran sus cacharros con ruedas. Alargó la mano sobre la mesa. —Hecho.

Mike sonrió alargando la suya y se apretaron la mano. —Así te puedes cambiar el apellido.

Chilló de la alegría levantándose de la silla y dando saltitos. Mike se echó a reír y ella se detuvo en seco. —¿Cómo te apellidabas?

—Robson. Michael Robson —gruñó en respuesta antes de coger el

tenedor y seguir cenando con ganas. Al parecer no había perdido del todo el apetito.

—Kimberly Robson —dijo emocionada dejándose caer en la silla de nuevo.

—Cena, Kim —dijo muy serio acercándole el plato—. Vas a necesitar todas tus energías para esto.

—Sí, tengo que ir preparando la mudanza.

Él dejó el tenedor muy serio. —¿Qué acabas de decir?

—Si hay que hacer obra, tenemos que sacar los muebles. Yo me iré a casa de mi madre, ¿y tú?

—Tú no te vas a ningún sitio y yo tampoco. Nos quedaremos aquí hasta que esté puesto el último aplique de la puñetera casa.

—¿Pero por qué? ¿Cómo vamos a vivir en una casa en obras?

—¿Y que luego alegues que ni siquiera hemos compartido vida bajo el mismo techo y te quedas con todo? Ni hablar. ¡De aquí no se mueve nadie hasta que recibamos el cheque de la venta de la casa! ¡Que quede todo esto bien claro antes de dar cualquier paso!

—¿Y cómo vamos a vivir en las casas en obras?

—Nos arreglaremos. —Siguió cenando como si nada. —No es para tanto —dijo con la boca llena.

Al levantar el brazo para coger la cerveza vio su tatuaje en el antebrazo. Un águila. En ese momento se dio cuenta que no sabía nada de su vida. ¡Si ni recordaba su apellido!

—No te conozco —susurró exponiendo sus pensamientos.

—No tengo antecedentes. ¿Con eso te vale?

Suspiró del alivio. —Pues la verdad es que no. ¿En qué trabajas?

—No te importa —respondió molesto sonrojándola por entrometida—. ¿Quieres cenar de una vez?

Kim se metió unos espaguetis en la boca que ya estaban casi fríos. Pero siguió cenando porque no quería que se echara atrás. Por hablar de algo dijo —Yo trabajo en la biblioteca.

Mike levantó una ceja. —¿Es coña?

—No, ¿por qué?

—¿Kim Basinger trabaja en una biblioteca?

—Serás idiota.

Él se echó a reír a carcajadas. —Menuda mala leche que tienen tus padres.

—Mi madre. A mi padre no le conocí —dijo perdiendo el apetito del todo. Se levantó cogiendo su plato y tirando los espaguetis sobrantes en el triturador de basuras.

—Apuesto a que era pelirrojo y que tu madre tiene los ojos verdes.

Le miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Porque tu hermana es morena y compartís el mismo color de ojos. Herencia de tu madre.

—Sheila también ha heredado su color de pelo.

—Pero no es hija de tu padre.

—No. —Abrió el grifo molesta y se puso a lavar los platos.

Él se acercó por su espalda y dejó el plato en la pila cogiendo un trapo. Empezó a secar en silencio y Kim disimuló su sorpresa sin dejar de fregar. —Nena, ¿por qué no tienes lavavajillas?

—Es una cocina antigua. No había lavavajillas entonces.

—Habrá que pensar en esas cosas para la casa nueva. Tiene que ser lo más moderna posible.

Kim asintió. Si querían venderla debían reformarla lo más funcional posible sin perder el encanto que tenían esas casas. —Mañana le pediré a Pete la copia de las características de la casa para hablar con algún constructor.

—Del constructor me encargo yo. Conozco a uno que nos hará un buen precio.

—Bien.

—Menos mal que no he desembalado mis cosas.

Le miró de reojo y sonrió. —La señora Svenson piensa que tienes algo raro.

—¡Quería invadir mi espacio!

—¿Estaba buena la tarta?

—Demasiado dulce para mi gusto. La pizza de antes de ayer era espectacular.

—La mejor de la zona.

—Los espaguetis estaban buenísimos.

Se echó a reír negando con la cabeza. —No pienso prepararte la cena todos los días.

—¿He sido muy descarado?

—Siempre eres descarado.

—No, cielo. Si fuera descarado te diría que te comería de postre.

A Kim se le cortó el aliento y él se acercó mirándola a los ojos. —¿Quieres, nena? Empezaría por esos pechos que desde ayer no salen de mis pensamientos. Esos pezones sonrosados y endurecidos —dijo con voz grave dejando el trapo sobre la encimera mientras a ella se le caía el estropajo en el agua—. Después bajaría hasta tu ombligo que seguro que es tan sexy como todo en ti.

—¿Sexy?

—Nena, esas uñas rojas de los pies me ponen a mil. —La cogió por la cintura pegándola a él y Kim gimió al sentir su sexo contra su muslo. Él sonrió mirando sus ojos y añadió —¿Quieres consumir este matrimonio, nena?

—¿Deberíamos? —preguntó ansiosa pegándose a él sin darse cuenta.

Se acercó a su oído. —Si quieres que te folle, quítate los pantalones. —La besó en el lóbulo de la oreja y Kim sintió que toda su piel se erizaba y que le faltaba la respiración. Llevó sus manos a la cinturilla de su pantalón corto y se los bajó dejándolos caer hasta sus tobillos. Él miró hacia abajo y añadió —Las bragas.

Su corazón se aceleró bajándose las bragas lentamente pensando que nunca se había sentido más excitada que en ese instante. Él subió las manos

por su cintura y la elevó sentándola sobre la cocina. Kim gritó saltando sobre él que de la sorpresa cayó hacia atrás sobre la mesa, que al no aguantar sus pesos se rompió en pedazos. Él gimió sujetándola aun por la cintura y se miraron a los ojos antes de que ella se levantara gritando —¡Me has quemado el culo!

Atónito la vio darse la vuelta y mostrarle tres rayas sonrojadas transversales en la cacha derecha. —¿Es mucho?

—Joder, nena. Lo siento —dijo sentándose sin dejar de mirarle el trasero—. ¿Te duele mucho?

—¡Menos mal que se había enfriado porque si no me calcinas! —gritó histérica—. Hostia, cómo resquema —dijo a punto de llorar.

—No parece muy serio, pero es una zona muy delicada. —Se levantó y cogió los pantalones del suelo. —Póntelos, nena. ¡Vamos al médico!

—¡Cómo voy a enseñarle esto al médico, imbécil! ¿Y qué le digo? ¿Que la cocina me ha mordido el culo?

Tiró los pantalones al suelo. —Tengo una idea. ¡Voy a la farmacia! Tú tumbate boca abajo. No tardo nada.

Impotente vio como salía de casa corriendo y escuchó como encendía la moto.

—Estupendo. Empieza bien tu matrimonio. La cocina destrozada y el culo ardiendo.

## Capítulo 4

Se sorprendió al verlo diez minutos después entrar en su habitación con una bolsa enorme de papel en la mano. Tumbada boca abajo abrazando la almohada levantó la cabeza. —¿Qué has comprado?

—Una crema que me ha vendido el farmacéutico. Dice que es buenísima para las quemaduras y otras cosas.

Vació la bolsa sobre la cama y vio gasas, guantes, esparadrapo y un montón de cosas más. Vio que abría la caja de los guantes y se ponía uno. —¿Qué haces? ¿Vas a operar?

—Es mejor evitar cualquier posible infección. —Abrió un tubo de crema e hizo una mueca. —¿Te duele mucho?

—Ahora menos. ¿Qué pinta tiene?

—Sigue sonrojado. —Le aplicó la crema con cuidado. —Espero que se cure. Sería una pena que un trasero tan bonito tuviera una pista de aterrizaje.

—¿Qué? —Se echó a reír. —¿Pista de aterrizaje?

—Si miras de lado parece una pista de aterrizaje en miniatura.

—¿No estarás a tratamiento o algo así?

Mike sonrió. —¿Sientes algo?

—Está fresco.

Cogió una gasa grande y se la colocó encima con cuidado. —¿Es necesario?

—¿Quieres estar con el culo al aire todo el día? Si te das la vuelta de noche mancharás las sábanas. —Pegó el esparadrapo y acarició la otra nalga. —Ya está, nena.

—¡Quita las manos de ahí!

Mike se echó a reír recogiendo las cosas y poniéndolas sobre la mesilla de noche antes de quitarse la camiseta. —¿Qué haces?

—Te voy a vigilar, por si me necesitas de noche.

—Ya, claro. —Cogió la otra almohada y le golpeó en la cara cuando apoyó las manos en el colchón con intención de acostarse. —¡Vete a tu casa!

—Es nuestra casa. —Se tumbó a su lado boca arriba y colocó la almohada tras la cabeza mirándola.

Increíblemente después de lo del culo ya no se sentía incómoda con él. Es como si ya nada le diera vergüenza porque ya habían pasado una situación vergonzosa y otra sexual. Y todo en menos de diez minutos.

—¿Por qué sonríes? —Le apartó un rizo pelirrojo de la frente donde tenía el morado.

—Esta situación es algo ridícula, ¿no crees?

—Creo que ya no vamos a arreglar esa mesa, ni el armario de la cocina. ¿Para qué?

—¿Sabes? Si me hubieras roto la mesa hace dos días, te habría matado.

—¿Han cambiado tus prioridades?

—Al parecer sí.

Él suspiró mirando el techo. —Todo va a salir bien.

—Eso espero.

—Duérmete, nena. ¿Tienes calor?

—Estoy bien, ¿y tú?

—Recuerda el aire acondicionado en la casa nueva.

—No puedo usarlo.

Le miró asombrado. —¿Por qué?

—Siempre me pongo enferma con él. Pero da igual, ¿no? —Se echó a reír. —No es para nosotros.

Mike sonrió. —Tienes razón. ¿Qué harás después?

—No lo sé. Buscar otra casa. —Se miraron a los ojos. —¿Por qué elegiste este barrio?

—Quería un sitio tranquilo y amplio.

—Trabajas en casa, ¿verdad? ¿Eres mecánico?

—Algo así.

—Mi garaje te servirá. Tendremos que vaciarlo, pero... Madre mía, ¿dónde voy a meter mis cosas mientras hacemos la obra?

—A un guardamuebles. Sólo se quedará lo imprescindible.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en hacer la reforma?

—Mañana hablaré con Clyde. —La miró sonriendo. —El rubio.

—No.

—Tiene una empresa de construcción con su amigo Glenn. —Ella le miró sin saber de quién hablaba. —El otro tipo.

—Casi no le vi —dijo sonrojándose por la mentira.

—Sí, ya.

—¡Estuvo casi todo el tiempo en el camión! —Le pellizcó en el costado y Mike gruñó. —Pero sí que me fijé en ti.

—Ya me di cuenta. —La miró de reojo. —Kim Basinger.

—¡Oh, cállate ya! —protestó haciéndole reír. Levantó la barbilla—. Kim Robson, majo.

Él se agachó y se le cortó el aliento antes de sentir la suavidad de sus labios acariciándola lentamente como si tuviera todo el tiempo del mundo. Mike gimió separándose. —Ahora a dormir.

—Hasta mañana —susurró cerrando los ojos sintiendo aun las caricias en sus labios.

—Hasta mañana, nena.

Un zumbido la despertó un par de horas después y con el cuello dolorido por dormir boca abajo, se volvió sobre el costado que tenía sano para ver que estaba sola en la cama. Frunció el ceño antes de darse cuenta que Mike estaba trabajando. Por eso el zumbido. ¿Qué haría en el garaje a esas horas? Cada vez estaba más intrigada. Sobre todo, porque le había prohibido entrar en el garaje.

A la mañana siguiente se despertó a la hora de siempre y se quitó la

gasa para verse la herida en el espejo. Suspiró de alivio porque no tenía ampollas y parecía que se curaría rápidamente. Le escocía un poco, así que se duchó con agua fría y se echó la crema de nuevo. Se cubrió la zona para no ensuciar la ropa y se puso una falda plisada de flores para que no se le notara, con una blusa blanca sin mangas. Normalmente iba más formal al trabajo con faldas de tubo y camisas, pero no le quedaba más remedio.

Se sentó a desayunar en el sofá porque la mesa de la cocina seguía destrozada en el suelo y con curiosidad salió hasta el porche con la taza de café en la mano para ver si Mike estaba despierto, pero no se escuchaba movimiento en su casa. Era lógico si se pasaba media noche trabajando. Bueno, daba igual. Iría a ver a Pete para buscar las características de la casa y se las llevaría para que su amigo Clyde les echara un vistazo.

Se pasó casi todo el día clasificando los nuevos libros que acababan de llegar. Un auténtico aburrimento. Quedó con Pete en una cafetería cerca del ayuntamiento y le explicó por encima cómo era la casa. A Kim empezó a asustarla un poco la reforma porque había que cambiar prácticamente toda la distribución.

—¿Y no tendremos problemas por los permisos de obra?

—Ni tendréis que pedirlos. Lo he consultado. Esta casa está aprobada, así que podéis empezar las obras de inmediato. —Su amigo la miró atentamente. —¿Os habéis puesto de acuerdo?

—Sí, él va a poner el dinero porque yo no tengo. Después repartiremos.

—Vaya, qué confiado es. Parece buena persona.

—No es que se fíe, es que nos vamos a casar.

La cara de Pete era un poema. —¿Perdón?

—Como no se fía, ha exigido que nos casemos y así en el divorcio cobra. ¿Lo pillas?

Su amigo lo pensó. —No es mala idea. Así se elimina el problema de la propiedad de la finca porque será de los dos y al vender la casa tendréis que firmar los dos. Se está asegurando de que no le dejes fuera. —Se echó a reír. —Es muy listo.

—Sí. —Volvió a mirar los planos. —Pero esto va a costar un ojo de la cara.

—Sí, la obra será cara. Pero seguro que lo recupera con la venta de la casa. Esa zona se ha revalorizado mucho.

—Eso espero. No me gustaría que se arruinara por esto y yo aún menos.

—¿Tenéis constructor?

—Sus amigos tienen una empresa de construcción. Espero que nos hagan una rebajilla.

—Seguro que sí. Si necesitáis algo, llamarme cuando queráis.

Estuvieron hablando un rato sobre su novia y al ver que su amigo se sonrojaba le miró fijamente. —¿Qué ocurre?

—Le voy a pedir matrimonio.

—¡No! —Se levantó riendo y le abrazó besándole en la mejilla. — ¡Felicidades!

Riendo su amigo contestó —Espera a que me diga que sí.

—¿Quién te puede rechazar?

—Tú, por ejemplo.

—Va, es que estaba ciega. —Le volvió a besar.

Alguien carraspeó a su lado y al enderezarse se sorprendió al ver a Mike allí con su amigo Clyde. —¡Hola!

Pero Mike no la miraba a ella sino a Pete. —No nos conocemos.

Su amigo se levantó sonriendo y alargando la mano. —Tú debes ser Mike.

—Y tú debes ser Pete —dijo muy serio estrechándosela.

Confundida por su actitud le dijo a su amigo —Y él es Clyde. El constructor. —En cuanto se saludaron hubo cierta tensión. —Mira Mike, ya tengo las características de la casa.

—A eso veníamos. Os hemos visto desde la calle.

—¿Sabes? Pete le va a pedir matrimonio a su novia —dijo intentando relajar el ambiente—. ¿A que es emocionante?

Mike levantó ambas cejas y Clyde se acercó a Pete mirando los planos.

Empezaron hablar de cosas técnicas que ella no entendía y se acercó a Mike.  
—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado?

—No. —La miró fríamente. —Déjame escuchar lo que dicen.

—Sí, claro —respondió incómoda. Los tres se sentaron a la mesa como si ella no existiera y molesta dijo —Bueno, yo me voy a casa.

Ni caso. Cogió su bolso y salió de allí con ganas de pegarles cuatro gritos. Ella también era la dueña de la casa y Mike se había comportado como si no fuera importante en todo aquello. Además, no le había gustado nada que la saludara de esa manera tan fría. ¿Qué saludo? Ni siquiera la había saludado. Sólo la había mirado con esos ojos grises como si hubiera cometido un delito.

Cuando llegó a casa aun molesta por el asunto, salió del coche y miró ambas casas. Entrecerró los ojos mirando el garaje de su vecino y se preguntó qué haría allí tanto tiempo. Disimuladamente echó un vistazo a su alrededor y la calle estaba vacía. Se acercó a la puerta de su garaje como si nada y tiró de la manilla hacia arriba. Se abrió una rendija y al tirar de nuevo escuchó el ruido de una cadena. Había bloqueado la entrada y recordó que la señora Peterson le había dicho que tenía la apertura automática del garaje estropeada. Evidentemente Mike había puesto unas cadenas enganchadas a la puerta para impedir que alguien entrara. Vio la abertura y se dijo a sí misma —Puedes pasar. Si pasa la cabeza, puede pasar el resto del cuerpo.

Volvió a mirar a su alrededor y se arrodilló agachándose para pasar la cabeza que entró sin problemas. Miró a su alrededor, pero sólo veía herramientas y varias cosas cubiertas con unas telas. Se arrastró un poco y frunció el ceño intentando ver algo debajo de las telas, pero nada. Parecía algo metálico y fue decepcionante. Lo que no había era un coche. Pero sí que había dos motos. De repente sintió una presión en la parte baja de la espalda. Giró la cabeza y vio que la puerta había bajado hasta apresarla. —¡No, no!

Intentó elevarla apretando los antebrazos contra el suelo y empujando con la espalda hacia arriba, pero no se movió ni un milímetro. Como no saliera de allí, Mike se iba a cabrear de verdad. Dios, si la veía alguien se moriría de la vergüenza. Empujó de nuevo con todas sus fuerzas y consiguió levantarla. Casi chilla de la alegría saliendo de allí. Esperaba que aquella cosa no se le cayera en la cabeza. Sonrió de oreja a oreja levantándose y empujando la puerta hacia abajo. Se agachó para recoger su bolso mirándose

la blusa y la falda que estaban para tirar. ¡Mierda, se había raspado las rodillas! Se volvió y se sobresaltó al ver a Mike y a Clyde mirándola con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Ah, ya habéis llegado. —Forzó una sonrisa. —Qué rapidez. Casi habéis salido después que yo, ¿verdad?

—Apenas cinco minutos después —dijo Clyde mirando de reojo a su amigo—. Venía a ver las casas.

—Oh, por supuesto. Podéis ir a mi casa cuando queráis —dijo pasando rápidamente ante ellos sin que dejaran de observarla.

Clyde la siguió y ella gimió por dentro subiendo los escalones del porche mientras ambos iban tras ella. Podía sentir el cabreo de Mike desde allí.

—Estáis en vuestra casa. Cotillear todo lo que queráis —dijo dejando el bolso en el perchero.

—Nosotros no cotilleamos —dijo Mike con voz heladora—. Ven, Clyde. Empecemos por el piso de arriba.

Les observó subir las escaleras y gruñó para sí entrando en la cocina. No se libraría de la bronca. Entonces sus ojos brillaron. Les haría la cena. Eso apaciguaría a la bestia.

Hizo puré de patata con guisantes y pollo frito. Les escuchaba hablar en el piso de arriba y después cómo bajaban las escaleras. Clyde entró en la cocina y sonrió de oreja a oreja al ver el pollo en la sartén. —Huele muy bien.

—¿Quieres quedarte a cenar? Hay suficiente. —No dijo para todos porque Mike era capaz de soltarle que él no cenaba allí.

—Claro que sí. Gracias por la invitación.

—De nada. —Miró de reojo a Mike que seguía enfadado sin abrir la boca mientras Clyde empezaba a medir la cocina. Ahora entendía por qué habían tardado tanto. Estaban midiendo la casa. Clyde llevaba un metro que ella no había visto nunca. Era una cajita negra que desprendía una luz cuando pulsaba el botón y en una pantalla salía la medida.

—Vaya. —Asombrada se acercó a él para ver como media otra pared. —¿Eso es un metro?

—Un metro láser. Es muy práctico —dijo pegando la cajita a la pared y apretando el botón.

—Las cosas que inventan.

—A mí me facilita mucho la vida, te lo aseguro —dijo Clyde divertido.

—Nena, se te va a quemar la cena.

Miró el pollo y negó con la cabeza. —Todavía queda un poco.

—¿No deberías ducharte y cambiarte de ropa?

—Tengo que vigilar la cena.

—Ya la vigilo yo —dijo molesto haciendo un gesto con la cabeza. Le dio la sensación de que no quería que hablara con Clyde. Pero estaba deseando quitarse esa ropa, así que le indicó la sartén.

—Cuando esté dorado lo apagas. Sacas el pollo y lo pones sobre ese plato con el papel de cocina para que no pringue.

Clyde soltó una risita. —Por favor, quédate. Quemará el pollo.

Indecisa miró interrogante a Mike. —No quemaré el pollo.

—Mejor me quedo.

—¿Quieres discutir conmigo? —dijo él dando un paso hacia ella amenazante.

—Mejor me voy a duchar.

—Eso decía yo.

Salió de allí a toda prisa mientras Clyde se reía.

Se duchó todo lo deprisa que pudo. Tan rápido que hasta se olvidó de echarse la crema en el trasero. Se acordó cuando bajaba los escalones de su casa con un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Ni siquiera se había cepillado bien el cabello. Al entrar en la cocina se quedó de piedra al verlos comerse su pollo hablando con la boca llena. ¡Ni siquiera la habían esperado! ¡Con las molestias que se había tomado!

Mike la vio llegar y dijo —No se me ha quemado.

—¿No me digas? —dijo irónica acercándose a una mesa plegable que no había visto jamás.

Clyde se sonrojó. —Teníamos hambre.

—Eso ya lo veo.

Vio como Mike se servía más puré de patatas y cogía el bol sirviendo a su amigo hasta acabarlo. Era la cosa más grosera que había visto en la vida. Sin decir una palabra se volvió para salir de la cocina.

—Nena, ¿a dónde vas?

Ni se molestó en contestar porque tenía ganas de llorar. Le había dolido que la despreciaran de esa manera. Ella sólo quería hacer las paces y Mike la trataba peor que a una chacha. ¡Estaban en su casa! ¡Le debían respeto!

Volvió a subir a su habitación y se cepilló el cabello ante el espejo del baño. Estaba echándose crema hidratante en la cara cuando él apareció en la puerta. —Se te va a enfriar la cena.

—No tengo hambre —dijo fríamente—. ¿Te importaría darme un poco de intimidad en mi casa? —Cogió la puerta y la cerró ante sus narices.

Escuchó como sus pasos se alejaban de la puerta y Kim se apoyó en el lavabo para mirarse al espejo. Era idiota. Sólo era su vecino. Tendría que haberse dado cuenta de cómo era su carácter cuando se burló de su nombre o cuando la noche anterior por poco le quema el culo. Lo de la cena le decía claramente que no le tenía ninguna consideración. Aquello era una manera de salvar el dinero que habían invertido en sus casas. Sólo eso. Que se atrajeran sexualmente no significaba que tuvieran que llevarse bien. Era obvio que eran muy distintos. Ella era una bibliotecaria aburrida que le gustaba controlar toda su vida y él... ¡Joder, si no le conocía de nada! Lo mejor era mantener las distancias. Sí, eso era lo mejor. Se casarían y después se divorciarían. Punto.

Asintió saliendo a la habitación y les escuchó hablar en el salón, así que cogió un libro y se tumbó en la cama haciendo una mueca cuando la quemadura se estiró. Debía echarse la crema. Se volvió a levantar y se echó la crema colocándose una gasa antes de volver a la cama. Leyó un par de capítulos antes de que sus ojos se cerraran quedándose dormida con el libro sobre el pecho. El movimiento del libro entre sus dedos la sobresaltó aferrándose a él para que no se le cayera y vio que Mike intentaba quitárselo.

—¿Qué haces?

Él la miró a los ojos. —Te habías quedado dormida y quería que estuvieras cómoda.

—No tienes por qué hacerlo —dijo sentándose en la cama y sacando las piernas—. ¿Habéis acabado?

—Clyde se ha ido hace una hora.

—Bien. —Dejó el libro sobre la mesilla y rodeó la cama.

Él suspiró al ver que salía de la habitación y la siguió escaleras abajo. Kim se encontró con la sorpresa de que la cocina estaba recogida. Molesta apretó los labios apagando la luz. Fue hasta el salón y apagó la luz también. —Bueno, pues hasta mañana —dijo abriendo la puerta principal para que cogiera la indirecta.

—Me cabreaste.

—Lo sé. —Se miraron a los ojos y continuó —Pero no podías esperar que me casara contigo sin saber si eras un traficante o algo así. No te conozco de nada.

—Ni yo a ti.

—Tienes toda la razón. Ahora si me disculpas, quiero acostarme.

Mike apretó los labios antes de salir de la casa. Kim cerró con llave y se apoyó en la puerta suspirando. Había hecho lo correcto. Aquello se estaba desmadrando y lo mejor era cortar por lo sano sin perder de vista el objetivo.

## Capítulo 5

Durante días no se hablaron. Cuando ella se iba al trabajo, Mike estaba durmiendo y cuando llegaba a casa, ni le veía. Como no coincidieron, Kim pudo relajarse. El viernes por la noche después de que su hermana insistiera muchísimo en una cita doble, se preparó para pasarlo bien. Se puso un vestido negro entallado, que le llegaba por encima de las rodillas y se calzó unas sandalias negras. En la biblioteca ni la reconocerían con su cabello suelto y sus labios pintados de rojo. El claxon del coche de su hermana le hizo sacar la cabeza por la ventana y gritar —¡Ya voy!

Metió dinero en su bolsito y al llegar abajo cogió las llaves. Abrió la puerta y su corazón saltó al ver a Mike al otro lado. Entrecerró los ojos mirándola de arriba abajo. —¿Se puede saber a dónde vas?

—Voy a salir.

—Eso ya lo veo.

—Pues eso. —Salió de casa y cerró con llave. —¿Querías algo?

—Hablar contigo de la obra —siseó furioso.

—Oh, pues hablamos mañana.

—¡Kim, date prisa! ¡Los chicos esperan ya en la mesa!

La cogió del brazo deteniéndola. —¿Qué ha dicho tu hermana?

—Hablamos mañana, ¿vale? —Pero él no la soltó. Asombrada le miró a los ojos. —Mike, tengo que irme.

Él apretó los labios soltando su brazo lentamente y Kim sonrió. —  
Hasta mañana.

Corrió como podía con aquellos zapatos y se metió en el coche de su

hermana a toda prisa.

—Tu vecino parecía que quería matar a alguien. ¿Ocurre algo con él?

—Ya te he contado lo de la obra.

—Sí, pero parecía... cabreado.

—Pues tiene dos problemas. Cabrearse y volver a animarse.

Su hermana la miró de reojo. —¿Has vuelto a ver a Clyde?

—Nunca me has contado qué le dijiste en el coche aquel día.

—Que había leído un estudio sobre que los hombres musculosos de cabello rubio la tienen minúscula como el cerebro. Que era algo genético. Le pregunté si era cierto. No se lo tomó demasiado bien.

Kim se echó a reír a carcajadas. —¿Cómo se te ocurren esas cosas?

Sheila se encogió de hombros. —Te aseguro que me salen sin más.

Se lo pasaron muy bien porque los chicos, como todos los amigos de Sheila, eran divertidos y abiertos. La cena fue amena hablando de anécdotas del instituto porque uno de ellos era profesor y recordaron los viejos tiempos cuando ellos estudiaban. Después fueron a un pub irlandés y el ambiente era relajado. Kim disfrutó muchísimo de la noche y como casi eran las tres de la mañana y habían bebido, Sheila le dijo que se quedara en su casa que estaba a unas manzanas. Kim durmió en el sofá arrepintiéndose de no haber pedido un taxi pues estaba muy incómoda. Casi sin pegar ojo, se levantó a las siete y antes de pedir un taxi, le dejó una nota a su hermana para que no se preocupara.

Cuando llegó a casa, bajó del taxi con los tacones en la mano y se quedó de piedra al ver a Mike tomando una taza de café en el porche. Kim forzó una sonrisa saludándole con la mano mientras atravesaba el jardín y casi subió los escalones corriendo. Metió la llave en la cerradura y con las prisas se le cayeron al suelo. Se agachó a recogerlas y con alivio vio que él no se había movido de su casa sin dejar de observarla. No sabía por qué se ponía nerviosa, pero cuando entró en casa fue un alivio. Empezó a subir las escaleras y se detuvo en seco al escuchar que se abría la puerta. Él entró en la casa y mirándola fijamente cerró de un portazo. Kim vio en sus ojos grises

que estaba furioso y asustada subió otro escalón. Mike corrió tras ella y Kim gritó corriendo hacia su habitación. Cerró la puerta con pestillo y se alejó. Gritó cuando la puerta se desencajó del marco cayendo sobre el suelo de madera y corrió hacia el baño, pero Mike la cogió por la cintura tirándola sobre la cama.

—¿Te lo has pasado bien, nena? —Furioso le cogió las muñecas colocándolas sobre su cabeza arrodillándose a ambas partes de su cuerpo para inmovilizarla.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Suéltame!

—Te soltaré enseguida. —Le levantó la falda mostrando sus braguitas negras. —¿Te has acostado con otro, nena?

—¡No! —Intentó revolverse y gritó cuando Mike le arrancó las bragas. Asustada se quedó muy quieta y Mike la miró a los ojos metiendo una mano entre sus piernas acariciando su sexo de arriba abajo.

Él entrecerró los ojos. —Estás seca. —A Kim se le cortó el aliento mientras se ponía como un tomate al darse cuenta de lo que quería decir. Mike apretó los labios sin dejar de mirarla. —¿Dónde has pasado la noche?

—¡No te importa! —gritó en su cara.

La acarició de nuevo íntimamente y Kim sintió como su cuerpo empezaba a reaccionar. —Sí que me importa, preciosa —dijo con voz ronca sin dejar de acariciarla—. Me importa mucho. —Se agachó y la besó en el cuello antes de soltar sus manos. La sensación era maravillosa y eso la puso aún más de los nervios. Dios, ¿qué le estaba pasando con ese hombre?

—¡No! —gritó empujándole por los hombros para que se apartara. Se levantó corriendo hacia el baño y se encerró dentro asustada por lo que le había hecho sentir.

—Kim —dijo al otro lado—. Lo siento, ¿vale? Cuando te he visto llegar...

—¡Vete!

—Nena, ¿estás llorando? —Parecía preocupado. —Kim, abre la puerta. Sé que me he pasado, pero pensaba que te habías acostado con otro y... ¡Joder! —La puerta tembló. —¡Abre la puerta!

—¡Déjame sola! —gritó histérica.

Se quedó muy quieta esperando su respuesta y cuando pasaron unos minutos se dio cuenta que él ya no debía estar en la habitación porque no se escuchaba nada. Su corazón latía acelerado e intentó calmarse. Se desvistió y se dio una ducha de agua fría. No se había asustado porque la siguiera a su habitación. Cuando realmente se había puesto histérica fue cuando le arrancó las bragas porque al acariciarla sintió que la recorría un rayo de arriba abajo. ¿Cómo podía excitarse por algo así? No había sido tierno ni cariñoso. Pero para ella fue la cosa más excitante del mundo. Aquello no era normal y se asustó precisamente por eso. Recordó cuando le había susurrado en la cocina que se quitara las bragas. Aquello también la había excitado muchísimo. Tampoco había sido tierno, era puro sexo. Estaba claro que tenían mucha química, pero había límites que no debían cruzar jamás. Todos los momentos en los que habían estado juntos pasaron por su mente. Su mirada cuando la encontró en la cafetería con Pete, cuando la noche de los espaguetis habían tenido tanta conexión, su reacción cuando había hablado con Clyde como si le molestara y ahora se comportaba así por haber dormido fuera de casa. Como si le perteneciera. Sintió un nudo en la garganta asustándose de veras. Ni siquiera se conocían y se comportaba de una manera demasiado posesiva para su gusto y eso unido a su reacción hacia él, le provocaba unas ganas terribles de salir corriendo. Y eso no lo iba a consentir. Era una mujer independiente y muy fuerte. Ningún hombre la iba a intimidar de ninguna manera. Jamás.

No supo cuánto tiempo estuvo en el baño, pero cuando abrió la puerta no supo reaccionar al verle sentado en su cama leyendo su libro como si nada. Sin darse cuenta dio un paso atrás cuando él levantó la vista del libro y la miró de arriba abajo. No pudo evitar cerrarse las solapas del albornoz blanco que llevaba y Mike suspiró dejando el libro sobre el edredón antes de levantarse.

—Creo que esto se me ha ido de las manos —dijo él fríamente—. Cuando me mudé aquí, no quería una novia ni nada por el estilo y está claro que nos hemos dejado llevar por la situación. Lo de la casa y lo del matrimonio, unido a que nos atraemos sexualmente nos ha nublado el juicio. Al menos a mí. Me disculpo por lo que ha pasado porque no tengo ningún derecho a preguntarte nada, ni a exigirte nada.

—No, no lo tienes —dijo con la garganta seca.

—¿Quieres dejar lo de la casa? Ya le he adelantado una parte del dinero a Clyde, pero seguro que si hablo con él, me lo devuelve. Es de confianza.

Incómoda, porque lo que menos le apetecía era hablar de la casa, desvió la mirada. Pero había que ser práctica y ella siempre había sido práctica. —¿Tú qué quieres hacer?

—Te lo estoy preguntando a ti.

Estaba muy tenso y Kim se sintió horrible porque pensara que la había asustado, pero ni loca le iba a decir ni una palabra sobre ese tema. Lo mejor era mantenerse alejados lo máximo posible si es que podían. —No quiero que algo así vuelva a pasar. —Mike se enderezó apretando los puños. —Pero...

—¿Quieres continuar con la obra?

Le miró tímidamente a los ojos. —Sólo si tú quieres. Tú vas a poner el dinero.

—Entonces eso está en marcha. Por cierto, ayer quería decirte que nos casábamos hoy a las diez. Un amigo de Nueva York nos hacía el favor para acelerar los trámites, pero ya que ha ocurrido todo esto, deberemos retrasarlo hasta el sábado que viene —dijo yendo hacia la puerta. Al ver su estado hizo una mueca—. Te la arreglaría, pero como va a cambiarse, creo que es mejor que la dejemos así. —Se detuvo antes de salir y la miró a los ojos. —Por cierto, no quiero que pienses que te quería violar o algo así. Me gusta el sexo apasionado y creía que estábamos en la misma onda. Obviamente me equivoqué. Lo siento, no volverá a pasar.

Kim totalmente excitada con esas palabras, le vio irse sintiendo su corazón a punto de saltar por la boca. Dios, sólo con esa frase ya le había provocado esa reacción. No se quería ni imaginar lo que le podía provocar con un orgasmo. La mataría de un paro cardiaco seguramente.

Como todos los domingos comía con su madre, ese fin de semana no podía ser menos. Después de no salir en todo el sábado y de no pegar ojo en toda la noche, se puso un pantalón corto y una camiseta casi sin molestarse en su aspecto y con unas sandalias en la mano bajó las escaleras. Vio una nota

en la puerta de la nevera que decía “Escoge lo que quieras llevar al guardamuebles. Llegan el martes por la tarde a recogerlo todo para trasladarlo”

Gimió porque no le daría tiempo y llamó a su madre para pedirle que fueran a ayudarla. Que ella invitaba a las pizzas. El nuevo novio de su madre estuvo de acuerdo y le dio una rabia terrible que le pidiera permiso como si fuera una niña. ¡Joder, ella era su hija! Olvidando el tema llamó a su hermana y casi la obligó a ir para no soportar sola la situación.

Cuando Kelly Basinger se bajó del escarabajo rojo descapotable, Kim que estaba en el porche montando cajas de cartón levantó una ceja por el automóvil. Su madre cogió una fuente de la parte trasera mientras su novio bajaba del coche con una sonrisa de oreja a oreja. —Estamos aquíiiii... —canturreó él intentando hacerse el gracioso.

Kim tuvo ganas de vomitar, pero forzó una sonrisa. —Davis, gracias por venir.

—Me encantan las mudanzas —mintió descaradamente—. Lo pasaremos bien.

—¿Y dónde está ese novio tuyo? —preguntó su madre intrigada mirando a la casa de al lado.

—Mamá...

—Ya, ya. Es un novio de mentirijilla, tu hermana me lo ha explicado. —Davis cogió a su madre por la cintura y la besó en su pelo negro como si fuera una niña. Kim gruñó por dentro. —Pero debemos conocernos, ¿no crees?

—Las cosas se han salido de madre y mantendremos las distancias por el bien del proyecto.

Davis levantó las cejas. —Es que eres muy atractiva. Es lógico que cualquier hombre con ojos en la cara se sienta atraído por ti.

Se puso como un tomate. —¿Empezamos?

Davis y su madre se echaron a reír. —¡Mira Kelly, la he avergonzado!

—¡Davis! —Su madre riendo le pasó las fuentes. —Llévalas a la cocina, ¿quieres cariño?

—Por supuesto.

Al pasar le guiñó un ojo a Kim y ella gruñó por dentro antes de fulminar a su madre con la mirada. —¿Tenías que traértelo? —susurró.

—Es mi pareja.

—¿El de este mes? ¿Tienes que meterlos a todos en nuestra vida?

Su madre se sonrojó. —Lo siento cariño, pero así soy feliz y esta vez funcionará.

—Claro, como siempre.

Los ojos de su madre perdieron algo de brillo y Kim se sintió fatal. Se pasó la mano por la frente apartando sus rizos pelirrojos. —Lo siento, estoy algo nerviosa con todo lo que está pasando con la casa.

Su madre sonrió cogiéndola del brazo. —Lo entiendo. No te preocupes. Lo solucionarás como siempre. Eres la práctica de la familia.

En ese momento salió Mike de casa y Kim gimió por dentro al verle acercarse. Estaba tenso y ella también. Su madre al darse cuenta que miraba por encima de su hombro, se volvió abriendo los ojos exageradamente. —Cariño, ¿ese es...?

—¡Mamá!

—Espero que después te niegues a divorciarte —susurró antes de sonreír de oreja a oreja a Mike—. Así que eres el nuevo vecino. Kelly Basinger.

—Y usted debe ser la madre de mi prometida. —Mike alargó la mano, pero su madre la ignoró bajando un escalón y plantándole dos besos en la mejilla. Él sonrió y miró a Kim. —Ahora entiendo de donde ha sacado el atractivo mi Kim.

Su corazón saltó al escucharle llamarla de esa manera y le miró a los ojos mientras su madre se reía. —Oh, qué galante. Mi niña es mucho más guapa que yo.

Davis salió de la casa. —Cariño, él es el prometido de Kimi.

—Mike Robson —dijo dándole la mano.

—Davis Lewis. ¿Tú también vas a ayudarnos?

—Por supuesto.

En ese momento escucharon un claxon y Sheila saludó con la mano

desde la ventanilla. —¡Ya estoy aquí! —gritó sonriendo.

—Ha llegado la caballería —dijo Kelly encantada.

—Todavía no —dijo Mike girándose hacia la carretera donde se escuchó el potente sonido de un motor. Cuando vieron llegar una ranchera de enormes neumáticos, todos se quedaron de piedra al ver como esa monstruosidad atravesaba la valla blanca que separaba las dos fincas para detenerse ante el porche.

Mike carraspeó viendo bajar a sus dos amigos de un salto y sacar una caja de cervezas de la parte de atrás. Clyde silbó a Sheila que gritó —¿Es que estáis salvajes? ¿Cómo se os ocurre hacer algo así?

—La valla iba a desaparecer, bonita. Y las máquinas van a entrar hasta aquí.

Clyde se volvió sonriendo y Kim suspiró dándole la razón, pero al mirar al vecindario vio que la mitad de los vecinos estaban asombrados. —Oh Dios, creo que alguien ha llamado a la policía.

—¿Y qué? Tenemos permiso de obra. —dijo Mike sin darle importancia—. No te preocupes y empieza a embalar que después no te dará tiempo.

Le fulminó con la mirada. —¡Más te vale que no tengamos problemas con la policía! —Entró en casa furiosa y Sheila hizo lo mismo siguiéndola.

Kelly forzó una sonrisa. —Se les pasará. Tienen muy buen carácter las dos.

Como no pensaba dejar que esos neandertales tocaran sus cosas más personales, ella fue a su habitación. Su hermana y su madre le ayudaron a meter su ropa de invierno en cajas dejando sólo la ropa de verano y entretiempos. Los libros y todo lo demás que no usaba habitualmente también se guardaría. Podía sobrevivir un par de meses sin la plancha del pelo. Mike entró en la habitación cuando estaba arrodillada ante los zapatos que estaba seleccionando y cuando echó un vistazo a su alrededor se quedó impresionado. —Nena, ¿lo estás guardando todo? Incluso has quitado los cuadros.

—Después venderemos la casa, así que para qué hacer dos mudanzas. Sólo me quedará la ropa. Además, todo se llenaría de polvo.

—Pero vivirás aquí al menos tres meses y después hay que vender. Puede que tardemos un año en...

—¿Un año? —Se levantó a toda prisa. —¿Cómo que un año?

—¿Y qué esperabas? ¿Vender al día siguiente? Llevará tiempo, Kimberly.

—Hija, tiene razón. El mercado está fatal y puede que tardéis unos meses en vender la casa.

Suspiró pasándose la mano por la frente. —Bueno, de todas maneras, es mejor que lo embale todo.

Mike asintió. —Muy bien. Como quieras. —Se giró para salir, pero se detuvo volviéndose de nuevo. —Kelly, ¿te importaría dejarnos solos unos minutos?

—Oh, claro que no. Iré a la cocina para...

En ese momento se escuchó un estrépito en el salón y un grito — ¡Tranquilos, se ha caído la lámpara de pie de al lado del sofá! No hay problema.

Su madre jadeó. —¿La lámpara de la abuela de cristal de Murano?

Era el único recuerdo que tenía de su abuela y apretó los labios disgustada. —¿Puedes ir a ver si se puede arreglar, por favor?

Mike carraspeó. —Son algo brutos.

—¿No me digas? —Se volvió a arrodillar y cogió unas botas de caña alta para meterlas en la caja.

Él se agachó a su lado. —Hay un problema del que no hemos hablado.

—¿Qué problema? —Le miró a los ojos.

—Se tendrá que cambiar todo el piso de arriba y de abajo porque la tarima no sería igual.

—Sí, eso me lo imaginaba.

—Así como las ventanas.

—¿Qué me estás diciendo, Mike?

—Los chicos empezarán por el garaje para que nos traslademos allí mientras trabajan en la casa.

Dejó las botas en la caja asombrada. —¿Tendremos que compartir el garaje?

—Será dos veces más grande de lo que es ahora.

—Pero el baño y... ¡Mike no hay intimidad!

—El baño de la planta de abajo, se cambiará también cuanto antes. Así podremos usarlo.

¡Dios, cuando habló de vivir allí mientras se hacía la obra, no se imaginaba que vivirían sin ninguna comodidad! Pensó en algo rápidamente

—¿Y dónde trabajarás?

—He decidido ayudar a los chicos para que las obras se terminen cuanto antes. En cuanto esté lista la casa, empiezo a trabajar de nuevo.

—Pero, cómo vas a estar meses sin trabajar. Mike esto... —Negó con la cabeza.

Él sonrió. —También puedo usar la mitad del garaje cuando esté listo. En realidad, sólo necesitamos una cama y una mesa.

—¿Una cama?

Mike se tensó. —¿Tienes dos camas individuales? Porque yo no y no pienso comprarlas.

—No, claro que no. —Avergonzada porque debía pensar que era una cría añadió —Es un gasto innecesario. Pero si trabajas de noche...

—¡Entiendo que cuando llegas de trabajar quieres descansar! Tampoco soy tan insensible. —Molesto salió de la habitación.

Aquello era una pesadilla. Cómo se iba a resistir meses a él y encima durmiendo en la misma cama. Era algo totalmente imposible. Miró la cama y bufó tirando otras botas rojas a la caja. La sirena de la policía casi la hizo llorar, pero no se levantó. Que hablara Mike con ellos. Estaba empezando a hartarse y no habían empezado.

Comieron pizza y la ensalada de patata que su madre había llevado. Sheila no dejaba de discutir con Clyde por todo, haciéndolos reír de vez en cuando con sus respuestas y al final de la tarde casi lo tenían todo recogido.

Estaba mirando a su alrededor en el salón donde todos los muebles estaban en el centro esperando a ser trasladados cuando Mike entró con una lata de cerveza.

—Ahora parece enorme, ¿verdad? —preguntó Kim sonriendo.

—Es una pena que desaparezca esa chimenea.

—Sí, es preciosa. —Con pena se acercó y acarició la superficie de mármol labrado con una tira de rosas. —Me sorprendió una chimenea así. ¿La tuya es igual?

—No tiene ese mármol. Debieron poner la chimenea después que la tuya cuando construyeron la casa, porque la anterior propietaria creo que no cambió nada desde que se mudó.

—¿Pensabas hacer obras?

—Sí, en cuanto acabara algo que tengo entre manos. —Mike se acercó mirando la chimenea. —Igual Clyde puede salvarla.

Se encogió de hombros y cogió una caja. —Da igual, de todas maneras, ya no va a ser mi chimenea. Mike miró la chimenea pensativo y asintió. —Voy a dejar esto en el hall.

—Kim, debemos esforzarnos por hacer la mejor casa posible para venderla cuanto antes.

Se volvió sorprendida. —¿A qué te refieres?

—Que si hay algo que quieras sugerir, porque crees que así es una casa más cómoda o bonita, debes aportarlo. No voy a hacerlo yo todo.

Kim se sonrojó por la regañina. —Sí, claro. No esperaba que lo hicieras tú todo. —Dejó la caja en el suelo de nuevo. —¿En qué necesitas ayuda?

—Clyde me ha preguntado mil cosas sobre la distribución de la casa y no tengo ni idea de lo que es más cómodo para una mujer. Como la cocina o la sala de planchado... Joder, yo que sé. Habla con él.

—Eso ha sonado un poco machista, ¿no crees?

—¡Me ha preguntado si pone la sala de planchado debajo de la escalera o la quiero en el garaje! ¡Yo que sé lo que os gusta a las mujeres y se supone que esta casa la comprara una familia! ¡Soy un tío soltero que no ha puesto una lavadora en su vida! Existen las lavanderías, ¿sabes?

—¡Está bien! ¡Yo decidiré esas cosas! ¡Machista asqueroso!

—¿Qué me has llamado? —preguntó dando un paso hacia ella de manera amenazante.

—Te he llamado machista asqueroso. —Levantó la barbilla retándole.

—¿Yo machista? ¡Soy el tío menos machista que existe!

—¡Sí, eso ya lo he visto!

—¡Que me guste llevar la iniciativa en la cama, no significa que sea machista! ¡Reprimida! —le gritó a la cara.

—¿Reprimida yo? ¡Puñetero chiflado! ¡Desde que has entrado en mi vida, me la has destrozado!

—¡No cielo, es que te has dado cuenta de que necesitas un polvo y estás de los nervios!

La risa de los demás la puso como un tomate y le miró con odio antes de sisear —Insensible de mierda.

—Te equivocas. Porque soy sensible me he dado cuenta de lo que necesitas. —Se bebió de su lata de cerveza intentando no reírse.

—Tienes razón —dijo con rabia—. Puede que sea exactamente lo que necesito. —Se volvió hacia la puerta y gritó —Clyde, ¿tienes por ahí los planos? ¿Y si les echamos un vistazo? Al parecer tienes algunas dudas. Yo te las resolveré.

Mike entrecerró los ojos viéndola ir hasta la cocina, donde se detuvo en seco al ver a su hermana dándose el filete con Clyde como si estuviera hambrienta. Se cruzó de brazos y carraspeó.

—¡Sheila! —gritó su madre tras ella.

Se separaron de golpe y las miraron avergonzados. Clyde carraspeó. — Bueno, creo que me voy a... a otro sitio.

—¡Trae los planos! —exigió Kim con ganas de matarles, porque sentía la presencia de Mike tras ella y sabía que estaba disfrutando de su fallido intento para darle celos. Clyde salió a toda prisa diciendo que los tenía en la camioneta y Sheila sonrió radiante. —Córtate un poco, ¿quieres? ¡Mamá está aquí!

—Joder, cómo besa, mamá.

—¿De verdad? —Su madre interesada dio un paso hacia ella. —Es muy guapo. Mis hijas tienen un gusto excelente. Han salido a mí.

—Cielito, yo estoy algo pasado de peso, pero con su edad era un toro —dijo Davis subiéndose la cinturilla de los pantalones.

Kim le miró incrédula y Mike la cogió de la muñeca sacándola de la cocina y empezando a subir las escaleras. —¿Qué haces?

—Sacarte de ahí antes de que digas algo que haga daño a ese pobre hombre. —La metió en la habitación. —Es obvio que no te cae muy bien.

—¡No te metas en esto! —Soltó su muñeca de malos modos aún notando su agarre después. El hormigueo que sintió la hizo gritar frustrada. —¡No tienes ni idea de lo que hablas!

—A mí no me grites. —Enfadado dio un paso hacia ella. —No sé si te has dado cuenta que desde esta mañana estás de los nervios y te alteras por todo.

—No sé por qué será.

—¡Me he disculpado por eso! —le gritó a la cara—. ¿Qué más quieres que haga?

—¡No te acerques a mí, ni te metas en mi vida! ¡Esto es por la casa y no tienes ningún derecho a decirme lo que debo hacer o cómo comportarme, porque no soy ninguna niña!

Él se enderezó. —Muy bien. Por mí perfecto. Estoy harto de soportar tus tonterías.

Vio cómo se iba y Kim reprimió las lágrimas sintiendo un nudo en la garganta.

## Capítulo 6

El martes fueron a buscar los muebles y las cajas. Vio como cargaban toda su vida y se las llevaban. También cargaron las cajas de Mike, pero él no salió de la casa en ningún momento. No pudo evitar sentirse decepcionada. Se sentía mal por lo que había ocurrido en el fin de semana, pero era mejor así. Cuanto menos contacto hubiera entre ellos, mucho mejor. Al día siguiente llegaron los obreros. Estaba haciéndose un café y escuchó llegar a los camiones. Salió al porche para ver a Clyde bajar de la camioneta.

—Buenos días.

—Buenos días, Kim. Hoy no vas a reconocer la casa cuando vuelvas.

Sonrió divertida. —Te encanta tu trabajo, ¿verdad? Destrozar casas para después arreglarlas.

—Es el mejor del mundo.

—¿Empezareis por el garaje?

Clyde cogió un casco de la parte de atrás. —Sí, lo derruiremos hoy.

—¿Derruir? Pensaba que lo ibais a ampliar.

Su nuevo amigo se echó a reír. —¿Quién es el constructor?

—Tú.

—Pues déjame a mí que vas a quedar muy contenta con el resultado.

—¿Queréis un café?

Clyde fulminó con la mirada a uno de los obreros que iba a abrir la boca. —No, gracias. Vamos a trabajar que para eso estamos aquí. Mis chicos ya han tomado café.

Miró a los ojos a Clyde y asintió. —Muy bien. Que tengáis un buen día.

—Volvió a la cocina y apoyó la cadera en la encimera mientras se tomaba un café mirando por la ventana. Le pareció extraño que Clyde fuera tan duro con sus obreros. Él tenía mucho sentido del humor y era divertido. Nunca le había visto decir algo tan cortante. Observó a los hombres y todos llevaban monos de trabajo azules. Varios tenían el mono enrollado en la cintura porque aunque era temprano ya hacía calor, pero no estaban desnudos sino que llevaban camisetas blancas. Le extrañó que todas las camisetas fueran iguales. Clyde y Glenn eran los únicos que no llevaban uniforme, sino que iban con vaqueros y camisetas. Enseguida empezó a escuchar golpes al otro lado de la pared, así que apuró su café para salir de allí cuanto antes.

Cuando llegó del trabajo se quedó con la boca abierta porque Clyde no había exagerado. Detuvo el coche en la acera porque dos enormes contenedores estaban en el camino de acceso y su garaje y el de Mike habían desaparecido. ¡Se veía la cocina de Mike! ¡Y la suya!

Se bajó del coche atónita y a través del ruido de las máquinas escuchó que la llamaban. Se dio la vuelta para ver a la señora Svenson que iba hacia ella furiosa. —¡Kimberly! ¿Se puede saber qué está pasando?

Ella sonrió. —¡Me caso!

Si le hubiera dicho que era un hombre, se hubiera sorprendido menos. La cara de la buena mujer era para partirse. Consiguió reaccionar tres minutos después en los que Kimberly reprimió una sonrisa.

—¿Cómo que te casas? ¿Con quién?

—¡Con Mike! ¿A que es una noticia estupenda?

La mujer atónita miró a la casa de Mike y sonriendo gritó —¡Mike! ¡Felicidades!

Gimió girándose y forzó una sonrisa al ver que se acercaba. Era un delito que estuviera tan guapo vestido de negro. Mike sonrió. —Así que ya se ha enterado.

—¿Cómo ha ocurrido? ¡Es increíble!

Y tan increíble, pensó ella cuando llegó a su lado.

—Es que es irresistible. —Mike la cogió por la cintura. —Es tan

hermosa que no he podido resistirme. —La besó en la sien. Esa manita la estaba poniendo muy nerviosa y más cuando la bajó hasta su cadera diciendo —He tenido una suerte tremenda.

—Nuestra Kimberly es maravillosa —dijo mirando sus manos—. ¿Y tu anillo de compromiso?

—Oh, arreglamos la casa y...

—Se lo olvidó esta mañana en el baño con las prisas de la obra —dijo él metiendo la mano en el bolsillo del pantalón y sacando un anillo. Un solitario montado en platino que era precioso. El anillo que cualquier mujer le gustaría que le regalaran en su compromiso. Atontada dejó que le cogiera la mano y se lo pusiera. Encajaba a la perfección. Mike sonriendo cerró su mano y el diamante brillo bajo la luz del sol.

—Es precioso, debes estar muy contenta.

—Mucho —susurró mirando el anillo. ¿De dónde lo habría sacado?

Su vecina miró la casa. —¿Y qué pensáis hacer?

—Unirlas.

—Ah, como en el proyecto original.

Los dos se tensaron. —¿Perdón?

—Sí, cuando mi marido y yo compramos la casa todavía estaban construyendo esa mansión. Fue terrible lo que ocurrió, pero ahora no os lo voy a contar.

Preocupada miró a Mike que preguntó —¿Cómo que terrible?

—Sí, pero da igual. No es nada.

—¿Qué fue tan terrible?

La señora Svenson apretó los labios. —Soy una bocazas. No me hagáis caso.

—¿Qué ocurrió en la casa?

—No, si la casa no se llegó a construir del todo. Y no ocurrió en la casa, niña. No debes preocuparte.

—Ahora la ha preocupado —dijo Mike intentando quitarle hierro al asunto—. Debería decírselo para que podamos dormir tranquilos.

—Vaya, lo siento. Pues... —Avergonzada apretó las manos. —Digo que fue terrible porque me entristeció lo que ocurrió. Yo era recién casada y me dio mucha pena. Esa casa se la iba a regalar el constructor a su hija, que se casaba el mismo año que yo me mudé aquí. Pero la novia no llegó a conocer la casa y jamás se casó porque murió camino a la iglesia para hablar con el párroco sobre la ceremonia.

Kim impresionada se llevó una mano al pecho. —¿Y de qué murió?

—La mató uno de los empleados de su padre. Al parecer llevaba enamorado de ella años y...

—Cuando se enteró de la boda, se la cargó. —Kim se estremeció y él la miró a los ojos. —No debes preocuparte, nena. Ningún ex tuyo va a fastidiarnos la boda.

—No tiene gracia. Iba a vivir en nuestra casa.

—Una casa que ella no llegó a pisar, así que olvídate del asunto.

—Mike tiene razón. No debí contar nada. Es algo que ocurrió hace más de treinta años. ¿Y cuándo es la boda?

—Oh, la nuestra va a ser algo muy íntimo. Sólo la familia —dijo Mike rápidamente antes de mirarla a los ojos—. Cariño, Clyde quiere hablar contigo de los azulejos del baño de la suite.

—Oh, sí claro. Tenemos que irnos.

—Espero que cuando la inauguréis hagáis una barbacoa. —Cogió a Mike del brazo reteniéndole. —Seguro que no sabías que tu prometida hace las mejores barbacoas del barrio.

—Uhhh, otra cualidad. Cada día conozco algo que me gusta más. Usted será la primera a la que invitemos a la inauguración.

—Me caíste bien desde el principio —dijo encantada dejándola de piedra. ¡Sería mentirosa!—. Hacéis una pareja estupenda. Y felicidades de nuevo.

—Gracias —contestaron a la vez librándose de ella al fin.

Cuando llegaban hasta la casa Mike susurró acercándose a su oído — Nos vigila como un halcón.

—Me ha puesto los pelos de punta con lo de la novia cadáver. Menuda

mala leche que tiene la vieja —dijo entrando en la casa haciéndole reír.

—Nena, sólo quería parecer interesante.

—Pues lo ha conseguido —dijo colgando el bolso en el perchero. Mike cogió su bolso y asombrada le miró—. ¿Qué haces?

—No puedes dejarlo a la vista. Debes tener cuidado. Aquí entra mucha gente. Y no tenemos ni idea de quiénes son.

—Ya, claro. Gracias. Es la costumbre.

Entonces escucharon una sierra en el piso de arriba. —¿Pero qué hacen arriba?

—¡Están empezando a quitar las paredes que unirán las dos casas! —gritó por encima del ruido.

—¿Y cuándo se van?

—¡En una hora!

Puso los ojos en blanco antes de ir de nuevo hacia la puerta. —¿A dónde vas? —La cogió por la muñeca al ver sus intenciones de irse. — ¡Tienes que hablar con Clyde!

Se puso los índices en el oído asintiendo y él sonrió. Encontraron a su amigo gritándole a Glenn mientras hacía gestos a la pared. Afortunadamente para hablar salieron al exterior donde encima del capó de la ranchera le sacó varias muestras de madera para el suelo y de azulejos para el baño. Al parecer había que encargarlo, así que necesitaban decidirse cuanto antes para no retrasar la obra.

A ella le gustaba mucho una madera, pero era natural y tenía pinta de ser carísima. Miró a Mike y susurró —¿Tú qué dices?

—Nena, dime la que te gusta. Así le gustará a la mujer que visite la casa, que volverá loco a su marido para que se la compre rápidamente.

—Ah, entonces esta. —Clyde silbó haciendo reír a Mike.

Se divirtió escogiendo todo lo que le gustaba y Clyde le dijo que tenía unos gustos muy caros. Preocupada preguntó —¿Se saldrá del presupuesto?

—¿Qué presupuesto?

—¿Cómo que qué presupuesto? —Se volvió hacia su prometido. — ¿No te ha dado un presupuesto? ¿Cómo sabes lo que nos va a costar esto?

—Oh, él sabe el límite de mi fideicomiso —dijo Mike cogiendo un pedazo de mármol para la encimera de la cocina en color gris claro—. Clyde, este granito...

—Tío, eso es mármol de carrara.

—Ah, pues me gusta. ¿Y a ti, nena? ¿Crees que quedará bien con los armarios de la cocina en gris?

—¿Claro u oscuro?

—Oscuro.

—Es una cocina muy grande —dijo Clyde—. Yo voto por el claro.

Kim sonrió. —Tú sí que sabes.

—Vaya, gracias.

—Es que son muchos armarios. Quedaría muy... oscuro. Sería perfecta una mesa de cocina redonda del mismo color que los armarios con seis sillas también en gris —dijo ansiosa dejándose llevar.

Los hombres empezaron a recoger sus cosas y un tío enorme con un tatuaje en el brazo le guiñó un ojo a Kimberly, pero ella mirando muestras de zócalos ni se dio cuenta. Al levantar la vista vio que Mike estaba algo tenso. —¿Te gusta esta? A mí me gusta que sean más anchos de lo normal. En blanco con las puertas a juego. Los marcos de las puertas también grandes.

—Muy bien —dijo mirando de reojo a un tío con un tatuaje de una mujer en el brazo.

Ella se dio cuenta de que estaba algo tenso y vio como aquel hombre metía el casco y el cinturón de las herramientas en una gran caja de metal mirándoles con una sonrisa que le puso los pelos de punta. Esos ojos negros no eran los de una buena persona. —¿Ocurre algo?

Mike se volvió mirándola a los ojos y forzó una sonrisa pasando el brazo por sus hombros. —Qué va. Sólo estaba distraído. Si te gusta esa muy bien. A mí me da igual.

Kim miró hacia arriba y susurró —Mike, seguro que todo está bien, ¿verdad?

—Hablaemos luego. —Clyde estaba abriendo un catálogo de cocinas y Mike se echó a reír. —¿Tenemos que elegirlo todo ahora?

—Cuanto antes mejor. ¡Glenn! Trae las muestras de baldosas de la parte de atrás de la camioneta, ¿quieres?

Antes de que nadie se diera cuenta el tipo del tatuaje dejaba las muestras sobre el capó ante Kimberly. —Aquí tiene, señorita.

—¡James, sube a la camioneta! —ordenó Clyde de mala manera mientras la mano sobre el hombro de Kim la apretaba más fuerte.

El tipo no se movió mirando a Kim a los ojos y ella forzó una sonrisa. —Gracias.

—Ha sido un placer. —La saludó con la cabeza antes de alejarse.

—Clyde... —la advertencia en la voz de su prometido hizo que mirara a su amigo.

—No dará problemas. Tranquilo.

Ella se acercó a las muestras. —¿Son presidiarios?

Los dos la miraron con sorpresa. —Nena, ¿cómo te has dado cuenta?

—Todos llevan la misma ropa.

—Trabajan de día y van a dormir a la cárcel. Es un nuevo programa de reinserción —aclaró Clyde pasando las páginas del catálogo a lo tonto—. No tienes que preocuparte. Se juegan la libertad. No harán nada.

—¿Ese tío es un agresor sexual? —preguntó suavemente cogiendo el catálogo.

Clyde se sonrojó.

—¡Joder, Clyde! ¿Has metido un violador en mi casa? —preguntó exaltado.

—Shusss... —Ella miró hacia los hombres que afortunadamente ya se habían metido en dos camionetas mientras Glenn supervisaba. —Mike, no quiero a ese hombre aquí.

—Tranquila, nena. No volverá —dijo apretándola contra él.

—Si no vuelve, tendré que decir la razón en el centro y pueden suspenderle las salidas de día. ¿En serio queréis tener a ese tío de enemigo? Yo no elijo a los hombres que me envían. Pero son trabajadores y nunca me han dado problemas.

—Envíale a otra obra.

—Ese tío es uno de los mejores de mi plantilla y puede que mire, pero jamás toca. No es idiota. Sabe que para salir debe portarse bien y nunca ha metido la pata. Y le necesito aquí. Además, estamos Glenn y yo. —Su amigo se acercó a ellos. —Nunca perdemos de vista a los potencialmente peligrosos.

—¿Qué pasa? —preguntó Glenn.

—¿Me habéis traído un violador a mi casa? —Le preguntó Mike agresivamente soltándola—. ¿Te llevarías tú un tío así a que te arreglara la casa con Steffani en ella?

Glenn se sonrojó. —Joder, tío. No te lo tomes así. Estamos aquí constantemente.

—Mike... —Preocupada le cogió de la mano. No quería conflictos con sus amigos. —No pasa nada. Después del trabajo me iré al gimnasio o de compras. Llegaré cuando se hayan ido.

—Esto no me gusta. —Fulminó con la mirada a sus amigos. —¡Muchas gracias!

—Vamos a terminar con esto, ¿vale? Ayúdame a elegir.

Mike estaba muy enfadado y sus amigos intentaron relajarlo, pero él no cedía. Estaba claro que los cabreos no se le pasaban fácilmente. Ella quiso relajar el ambiente e intentó hacer un par de bromas sobre lo que le iba a costar la obra, pero seguía muy tenso. Eligieron un suelo de ajedrez en gris y blanco, que era una preciosidad, para el suelo de la cocina. Discutieron un poco sobre los azulejos del baño de la suite, porque ella quería unas baldosas en beige y él las quería negras. Ganó ella como siempre, porque sus amigos la apoyaron. Al ver lo contenta que estaba, Mike no pudo evitar sonreír.

—Ya veo que para que seas feliz hay que darte la razón en todo.

—Vas aprendiendo —dijo divertida chillando cuando vio una bañera que era una maravilla. Era redonda y tenía dos escalones para entrar en ella.

Mike puso los ojos en blanco. —No.

—¡Pero es la bañera que soñaría cualquier mujer! Caben dos.

—Ahí caben seis, nena.

—Pues mejor.

Todos se echaron a reír y se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho. —No quiero decir que a mí me vaya eso. —Se rieron aún más alto al ver lo colorada que estaba. —¡Que no me va eso!

Mike la cogió por la cintura. —Nena, ahora ya puedes ir a cambiarte.

—¿Hemos terminado?

—Sí, lo demás irá saliendo poco a poco —dijo Glenn empezando a recoger.

—Hasta mañana, chicos.

—Hasta mañana.

Fue hasta su casa y al entrar gimió porque todo estaba lleno de polvo. Vivir allí iba a ser una locura. Subió al piso de arriba y vio que habían colocado una toalla bajo su puerta y que la habían arreglado para que la pudiera cerrar. Al entrar fue un alivio porque aunque casi no tenía muebles, era su habitación. Se desvistió para ducharse y cuando fue a por ropa interior, vio que no estaba como siempre. Era muy ordenada y tenía todos los conjuntos colocados por colores. Se dio cuenta de inmediato que le faltaban unas braguitas azules. Nerviosa abrió el siguiente cajón donde tenía los camisones y habían sacado uno de ellos para después colocarlo de nuevo, pero no estaba doblado como ella lo hacía. Eso le puso los pelos de punta. En ropa interior se acercó a la ventana y vio a los chicos discutir. Seguro que estaban hablando de ese presidiario porque Mike estaba muy alterado. Corrió hacia el baño y se puso el albornoz antes de volver hasta la ventana y sacar la cabeza por ella. Eso no se lo pensaba callar.

—¡Chicos!

Los tres miraron hacia arriba y Mike sonrió. —Enseguida subo, nena.

—Me han robado algo. Algo íntimo.

Se tensaron y Mike fue hasta la casa con los demás siguiéndole. Cuando llegaron a su habitación Mike preguntó —¿Qué te han robado?

—Unas braguitas azules. Y ha revisado mis camisones.

—¿Estás segura? —preguntó Glenn apretando los puños.

—Sí. —Fue hasta el cajón y lo abrió para que lo vieran. —Si me pongo el sujetador, me pongo la braguita a juego. Falta la braguita.

Ellos asintieron viéndola abrir el de los camiones. Era evidente que uno estaba mal colocado.

Mike apretó los puños. —No le quiero más aquí.

—¡No sabes si ha sido él! Puede haber entrado cualquiera. La puerta no está cerrada y hay veinte hombres en la casa que no están tan vigilados como él —dijo Clyde preocupado mirando a Glenn, que asintió dándole la razón.

—Mira, si queremos evitar problemas lo mejor es poner una cerradura aquí. Terminar el garaje cuanto antes y trasladaros allí, para que ella esté aislada del resto de la casa durante la obra —añadió Glenn.

Mike apretó las mandíbulas antes de mirarla. —Nena, haz la maleta que te vas a casa de tu madre.

Le miró asombrada. —¡Pero eso no es lo que habíamos hablado!

—Pensarlo y mañana Mike nos dice lo que habéis decidido. —Clyde hizo un gesto a su amigo para que salieran de allí. —Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo Mike mientras ella se cruzaba de brazos. Estaba bien que la protegiera, pero aquello era demasiado. Habían decidido ciertas cosas y ahora no podía echarse atrás—. No me mires así. Te irás a casa de tu madre.

—Ahora sé a lo que me enfrento y la casa está llena de gente. No me hará nada. Te estás poniendo nervioso sin razón.

—¡Ha revuelto tus cosas! ¡La casa está abierta, Kimberly! Puede entrar cualquiera.

—Está en la cárcel. ¡Y viene con los chicos! Además, tú estás aquí —dijo divertida intentando quitar hierro al asunto—. Estoy casi segura de que no le quitarás ojo. Y como te he dicho, me iré al gimnasio. Así que el asunto está cerrado.

—No. No está cerrado porque te vas con tu madre.

Asombrada vio que se iba hasta su armario y miró hacia arriba donde antes tenía la maleta que ahora estaba en el almacén con el resto de sus cosas. —¿Qué pasa Mike? ¿Ya no quieres que me quede aquí por lo de la legalidad de la casa?

Se tensó volviéndose. —¿Qué pasa? ¿No confías en mí?

—No estamos casados y estás invirtiendo un dinero en una casa que legalmente es mía. Ahora quieres que me vaya. No sé, me empieza a sonar un poco raro cuando antes estabas muy seguro de que tenía que quedarme.

—Entonces queda claro que yo sí confío en ti, ¿no crees? —siseó antes de volverse y coger un montón de ropa entre sus brazos antes de sacarla y dejarla en la cama—. O te vas a casa de tu madre o duermes conmigo. Tú veras.

Parpadeó sorprendida. —¿Pero qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Repito! ¡La casa está abierta! ¡O duermes conmigo para asegurarme de que por la noche no te pase nada o te vas a casa de tu madre!

—¡Oye! ¡Soy mayorcita para hacer lo que me dé la gana! —Le vio volver al armario. —¿Quieres dejar mis cosas de una vez? ¡Tendré que volver a colgarlo porque ahora que insistes en que me vaya no me fío un pelo!

La miró ofendido. —¡He adelantado una pasta!

—Y precisamente porque tienes dinero no me fío —dijo desconfiada sentándose en la cama—. Puedes contratar un buen abogado y hacerme un lío.

—¡Hacerte un lío! ¡El lío me lo has hecho tú! ¡Lo que tenía que haber hecho yo era demandar a esa vieja que me ha timado, en lugar de invertir una fortuna en esta casa! ¡Casa que no es mía!

—Pues eso, me quedo para que veas que estoy dispuesta a cumplir mi parte. —Se miró la mano. —Por cierto, un anillo muy bonito. ¿Era de tu madre?

—No —gruñó cerrando la puerta del armario de un portazo—. Muy bien. Estas son las reglas. No llegarás antes de las seis y media.

—Está bien.

—Se pondrá ahí una cerradura y dormiré contigo.

Kim se sonrojó porque si dormía con él, no tardarían en hacer algo más que dormir. —No es necesario.

—Como no me digas que puedo dormir ahí, llamo a tu madre y le cuento lo que acaba de ocurrir. ¿Cuánto crees que tardaría en llegar a tu casa? ¿Veinte minutos?

Entrecerró los ojos. —Serás chantajista.

Él sonrió yendo hacia la puerta. —Nena, dúchate que me quiero duchar y me han cortado el agua. Voy a por mis cosas.

—¡Pide la cena! ¡No pienso cocinar para ti!

—¡No hay gas! ¡Tampoco podrías hacerlo!

Estupendo, tendría que ir a cocinar a casa de su madre porque no pensaba cenar todas las noches comida a domicilio.

## Capítulo 7

Comieron en la mesa plegable en la habitación. Era algo muy íntimo y para relajar el ambiente ella habló de las obras toda la cena. Mike estaba muy cómodo, como si aquella situación a él no le afectara. Al ver que cogía la cerveza miró su tatuaje. —¿Dónde te lo hiciste? —Él levantó una ceja. —El tatuaje.

—Una chiquillada —dijo sin dar más explicaciones.

—Ya, ¿pero dónde?

La miró a los ojos. —No quieres saberlo.

—Claro que sí. —Se llevó una mano al pecho asustada. —¡Me dijiste que no tenías antecedentes!

Él hizo una mueca y ella se levantó de golpe. —¡Mike!

—Fue otra chiquillada.

—¿Qué tipo de chiquillada? ¿Asaltar a una viejecita?

Él se levantó y muy tenso la señaló con el dedo. —¡Por eso nunca digo mi pasado, porque la gente te juzga por haber estado en la cárcel!

—Clyde y Glenn también estuvieron en la cárcel, ¿verdad? Por eso ayudan a los otros.

—¡Hay tipos a los que no se puede ayudar! ¡Como ese James, que sólo dan problemas!

—¿Qué hiciste y cuánto tiempo estuviste allí?

—Nena, no quieres saberlo. No lo preguntes más.

—¡Dímelo o no me caso!

Mike apretó las mandíbulas y respiró profundamente. —Si te lo digo, no te vas a casar.

Esas palabras hicieron que tuviera que sentarse de nuevo porque se imaginó mil cosas horribles. Pálida susurró —Mike, ahora sí que me estás preocupando.

Mike se enderezó. —Maté a un tipo y cumplí diez años.

Kim vio en sus ojos algo que no había visto nunca. Miedo. Y se dio cuenta que la opinión que tenía de él le importaba. —Cuéntame qué ocurrió.

—Yo tenía dieciséis años y estaba en el parque del barrio como mis amigos tomando unas cervezas. Ya habíamos tenido problemas antes y vino a por mí. Era él o yo y fue él. Así de simple.

—Eres de una banda.

—Era de una banda. Desde que me detuvieron no he vuelto por el barrio. —Sonrió irónicamente. —Es increíble que la cárcel me cambiara la vida, porque lo hizo. Si hubiera seguido en la calle hubiera sido un drogadicto o me hubieran pegado un tiro cuando estaba traficando. Pero allí conocí a Clyde y a Glenn. Eran como yo. Tres críos rodeados de auténticas bestias. Nos protegíamos mutuamente. Aprendimos una profesión y cuando salí, ellos me ayudaron acogiéndome en su casa hasta que pude salir adelante por mí mismo. Si no hubiera sido así, habría regresado al barrio para volver a las andadas.

—¿Por qué les detuvieron a ellos?

—Robaron en una tienda y al salir agredieron a un policía intentando escapar. Al pegar al policía, les cayó una pena mayor. Estuvieron siete años.

Kim le miró pensativa y no se podía ni imaginar por lo que había pasado. Él había salido de la calle para entrar en la cárcel y había conseguido empezar de nuevo. Era digno de admiración al igual que sus amigos porque lo debían haber pasado realmente mal y verles ahora era increíble.

—Me mentiste en lo del fideicomiso, ¿verdad?

—Sí, nena. —Se sentó ante ella y le cogió la mano. Kim miró su mano acariciando la suya y se le retorció el corazón viendo el brillo de su anillo. — Pero te juro que el dinero es mío. Me lo he ganado. No lo he robado, ni he traficado. Llevo una vida tranquila y quiero que siga siendo así. —Ella

levantó la vista y Mike vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. —Eh...  
—Acaricié su mejilla. —No llores, nena.

Kim forzó una sonrisa. —Estoy orgullosa de ti. Yo no sería capaz de hacer lo que has hecho tú.

Mike sonrió. —Claro que sí. Eres capaz de eso y mucho más. ¿Acaso no me has puesto en mi sitio?

Ella se echó a reír. —Lo he hecho, ¿verdad?

La miró de una manera que le cortó el aliento y perdió la sonrisa poco a poco. Sus ojos grises parecían que disfrutaban de cada uno de sus rasgos y se sintió amada. En ese momento se sintió amada por primera vez en su vida y aunque su cerebro le decía que eso era imposible, su corazón gritaba con todas sus fuerzas que le necesitaba.

—Me asustaste.

Mike suspiró. —Lo sé, nena. No puedo decirte que no volverá a pasar porque...

—Me gustó. —Mike la miró sorprendido y se sonrojó intensamente desviando la mirada. —Me gustó y...

Él la cogió por la barbilla mirándola como si quisiera devorarla. —¿Te gustó que te arrancara las bragas?

Esa frase le alteró la respiración y Mike se levantó lentamente como si fuera un depredador y se quitó la camiseta antes de llevar las manos a la cinturilla del vaquero. —Preciosa, si quieres conservar ese camisón tan sexy, te aconsejo que te lo quites porque vamos a follar.

Se quitó los pantalones y el corazón de Kim empezó a latir con fuerza al ver su sexo erecto ante ella. Mike entrecerró los ojos. —Tócame.

Tímidamente le miró a los ojos y levantó la mano lentamente acariciando con las puntas de las yemas de los dedos su sexo endurecido. Mike se estremeció y animada por su placer le acarició suavemente rodeando su miembro con la mano antes de bajar hasta su base. Cuando él cerró los ojos como si su contacto fuera lo mejor del mundo, se sintió poderosa y se agachó para pasar su lengua por la suavidad de su cabeza. Él gruñó abriendo los ojos y la cogió por el cabello empujando su cabeza hacia atrás antes de reclamar sus labios como si quisiera fundir sus bocas para siempre. Kim

gimió de placer cuando sus lenguas se entrelazaron y él la cogió por la cintura elevándola. Se sujetó a sus hombros enlazando sus piernas detrás de su espalda necesitando sentirle. Mike apartó su boca y con las respiraciones agitadas se miraron a los ojos. Sujetándola sólo con un brazo metió la mano entre sus piernas y apartó sus braguitas. —Así que te gustó que te arrancara las bragas. —Pasó su mano por su sexo haciéndola chillar de placer arqueando su cuello hacia atrás. Él se lo besó antes de elevarla más y mordisquear sus pezones a través de la tela del camisón. Ni sintió como rasgaba la tela para liberar sus pechos. Sus labios sobre ellos fueron una auténtica tortura y embriagada de placer le gritó que le necesitaba. Mike se acercó a la cama sentando su trasero sobre la pieza de latón de los pies de la cama.

—Déjate caer hacia atrás —dijo acariciando su pecho y empujándola ligeramente.

Ella lo hizo hasta que sus hombros tocaron el colchón y embriagada vio como Mike miraba sus pechos antes de amasarlos con ambas manos. Kim gritó cuando apretó sus pezones. —Te gusta esto, ¿verdad? Dios, eres preciosa. Estoy deseando ver cómo te corres.

Mike besó la piel sobre su ombligo y empezó a bajar acariciando sus muslos para colocarlos sobre sus hombros antes de acariciarlos de nuevo hasta llegar a sus braguitas. Con el índice separó las braguitas tirando de ellas apretando su clítoris y Kim se arqueó de necesidad. —No te pondrás bragas en casa, nena. —Se las rompió con fuerza. —¿Para qué?

Acarició su sexo de arriba abajo y a Kim le costó respirar cuando sintió su miembro endurecido casi rozándola. Entró con fuerza en su ser y Kim estalló en un fuerte orgasmo que fue exquisito. Mike la cogió por las caderas moviéndose ligeramente. —Sabía que estarías preciosa, pero no me imaginaba que tanto. —Salió lentamente antes de entrar con fuerza haciendo que toda la cama temblara mientras Kim que todavía no se había repuesto volvió a sentir esa necesidad por él. Mike no se detuvo, sino que aceleró el ritmo de manera frenética una y otra vez hasta que todos sus músculos se tensaron buscando la liberación. Mike acarició sus pechos y entró en ella de nuevo provocándole el orgasmo más intenso que había tenido en su vida.

Ni se dio cuenta de que la metía en la cama y le quitaba el camisón roto, pero de lo que sí fue consciente fue de cómo sus labios recorrían sus

pechos de nuevo y cómo esos mismos labios la torturaron durante toda la noche una y otra vez.

Una caricia en el muslo la despertó. —Cariño, ahora no.—Cogió la almohada y se cubrió la cabeza para no escuchar la risa de Mike.

—Nena, ¿no tienes que trabajar?

Eso la espabiló de golpe recordando que no había puesto el despertador. Se sentó parpadeando para ver que él estaba vestido. —¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Mierda. —Salió de la cama de un salto y corrió hacia el baño. Pero se detuvo en la puerta sonriendo de oreja a oreja mirándole maliciosa. —¿Te duchas conmigo?

Él negó con la cabeza riendo. —Será mejor que no o llegarás tarde. — Se acercó y la besó en los labios. —Para ser bibliotecaria te mueves muy bien.

—No has visto nada. —Le abrazó por la cintura hasta llegar a su trasero.

Él hizo lo mismo y amasó sus glúteos haciendo que cerrara los ojos. — Por cierto, casi no tienes marcas en ese culito tan mono. —Subió sus manos lentamente por su espalda hasta su cuello, que acarició enderezando su cabeza. —Nena, abre los ojos —dijo divertido—. Tienes que trabajar. Voy a hacerte un café. Creo que lo necesitas.

—Esta ha sido la mejor noche de mi vida.

—Lo mismo digo.

A Kim se le cortó el aliento y cuando se alejó no pudo moverse del sitio aun impresionada. La había mirado como si la amara. Eso no podía ser, ¿o sí? ¡Si apenas se conocían! Sin poder evitarlo, el miedo volvió a instalarse en la boca del estómago. Pero exactamente no sabía a qué se debía.

Debería estar contenta. Tenía un sexo increíble con un hombre que la volvía loca. Pero le daba la sensación que todo iba demasiado rápido. Pero

eso era por la casa, la boda ficticia y todo lo demás. Es que la situación era un poco extraña de por sí. Debía relajarse y tomarse las cosas como venían. Disfrutar de él y ya está.

Los días siguientes fueron fantásticos porque en cuanto llegaba a casa hablaban, reían y hacían el amor una y otra vez hasta que se quedaban dormidos. Se casaron ese sábado en una ceremonia íntima a la que sólo asistieron sus más allegados. Él la sorprendió reservando una habitación en el Plaza donde lo celebraron los dos solos y fue maravilloso. Aprendieron mucho el uno del otro, porque tuvieron horas y horas de conversaciones sobre sus vidas. Ella le contó mucho de su infancia con su madre y él le contó su vida en el barrio de Harlem donde se crió. Cada día le conocía más y cada día le quería más, provocando que su miedo aumentara. Miedo a perderle. No hacía falta ser psicoanalista, para darse cuenta de que las veces que habían dejado plantada a su madre habían influido en ella y ahora estaba aterrada a que llegara el momento de separar sus vidas.

Dos semanas después estaba comiendo con su hermana cuando Sheila suspiró dejando el tenedor sobre el plato. —¿Qué ocurre?

—Nada. —Se sonrojó cogiendo su refresco y bebiendo intentando evitar el tema.

—Cuéntamelo. Llevas toda la comida sin probar bocado. ¿Te alimentas del aire?

—No tengo apetito.

Su hermana la miró a los ojos. —No lo hagas.

—¿El qué?

—Dejarle tú por miedo a que lo haga él. Estás casada con un tío genial, disfruta un poco de la vida, Kim.

—Es un matrimonio de mentira. Es por la casa y se nos está yendo todo esto de las manos.

—Estás enamorada. No hay nada de malo en ello.

—Por Dios, si ni me ha dicho en qué trabaja.

—¿Y eso es importante para ti?

—Es como si una parte de su vida fuera tabú para mí. Me está ocultando cosas cuando yo se lo he contado todo.

Sheila apretó los labios. —Seguro que no se lo has contado todo.

Se sonrojó con fuerza. —No, eso no se lo he contado. Ni lo haré nunca. —Se miraron a los ojos y avergonzada desvió la mirada.

—No hiciste nada malo. Por Dios, él estuvo en la cárcel y no le has dado importancia.

Kim se tensó. —¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho Clyde.

—¿Y le has contado...?

—Claro que no. Hemos hablado de nuestras vidas y su vida en la cárcel ha salido en la conversación. Nada más. —Sheila parecía incómoda con el tema y Kim desconfió.

—Me estás mintiendo. Te conozco muy bien y sé que me mientes. — La cogió de la mano haciendo que la mirara y vio la culpa en sus ojos. — Joder, ¿se lo has dicho verdad?

—No todo. Le pregunté si lo conocía.

A Kim se le paralizó el corazón. —¿Y qué te dijo él?

—Que sí.

Kim perdió todo el color de la cara. —Pero no le dije lo que te había hecho. Te lo juro. Sólo le dije que un conocido había ido a la cárcel y que si le conocía. Clyde dice que es un cabrón que iba de listo y que en la cárcel varios le hicieron la vida imposible. Una vez casi le matan de una paliza por robar un paquete de cigarrillos.

Descompuesta se levantó cogiendo su bolso. —Tengo que irme.

—No le dirá nada. No saben que Cris está relacionado contigo. Si no se lo quieres contar, no tienes que hacerlo.

—¡Son como hermanos! ¿Crees que Clyde no dirá nada? ¡Se lo contará en cuanto le vea! Oye, ¿sabes que Sheila conocía a Cris Marshall? ¡Mike terminará preguntando de qué le conocías!

—Lo siento. ¡Lo hice sin pensar!

—Ahora tengo que decirle a mi marido que he estado casada y es algo que sólo quería olvidar.

Salió del restaurante dejando a su hermana angustiada, pero ella se sentía mucho peor. Hacía años que no pensaba en Cris y en lo que le había hecho, porque era un recuerdo que había relegado al fondo de su mente. Intentaba reprimirlo todo lo que podía porque de otra manera vivir sería insoportable. Ahora tendría doce años. Tendría un hijo de doce años si aquel cabrón no se lo hubiera quitado a patadas.

Cuando llegó al trabajo, su jefa vio que tenía mal aspecto y la envió a casa. No quería ir a casa de su madre porque la interrogaría sobre lo que pasaba, así que se fue a casa. Cuando llegó estaba acalorada y vio que el enorme garaje tenía las puertas abiertas y que estaban trasladando la cama. Gimió apoyando la cabeza sobre el volante porque necesitaba acostarse un rato. Se abrió la puerta y sobresaltada vio a Mike agachándose a su lado. — Nena, ¿estás bien?

—No me encuentro muy bien. Me duele la cabeza. —En eso no mentía. La tensión le había provocado dolor de cabeza.

Él hizo una mueca y se levantó ligeramente para mirar el garaje. — Enseguida colocarán la cama y podrás tumbarte. —Le apartó un rizo de la cara. —Estás muy pálida.

—Mike... —Miró sus ojos grises. —Tengo que contarte algo.

Mike sonrió. —Parece grave.

—Cris Marshall era mi marido.

Él perdió la sonrisa poco a poco. —¿Cris Marshall era tu marido? ¿El que está en la cárcel por pegarle una paliza a su mujer cuando estaba de nueve meses? ¿El que mató a su hijo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió. —¿Por qué no me lo dijiste?

—No quiero recordarle. Me niego a recordar nada de él. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Porque si me acuerdo...

—Nena... —La cogió por los brazos para abrazarla con fuerza. —No

pasa nada.

Ella le abrazó por el cuello y Mike la sacó del coche susurrándole que no pasaba nada. Clyde se volvió y al ver lo que ocurría ordenó a todo el mundo que saliera del garaje. Los hombres les miraron mientras entraban y su amigo cerró el portón.

—¡A trabajar! —ordenó dispersándolos.

Mike la tumbó sobre el colchón. —Shuss. —Se tumbó a su lado y la abrazó mientras lloraba. —Ya pasó.

—Lo siento.

Él se apartó para mirarla a la cara. —¿Qué sientes? ¿Casarte con un cerdo cuando eras una niña? No hay nada de malo en ello. El cabrón fue él, que se casó contigo sacándote cuántos años, ¿quince? Se aprovechó de ti sacándote de una casa en la que no eras feliz prometiéndote una vida mejor y casi te mata —dijo con rabia. La cogió por las mejillas—. Nunca vuelvas a decir que sientes algo de lo que tú no eres responsable.

—Me dijo que él no me dejaría. Que siempre estaría a mi lado. Pero en cuanto nos casamos, me ignoraba y se iba con otras.

—¿Qué ocurrió después?

—Se dio cuenta de que pensaba dejarle y me engañó dejándome embarazada.

Los ojos de Mike se oscurecieron. —¿Cómo que te engañó?

—Una noche me hizo beber vino y...

—Te emborrachó.

—Sí.

—Por eso nunca bebes alcohol.

Asintió sin poder contestar. Estaba segura de que si no se hubiera quedado embarazada esa noche, lo habría hecho de nuevo hasta que ocurriera. Pero había tenido suerte y sabía que ella jamás querría que su hijo viviera sin su padre.

—Así que utilizó al bebé hasta retenerte. Le ibas a dejar cuando casi te mata.

—Me sorprendió en el ascensor con la maleta. Se había ido a trabajar

hacía cinco minutos, pero se le habían olvidado las llaves del coche y...

—Regresó a por ellas.

—Me encontró una vecina. Creía que pensarían que había sido un atraco porque me quitó el bolso y se llevó la maleta. Las dejó en casa, pero la policía visionó las cámaras del garaje para ver que regresaba a casa. Registraron el piso y encontraron la maleta manchada de sangre. Él ni se había dado cuenta.

Mike acarició su frente mirándola pensativo. —Me lo has dicho por Sheila, ¿verdad? Porque habló de él con Clyde.

Asintió arrepentida. —Lo siento.

Él besó su frente. —No pasa nada, nena. Todos tenemos secretos.

—¿No me lo has contado todo? Un secreto por otro.

Se miraron a los ojos y él sonrió. —Cuando te vi por primera vez pensé que eras preciosa, Kimberly Robson.

—¿De verdad?

—Te vi en la ventana pegando esa naricilla al cristal con la boca abierta y pensé, justo lo que necesito. Una vecina acosadora.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —Te burlaste de mí.

—Es que esas uñas de los pies en rojo casi me vuelven loco, así que tuve que disimular porque tengo que hacerme el duro.

—¿De verdad? —Le abrazó atrayéndole a ella. —Pues no te has resistido mucho.

—Lo mismo digo, nena. Has tardado en decir sí quiero quince días.

Se miraron a los ojos. —No puedo enamorarme de ti.

—¿Por qué no?

—Porque me dejarás y eso duele.

Mike apretó los labios. —No voy a decirte que no te voy a dejar para que te sientas segura. Tienes que sentirte segura a mi lado incluso aunque no te diga esas palabras. No confías en ningún hombre y es lógico, pero yo soy así.

Se sintió decepcionada, pero entendió que le pedía demasiado. Era

lógico que no quisiera decirle que nunca la dejaría. La acababa de conocer. No podía enamorarse de él. Ahora lo tenía claro. —No te quiero. —Él sonrió divertido. —Hablo en serio. No te imagines cosas. He sido muy clara.

—¿Qué tal si dejamos eso a un lado y simplemente nos divertimos el tiempo que dure? No pensamos en el mañana. ¿Qué te parece?

—¿No hacemos planes? ¿Nada?

—Ni siquiera diremos que mañana vamos al cine. Sólo hablaremos del futuro de las obras. Nada más.

—Pero cuando se arregle la casa nos separaremos.

—¿Te vas del país?

—No.

—Nada de planes. —La besó suavemente en los labios. —Ahora descansa un poco.

—¿Con el ruido de la demolición?

—¡Ajá! —Se levantó y se acercó a una mesa. Ella se echó a reír cuando le mostró los cascos que le había robado el día que estaba cortando el césped. Se los colocó y la besó en la punta de la nariz antes de levantarse y salir por la puerta que daba acceso a la cocina.

Suspiró mirando el techo y entrecerró los ojos al ver lo que parecían unos cristales cubiertos por unas contraventanas. ¿Qué rayos era eso? ¿Un tragaluz? Qué garaje más raro.

Entonces entendió que trabajaría allí hasta que se acabaran las obras. Miró a su alrededor y espacio había de sobra. Sonrió porque si trabajaba allí podría echar un vistacito. No se enteraría.

Cerró los ojos suspirando de alivio porque al contarle lo de Cris se había quitado un peso de encima. No sabía porqué le preocupaba tanto lo que pensara de ella. Los recuerdos de aquella época volvieron con fuerza y se vio a sí misma discutiendo con su madre porque su novio era mucho mayor de lo que Kelly se había imaginado. Y por supuesto estaba totalmente en contra de su relación.

—Por Dios, hija. ¡Tienes dieciséis años! ¿Estás loca? ¿Cómo vas a casarte con un hombre así?

—Nos queremos. Quiero estar con él. Tienes que entender lo que siento, mamá. Me ha pedido matrimonio y le he dicho que sí. Tienes que darme permiso para casarme.

—Eso no va a pasar, ¿me oyes? ¡Y te prohíbo que vuelvas a verle!

Pero eso no pasó. Se escapaba de casa para estar junto a Cris y al final su madre cedió por miedo a perderla. La boda fue íntima porque Cris dijo que casi no tenía familia. Pero después se dio cuenta que su familia no le soportaba y que no tenía amigos. Trabajaba de comercial en una empresa de fotocopiadoras y siempre estaba trabajando. O eso creía ella. Cuando llamaron varias mujeres a casa, empezó a sospechar. Él decía que eran del trabajo, pero no tardó en descubrir la verdad al revisar las cuentas bancarias. Cuando se enfrentó a él, se llevó la sorpresa de su vida porque recibió un puñetazo en la cara. Avergonzada no quiso decirle nada a su madre y cuando amenazó con abandonarle, él la llevó a cenar a un sitio muy romántico diciéndole que ella era muy joven y que no comprendía ciertas cosas. Debían arreglarlo y él se estaba esforzando para que su matrimonio funcionara. Así que ella puso buena cara en la cena e intentó disfrutar de la velada. Como estaban en un reservado, le sirvió vino diciendo que así celebrarían su cumpleaños que era en una semana.

Descubrir que estaba embarazada fue un shock. Ella tenía previsto seguir estudiando y un embarazo le partiría la vida. Pero luchó contra su marido para que no la encerrara en casa y cuando ya no pudo más, decidió dejarle dándose cuenta de que su hijo sería muy infeliz en aquella casa. Pero obviamente lo había planeado mal y su hijo había pagado las consecuencias. Eso era algo que no podría olvidar jamás.

## Capítulo 8

Cerró los ojos intentando descansar y relajarse, pero después de un rato se dio cuenta que no podría dormir ni con los cascos puestos, así que consideró que lo mejor era arreglar su nueva vivienda para que estuvieran lo más cómodos posible. Como hacer la cama, por ejemplo.

Iba a volverse cuando sintió que la observaban y se levantó de golpe mirando hacia el portón del garaje, pero estaba cerrado. Volvió la vista a la puerta de la cocina y se levantó al verla abierta. Descalza fue hasta ella y la abrió del todo para ver el pasillo vacío. ¿Se habría equivocado? Se quitó los cascos para escuchar, pero el ruido de la obra amortiguaba cualquier otra cosa. Le extrañaba que Mike hubiera dejado la puerta abierta, pero al cerrarla de nuevo vio que se abría sola. Puso los ojos en blanco esperando que el resto de la obra no tuviera ese tipo de fallos. Tenía que hablar con Clyde de ello y necesitaban un pestillo de inmediato.

Cuando Mike la vio subir las escaleras minutos después no puso buena cara, pero en lugar de regañarla por no estar descansando, subió tras ella ayudándola a recoger sus cosas.

Tuvo la sensación de que la seguía varias veces, pero cuando lo hubieron trasladado todo la dejó sola mientras Glenn revisaba la puerta.

Limpió el garaje todo lo que pudo mientras Mike se encargaba de bajar el armario que había estrenado el día que le conoció. Como no tendrían cocina, su marido instaló el microondas y una cocina portátil que colocaron sobre la mesa plegable. Glenn les había prestado otra para que no tuvieran que comprarla, así que podrían usarla para otras cosas que no fuera cocinar. Mike se quejaba de que echaría de menos la televisión y ella indignada le dio las gracias haciendo reír a los chicos. Cuando terminaron casi parecía un pequeño apartamento y satisfecha miró a su alrededor.

—Cariño, ¿cuándo vas a traer tus cosas? ¿Te ayudo a trasladarlas? —  
La miró con desconfianza con esos ojos grises que la volvían loca. —Seré buena.

—Mis cosas están aquí.

—Ya sé que están aquí, pero me refiero a tus otras cosas. —Con picardía le cogió por la cintura. —Yo te ayudo encantada.

—Mejor descansa un poco. ¿Quieres un refresco? —Se alejó abriendo su neverita.

—No entiendo por qué no me dices en qué trabajas. —Levantó las manos al ver que iba a decir algo. —Pero no te presiono. Si no quieres decírmelo, allá tú —dijo disimulando que estaba dolida porque ella le había contado absolutamente todo y él no la correspondía de la misma manera. Cogió su bolso—. ¿Sabes? Creo que voy a ir hasta el centro comercial. Me voy a hacer las uñas.

—Nena...

—¿Te apetece comida china para cenar? —Sonrió yendo hacia el portón y pulsando el botón en la pared. —Oh, el mando para cerrar. —Cogió uno de los mandos que estaban sobre la mesa de la supuesta cocina mientras muy tenso la veía salir a toda prisa. —¡Te veo luego! —gritó desde la mitad del jardín.

Él salió hasta afuera mirándola fijamente y Kim se despidió con la mano cuando entró en el coche, gimiendo interiormente porque sabía que le había incomodado. Estaba más sensible de lo normal. Era eso. Con todo lo de Cris tenía los nervios a flor de piel. No debía darle importancia. Su matrimonio era de conveniencia y ya había mostrado demasiado de sí. Tampoco debía ser egoísta buscando algo que no tenía nada que ver con su relación. Mike le había dicho que debían vivir el día a día y eso haría.

Se pasó cuatro horas en el centro comercial y se volvió algo loca con una terapia de compras. Eran casi las diez de la noche cuando llegó a casa con la cena y cargada de bolsas. Pulsó el botón del garaje y frunció el ceño cuando vio que su nueva casa no tenía habitantes. Dejó las bolsas sobre la cama excepto la de la cena y cerró el portón. La luz estaba encendida, así que no podía estar muy lejos. Abrió la puerta que daba a la casa. En verano oscurecía muy tarde y todavía había algo de luz, pero la casa vacía le puso los

pelos de punta.

—¡Mike! —gritó desde la cocina que ya estaba casi desmontada. Llegó al hall tropezando con un martillo que estaba tirado en el suelo. —Mike, ¿estás ahí? —gritó a la pared abierta de su casa.

Una sombra en el piso de arriba le hizo sonreír. —Me has asustado. He traído la cena. —La silueta empezó a bajar las escaleras y los movimientos de su cuerpo le hicieron entrecerrar los ojos. —¿Mike?

—¿Acaso no recuerdas a tu marido?

La voz ronca de Cris la puso en guardia y dio un paso atrás escuchándole reír quedándose en la mitad de las escaleras. —¿No me has echado de menos, pequeña? Yo a ti sí. Todos y cada uno de esos días que pasé en prisión recordaba ese año que estuvimos juntos. Te imaginaba en la universidad continuando con tu vida y me preguntaba en qué trabajarías. Miraba tus fotos. Las fotos que salieron en el periódico cuando ocurrió todo. Imagínate mi sorpresa cuando un compañero de la trena me llama para decirme que había visto a la mujer de las fotos de mi celda. Tenía que volver a verte, mi vida. —Bajó otro escalón haciéndola temblar de terror. —Has dejado que ese cabrón te tocara, ¿verdad? ¿Le has hablado de mí? ¿Del amor de tu vida?

Le dio un vuelco al corazón preocupada por Mike. El terror hizo que la sangre corriera alocada por sus venas. —¿Dónde está?

Cris se echó a reír de una manera que le puso los pelos de punta. —¿Dónde está? Está muerto. ¿Qué esperabas, puta? ¿Creías que le iba a dejar tocar algo que es mío?

—¡No! —Muerta de dolor porque le había vuelto a arrebatarse algo que amaba, se agachó cogiendo el martillo del suelo y corrió hacia él sin ver el cuchillo que llevaba en la mano. Le dio un fuerte martillazo en la rodilla y saltó dos escalones con intención de pegarle en la cabeza mientras él gritaba de dolor. Cris levantó un brazo protegiéndose y Kim sintió algo caliente en el estómago, pero fuera de sí le golpeó en la cabeza una y otra vez hasta que su exmarido cayó desplomado en el suelo del hall.

Respirando agitadamente, miró su cuerpo en el suelo antes de echarse a llorar por haber perdido a Mike. Dejó caer el martillo que bajó tres escalones y ese sonido hizo que mirara hacia abajo para ver el cuchillo que salía de su

vientre. Impresionada vio el reflejo de la hoja que sobresalía, y cómo su ropa se llenaba de sangre. El dolor recorrió su vientre haciéndola gemir. Se llevó las manos a la herida con intención de quitárselo, pero algo la detuvo en el último momento. Bajó un escalón tambaleante y se apoyó en la pared dejando un rastro de sangre, sintiendo que las piernas temblaban tanto que no la sostendrían. Pasó al lado del cuerpo de Cris y se detuvo en seco mirándole con los ojos como platos cuando le escuchó gemir.

No podía dejarle ir de nuevo. Sin pensar en lo que hacía, se arrancó el cuchillo del vientre gritando de dolor y se arrodilló a su lado agarrando su cabello ensangrentado para levantar su cabeza. —¡Esto es por mi hijo, cabrón! —Le acuchilló en la espalda una vez. —¡Y esto es por Mike! —Le escuchó gemir cuando le apuñaló de nuevo. Se acercó para decirle al oído — Puede que te vea en el infierno. —Dejó caer su cabeza sabiendo que había muerto y el alivio la invadió después de once años.

Intentó levantarse, pero las fuerzas la habían abandonado y llorando se arrastró hasta la cocina. Su único pensamiento era que podía ser que Mike no estuviera muerto, pero sí mal herido en algún lugar de la casa y ella tenía que llamar a emergencias para intentar salvarle. Con mucho esfuerzo consiguió llegar al garaje y agarrándose al edredón las bolsas cayeron al suelo. Tiró más del edredón y cayó su bolso. Mareada metió la mano en el bolso para coger el móvil y temblando se le cayó al suelo. Sintiendo incapaz de marcar porque se le nublaban la vista, consiguió pulsar el uno antes de tumbarse al lado del teléfono.

Escuchó risas al otro lado y se echó a llorar. —¡Hola! —gritó su hermana—. ¡Kim ahora estoy en una cena! ¿Kim?

—Llama a una ambulancia. Cris... —Cerró los ojos tumbándose boca arriba con ganas de vomitar. Tuvo que volverse y vomitó en el suelo. Se aterró al ver la sangre.

—¡Kim! ¿Qué ocurre?

—Que busquen a Mike. Está herido. ¡Está herido! Él dice que está muerto, pero no puede haber muerto. Seguro que ha mentido y está herido por la casa —dijo sin fuerzas antes de desmayarse.

Estaba teniendo un recuerdo. Estaba rodeada de médicos que intentaban salvar a su hijo. Ella lloró porque sabía que no se podía hacer nada por él y se lo dijo a los médicos. Pidió que la dejaran para no volver a pasar por eso. No quería sentir más dolor. Vio el rostro de su madre llorando a su lado. Le dijo que no llorara. Que eso tenía que ocurrir. Su madre sonrió diciendo que se pondría bien.

Medio atontada la volvió a ver. Estaba de pie ante ella mientras Sheila la abrazaba. Su hermana se apartó acercándose a la cama y le cogió la mano con cuidado, pero los ojos le pesaban tanto que no pudo decirle nada antes de dejarse llevar. Entonces soñó con Mike, cientos de imágenes de sus días juntos pasaron por su mente. Ella riendo en la ducha mientras él le exigía que saliera porque llevaba todo el día esperando a que estuvieran solos. Los dos comiendo ante la tele de su habitación. Ella tumbada desnuda en la cama mientras Mike acariciaba su vientre antes de llegar a su pecho diciéndole que era preciosa. Los ojos de Mike enfadado, excitado o divertido provocaron que una lágrima corriera por su sien porque no los volvería a ver nunca.

Le tocaron el brazo y sintió que le tiraban de la piel. Abrió los ojos para ver a una enfermera a su lado concentrada en lo que estaba haciendo. Sintió un pinchazo y gimió porque le había hecho daño. La enfermera levantó la vista. —Lo siento. Pero se le ha salido la vía y tengo que ponérsela de nuevo.

Sentía la boca seca y susurró —Tengo sed.

—No puede beber nada de momento, pero... —Se acercó a la cabecera de la cama y segundos después le mojó los labios con una gasa. —¿Mejor así?

Recordándolo todo susurró —Mike... —La miró a los ojos. —Mike, ¿está bien?

—Lo siento. No sé quién es Mike. —Sonrió con ternura. —¿Por qué no le pregunta a su familia cuando les dejen pasar?

Miró a su alrededor, pero la habitación estaba vacía. —Sólo pueden entrar una hora por la mañana y otra por la tarde. Está en cuidados intensivos. Pero seguro que si sigue así, enseguida la pasarán a planta.

La enfermera que debía tener unos cuarenta años se sentó a su lado después de mirar algo debajo de la cama. Le extrañó que la enfermera se sentara y agotada volvió la vista hacia ella. —Descanse. Descanse para

recuperarse cuanto antes. Le acabo de poner la medicación, así que se dormirá en seguida. ¿Siente dolores?

—No mucho. ¿Mike...?

—Ahora debe preocuparse por usted. Duerma.

—¿Me estoy muriendo? ¿Por eso está ahí?

—Se está recuperando. Por eso estoy aquí.

Le costó entenderla porque no podía concentrarse, así que cerró los ojos suspirando antes de susurrar —Mike tiene que estar bien.

—Seguro que estará bien.

Una caricia en la mejilla la despertó y sonrió porque su madre siempre la había despertado así para levantarla para ir al colegio. Abrió los ojos, pero perdió la sonrisa al ver el rostro de Cris ante ella y gritó asustada sentándose en la cama de golpe. La enfermera la sujetó por los hombros pidiendo ayuda. La puerta se abrió y Mike entró en la habitación a toda prisa. Aliviada comprobó que estaba bien y se dejó tumbar.

—Estás aquí. —Se puso a llorar porque estaba bien y la había asustado mucho que Cris le dijera que estaba muerto. —Dijo que te había matado.

—¿Quiere ponerle algo de una puta vez? —dijo exaltado.

—Enseguida, señor Robson.

Mike la miró a los ojos y le acarició el cabello apartándoselo de la frente. Ella cerró los ojos disfrutando de su contacto y susurró —Estás bien.

—Sí, nena. Estoy bien. No te preocupes por mí.

Sonrió por sus palabras y abrió los ojos. —¿Dónde estabas? ¿Te hirió?

—No deberíamos hablar de eso ahora. —La besó en la frente y susurró —Descansa.

—Quiero ver a mi madre. Y a Sheila.

—Preciosa, son las tres de la mañana. Están durmiendo.

—¿Y tú? —Se miraron a los ojos. —Estás ingresado aquí y me estás mintiendo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a mentirte?

—Para que no me sienta culpable por haber metido a Cris en nuestras vidas —susurró con lágrimas en los ojos al recordarlo.

—No lo metiste tú. Fui yo al venir de donde vengo. Yo le traje a tu vida de nuevo. —La besó en la frente angustiado. —Nena, por favor descansa.

Sin creerle del todo miró su camiseta azul. Si estuviera ingresado no iría vestido así. Sonrió satisfecha y cerró los ojos. —Bien. Siempre fue un mentiroso.

Mike se quedó a su lado mientras le acariciaba el cabello con ternura y al final se quedó dormida de nuevo.

La siguiente vez que se despertó no estaba a su lado, pero sí su madre y Sheila que la besaron y la abrazaron cuando la vieron despierta.

Su madre besó su mano como si no quisiera perderla y se sentó a su lado con cuidado antes de decir —Nunca me he sentido más orgullosa de ti como en este momento. Le venciste. —Se miraron a los ojos mientras Sheila se cruzaba de brazos muy seria. —Luchaste y le venciste. No te dejaste apalear.

—Está muerto, ¿verdad?

Su madre asintió. —He ido a escupir en su tumba.

—Mamá, no le cuentes esas cosas.

Sonrió sin poder evitarlo mirando a su hermana. —¿Y tú qué has hecho?

—Le hubiera desenterrado y tirado su cuerpo a los perros, pero había otro entierro y hubiera dado la nota. Así que me conformé con tirar su lápida a patadas y huir de la policía.

Se echó a reír sin poder evitarlo y le dolió el vientre. —No me lo creo.

Su madre asintió y las tres rieron. La enfermera entró en la habitación. —Lo que le faltaba, que se le saltaran los puntos.

—¿Y Mike?

Las tres se quedaron en silencio y se preocupó. —¿Está bien? Ha estado aquí. No lo he soñado, ¿verdad?

—Está bien. Pero ha tenido que ir a la casa por lo de las obras, ya sabes. —Su hermana desvió la mirada y eso lo hacía cuando le ocultaba algo.

—¿Qué ocurre?

Sheila miró de reojo a su madre, que asintió como dándole permiso. Su hermana suspiró dando un paso hacia la cama. —Verás, se echa la culpa de todo y... —La miró a los ojos. —Se ha ido.

—¿Se ha ido a dónde? —Sonrió mirando a su madre. —¿A casa?

—Se ha ido de la ciudad —dijo su madre suavemente—. Está convencido de que si no hubiera entrado en tu vida, Cris no te hubiera encontrado y ahora estarías bien. Así que se ha ido.

Esas palabras provocaron un vuelco en su corazón y su hermana la miró preocupada. —Clyde también está hecho polvo porque sabía que ese tal James conocía a Cris de la cárcel. Deberían haberte sacado de allí en cuanto se enteraron, pero ni se les pasó por la imaginación que fuera a hablar con él sobre ti. La fiscalía le ha acusado de complicidad y no saldrá de la cárcel en unos años.

Nada de eso entró en su cabeza porque lo único que podía pensar era en que la había abandonado. La había abandonado en la cama de un hospital. Miró al techo sintiendo exactamente lo que sentía su madre desde que ella tenía uso de razón. Decepción, pena, rabia... todas esas sensaciones las experimentó una tras otra, pero la que no podía resistir era el dolor. Apretó los ojos con fuerza para evitar las lágrimas.

—Mi niña, no llores. Estarás bien. Cuando salgas de aquí irás a mi casa. Davis está deseando que pases unos días con nosotros.

—¿Y el divorcio? —Abrió los ojos para mirar a su hermana.

—Creo que deberíamos dejar esta conversación —dijo la enfermera muy seria—. No es el momento.

Sheila susurró —No sé nada de eso. Me dijo que Clyde hablaría contigo sobre la casa.

Asintió mordiéndose el labio inferior. —Bien... —Forzó una sonrisa. —Sabíamos que no duraría, ¿verdad? Vale más que sea ahora, que dentro de unos meses. Entonces sería más doloroso.

—Lo siento, hija. —Su madre le apretó la mano dándole ánimos, pero nada podía animarla en ese momento. —Todo saldrá bien.

—¿Kimberly Robson?

Levantó la vista de la revista que estaba leyendo y sonriendo a la enfermera se levantó. —Soy yo.

—El doctor la espera.

—¿Última revisión? —dijo cogiendo su abrigo—. Ya va siendo hora.

La enfermera sonrió. —¿Por qué todos están deseando perdernos de vista con lo bien que les tratamos?

—Somos una panda de desagradecidos —dijo haciendo reír a los que estaban en la sala de espera.

El doctor MacAllister se levantó de su asiento cuando la vio entrar y sonrió al ver su pequeña barriga de cuatro meses. —¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. —Se sentó ante su mesa. —Pero dígame usted que para eso vengo. ¿Me da la libertad condicional? —Él se echó a reír negando con la cabeza y Kim hizo una mueca. —Vaya, y yo que me había hecho ilusiones.

—Tienes que tener en cuenta que has sufrido una operación recientemente. Es un milagro que estés en estado y recuerda lo que te aconsejé.

—Ya, pero después de sobrevivir a un exmarido que me ha intentado matar dos veces, creo que puedo con esto. —Le miró a los ojos. —Además no pienso perder a la niña. No puedo pasar por eso otra vez.

Su doctor asintió. —Lo entiendo, pero necesitarás más controles que las demás embarazadas y debes comprenderlo.

—Estoy más fuerte que nunca y me siento muy bien. No tengo dolores. ¿Qué más tengo que hacer?

El médico que la había tratado desde el principio la miró fijamente. —¿Duermes bien? Parece que tienes ojeras.

—Podría dormir mejor, pero supongo que es normal después de todo lo que ha ocurrido.

—Sí, supongo que sí. ¿Vas a terapia?

—No. No fui la primera vez y no pienso ir la segunda. —Levantó la barbilla. —Y esto no me lo va a quitar.

—¿Vives con tu madre? Quiero que alguien te controle continuamente.

—Pues sí. Aunque su marido es demasiado empalagoso con ella para mi gusto. Madre mía, no le quita las manos de encima. Es como ver un pulpo intentando atrapar a su presa continuamente. —Su médico se echó a reír. —¿No puedo mudarme a mi casa?

—¿Tú sola? Ni hablar. Tendrás que seguir aguantando al pulpo.

Gruñó por lo bajo acariciándose el vientre. —Bueno, si no hay más remedio...

Él miró unos papeles que tenía delante. —Las pruebas han ido muy bien y estoy muy satisfecho, pero al menor signo de que ocurre algo raro, quiero que vayas a urgencias de inmediato.

—Muy bien. —Se levantó cogiendo su abrigo y su anillo de compromiso brilló al lado del de su boda. Se sonrojó cuando el médico los miró abiertamente. —Tengo que irme. He quedado con mi hermana que sale del trabajo.

—Llámame ante cualquier duda.

—Gracias, doctor.

Salió despidiéndose de la enfermera y al llegar a la calle allí estaba su hermana con un bonito abrigo marrón claro. —¿Abrigo nuevo?

—Me lo ha regalado Clyde. —Encantada dio una vuelta. —¿A que es muy chic?

Se acercó volviendo el cuello y al ver la etiqueta jadeó. —Es de firma.

—Mi chico me cuida muy bien.

Respiró profundamente porque ahora estaba rodeada de amor por todas partes. —¿Vamos a ver los carritos de bebé? —preguntó cambiando de tema.

—No.

—¿Cómo que no? Habíamos quedado para eso.

La cogió del brazo. —Tenemos que ir a un sitio.

—¿Por eso vas tan elegante? Podías haberme avisado. —Se miró su abrigo negro que tenía tres años y su jersey rosa tampoco era para tirar cohetes. —Podría haberme vestido mejor.

—Eso no es importante. —Caminaron calle abajo y después de cinco minutos su hermana la miró de reojo. —No te enfades.

—¿Que no me enfade por qué?

Su hermana se detuvo y la miró a los ojos. —Quiero mostrarte lo que es el amor verdadero.

—Venga ya. ¿A qué viene esto? —Molesta dio un paso hacia su hermana. —Ya sé que estás colada por Clyde.

—No, Clyde me quiere mucho y le atraigo, pero esto es otra cosa.

Frunció el ceño y su hermana la cogió por los hombros girándola hacia un escaparate. Perdió el aliento al ver su rostro en un busto hecho con hilos de cobre en un cartel de una exposición. Sus rizos, su expresión, todo en ese busto era ella. ¡Ella haciendo el amor! Se puso como un tomate porque su cara reflejaba placer y amor a partes iguales.

—Es la cosa más hermosa que he visto nunca —dijo su hermana a su lado—. Y Clyde dice que es uno de sus mejores trabajos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mirando sus rizos. Hasta el tamaño era perfecto, como si la hubiera grabado en su memoria. —¿Dónde está?

—Al fin hemos llegado al punto número dos. —Sin comprenderla la vio ir hacia la calzada donde un coche se detuvo. Clyde sonrió desde el volante.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tenemos que hablar. Sube.

Sin pensárselo se subió tras su hermana en el asiento trasero. —¿Dónde está?

Clyde se adentró en el tráfico y la miró por el espejo retrovisor. —¿Le quieres?

—¿Qué pregunta más tonta! Me ha dejado él.

—No ha sabido manejar esta situación demasiado bien. Es que tuvo miedo, ¿sabes?

Kim miró a su hermana que asintió. —Miedo a perderte.

—¿Y me deja para perderme para siempre?

—No he dicho que fuera muy listo. —Clyde se echó a reír.

—¿Dónde está?

—Esa es la parada número dos. Ahí puede que te enteres porque yo no te lo puedo decir. Me mataría. Pero aquí te enterarás. —Clyde detuvo el coche. —Despacho veintitrés.

Miró hacia el edificio y vio que era un despacho de abogados. Atónita se volvió hacia ellos. —¡Quiere el divorcio! —Clyde asintió. —¡Este tío es idiota! —Furiosa salió del coche caminando hacia el portal con su hermana detrás.

En el segundo piso entró en el despacho veintitrés sin llamar y un hombre se levantó de inmediato. —¡Señora Robson!

—¿Nos conocemos?

—No, pero he visto uno de sus bustos en el periódico. Se hará famosa. Su marido está teniendo mucho éxito con la presentación de la exposición. Será un éxito rotundo.

—Es una ironía que ahora quiera el divorcio, ¿verdad? —preguntó con rabia—. ¿Dónde están los papeles?

—Es un acuerdo muy generoso. Usted se queda con la casa y él renuncia a la propiedad.

—¿Renuncia a la propiedad? —gritó a los cuatro vientos abriéndose el abrigo—. ¿Renuncia también a esto?

El abogado se quedó con la boca abierta mientras ella le arrebatava los papeles de la mano y los rompía por la mitad. —¿Dónde está mi marido?

—No puedo darle esa información.

Rabiosa le cogió por la corbata. —Mira enano, he matado a tíos más grandes que tú, así que no me provoques que te coso a balazos. ¡La dirección! —le gritó la cara.

Pálido susurró —No tengo conocimiento de esa información.

Le empujó hacia atrás sentándolo en su sillón y volvió a coger los papeles. Encontró una referencia de una propiedad de Mike en la segunda hoja. Era una dirección de Harlem. Aunque seguro que no era el barrio donde había nacido porque habría querido alejarse de sus antiguos amigos. Además

era de su propiedad, lo que indicaba que la compró después de salir de la cárcel. Seguro que la había comprado allí porque los precios eran mucho más baratos. —Tengo que ir a Manhattan.

—Puedo denunciarla —dijo el abogado aun temblando.

—Y yo puedo enviarte a unos amigos —dijo chula yendo hacia la puerta—. Me deben una.

Sheila se echó a reír siguiéndola. —¿Desde cuándo eres tan macarra?

—Me he fijado en los chicos —susurró entrando en el ascensor. Sonrió de oreja a oreja levantando la hoja—. ¡Tengo la dirección!

—Bien hecho. ¿Y ahora?

—Ahora tengo que idear un plan. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto.

## Capítulo 9

—¿Una copa de champán?

Se volvió mirando al camarero que llevaba una bandeja llena de copas y él la observó con admiración. —¿No gracias, tiene un zumo?

—Enseguida se lo traigo.

—Yo sí quiero una —dijo su hermana llegando en ese momento con Clyde que estaba muy guapo con traje.

—Estáis muy elegantes. Hacéis una pareja estupenda.

—Lo sé. —Sheila miró con amor a su hombretón, que sacó el pecho orgulloso de lo guapa que estaba su novia vestida de azul.

—Tú también estás preciosa. Le vas a cortar el aliento —dijo Clyde antes de beber de su copa.

—Eso seguro, porque no espera verme.

—Quizás deberíamos habernos ceñido al plan. Aquí hay demasiada gente y tu marido es impredecible.

—Es su gran noche, no pasará nada. ¿Y cuándo llega el homenajeado? Está impaciente por hablar conmigo. Me ha llamado veinte veces esta semana.

—Pues no te digo todas las veces que me ha llamado a mí gritándome como un loco por no haberle contado lo de tu nuevo estado.

—¿Te refieres a mi estado de casi divorciada? —Miró a su alrededor mientras sus amigos se reían. Gruñó por lo bajo al ver la monstruosidad que era la figura central de la exposición. ¡Un desnudo suyo! Era para matarle. —Menos mal que mamá no ha venido. Le daría una apoplejía.

—Todo el mundo te mira —dijo Sheila intentando no reír.

—Nuestro chico ha estado muy ocupado, ¿verdad? —preguntó Clyde girando la cabeza mirando una figura que estaba tras ella. Sheila le dio una colleja.

—¿No te da vergüenza? —preguntó su hermana interesada—. Si yo estuviera tan expuesta ante desconocidos me moriría de vergüenza.

—No es como si fuera real, real. ¿No? Son hilos de cobre. No es como estar desnuda. Me parecen preciosas. Aunque la del cartel...

—¿Has visto toda la exposición?

—Me he dado una vuelta mientras os esperaba. —Miró a Clyde con desconfianza. —¿Por qué?

—No por nada... —Disimuló mirando a su alrededor. —Creo que no has llegado hasta el fondo.

Llegó el camarero con el zumo y tensa lo cogió para caminar hacia el fondo de la galería. La gente se apartaba a su paso mirándola de arriba abajo, pero les ignoró decidida a llegar hasta el final. Una pareja se apartó de la escultura que estaba en la pared del fondo y se le cayó el vaso al suelo mirándola atónita. ¡Ahora sí que le mataba! ¡No sólo se casaba con ella por la maldita propiedad de la casa, sino que después la dejaba tumbada en la cama de un hospital y para colmo exponía su intimidad en público! Pensó viéndose a sí misma tumbada en una cama extendiendo los brazos como rogándole que le hiciera el amor. Tomó aire profundamente.

—Eso es, respira. Los artistas son así —añadió su hermana—. Se inspiran de hechos reales.

—¡Esto es el colmo!

—Yo creía que la del orgasmo era el colmo —dijo Clyde partiéndose de la risa.

—Disculpe, ¿tiene invitación?

Se volvió furiosa para ver a la rubia del Porche rojo ante ella, que abrió los ojos como platos en cuanto la vio. —¡No puedes estar aquí!

—Oiga, es la mujer del artista —dijo Sheila ofendida.

Aquella rubia de culo estrecho entrecerró los ojos y la señaló con el

dedo. —Como hayas venido a estropearle la noche a Mike, te despellejo viva.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¡Ha trabajado muchísimo para esta exposición! ¿Sabes lo que es unir un puñetero hilo de cobre con otro? ¡Es un genio!

Asombrada miró a Sheila. —¡Esta tía está enamorada de mi marido!

—Es Julie, la marchante de Mike —dijo Clyde muy serio—. Mira, Julie. No te pases con Kim, que no lo ha pasado precisamente bien con todo esto.

—No estoy enamorada de tu marido —dijo con burla mirándola con desprecio de arriba abajo—. Esto es trabajo.

—Mona, vuelve a mirarme así y te calzo una hostia.

—Déjame a mí, Kim. Que tú estás embarazada y casi recién operada. —Sheila la cogió por el brazo apartándola y fulminando con la mirada a la rubia. —Te aconsejo que te alejes de mi hermana antes de que se me escape la mano, pija teñida.

—¡Mi pelo es natural! Pregúntaselo a tu novio.

—Ey, ey... —Clyde cogió a Sheila del brazo. —Quiere provocarte para salir en la prensa. Es así de retorcida. ¿Verdad, Julie?

La marchante se echó a reír dejándolos de piedra. —Nada mejor que un buen escándalo para encumbrar a un artista.

Las hermanas se miraron y Sheila se encogió de hombros antes de pegarle un puñetazo a la rubia que la lanzó contra la pared. Inconsciente se fue escurriendo hacia el suelo sentada con las piernas abiertas.

—¡Un ko! —Se chocaron la mano y Clyde gimió. —Eres la mejor.

—Lo sé —dijo Sheila mientras todo el público los rodeaba.

Sheila cogió del brazo a Clyde mirándole a los ojos. —Ya me explicarás lo de esa pija.

—Un lapsus. —Bebió de su copa de champán en el mismo momento que empezaron a escuchar unos aplausos.

Se volvieron hacia la entrada y pudo ver de reojo como una muchacha intentaba despertar a la marchante dándole palmaditas en la cara.

Pudo ver la cabeza de Mike acercándose mientras saludaba a los asistentes que no tenían ni idea de la vida que había tenido. Muchos eran ricachones de la ciudad que en el pasado hubieran huido de él, pero ahora querían hacerse una foto a su lado. La invadió un orgullo enorme y sonrió sin poder evitarlo. Hacía meses que no le veía y se puso algo nerviosa, pero después de ver esas esculturas no pensaba dejarle escapar.

Al fin la gente empezó a dispersarse y pudo verle bien. Estaba guapísimo con un traje gris y una corbata del mismo color sobre una camisa blanca. No pudo evitar devorarlo con los ojos sintiendo que su corazón volaba por él. Mike estaba dándole la mano a un político importante y diciéndole algo que quedó en el aire cuando la miró distraídamente antes de darse cuenta que era ella. Dejó al político con la palabra en la boca perdiendo la sonrisa y acercándose a ella a toda prisa. Ni reparó en Julie que se estaba levantando en ese momento.

—Ahí viene... —canturreó su hermana antes de alejarse con Clyde para dejarlos solos.

Al ver que llegaba en pie de guerra, enderezó la espalda mostrando más su vientre abultado y Mike apretó los labios mirádoselo. Se detuvo ante ella y siseó —¿A qué viene esto, nena? ¿Por qué no me coges el putito teléfono?

—No me apetecía.

—¿Y te presentas aquí? ¿Qué quieres conseguir?

—Sonríe, cariño. Te observa todo el mundo. —Le cogió del brazo dejándole de piedra y tiró de él hacia la escultura del fondo. —¿Puedes explicarme esto?

Mike miró la escultura y soltó su brazo suavemente. Cosa que a ella no le gustó un pelo. —Soy escultor.

—Eso ya lo veo —dijo con ironía—. ¿A qué venía tanto secreto?

—No me gusta que vean mi trabajo hasta el final.

Le miró a los ojos. —¿Y el final es este, Mike? ¿Quieres que este sea el final?

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —Chasqueó la lengua porque se negaba a hablar de ellos y se miraron a los ojos. Ella no pudo evitar sentirse decepcionada. —Kim...

—Mira a tu alrededor. Me has expuesto de todas las maneras posibles ante desconocidos. Cada una de mis expresiones están en esas esculturas excepto una. Me pregunto porque en ninguna estoy llorando.

Él apretó las mandíbulas. —No soporto verte llorar.

—Pues si no te gusta que lllore, no deberías haberme dejado.

La cogió por el brazo y siseó —Lo hice por tu bien.

—No fuiste responsable de nada.

—¡Sí lo fui! ¡Porque no estaba en casa esa noche! ¡Le atraje a ti y no estaba en casa para protegerte!

A Kim se le cortó el aliento. —¿Qué dices? —Dio un paso atrás impresionada. ¿No había estado en la casa? —Dijo que te había matado. Pensaba que estabas herido...

—¡Mintió en todo! ¡Me fui con Clyde y Glenn a tomar unas cervezas y me emborraché! ¡No me enteré de lo que había pasado hasta que tu hermana llamó a Clyde desde el hospital a las seis de la mañana porque no me encontraba! ¡Esa es la persona que tenías a tu lado! ¡Alguien con quien no puedes contar!

Pálida miró a su hermana que lo había escuchado todo y asintió. —Eso ya no importa.

—¡Claro que importa!

—Mike, baja la voz —dijo Julie preocupada—. No le grites.

Mike se tensó y metió las manos en los bolsillos del pantalón sin dejar de mirar sus tristes ojos verdes. —Lo siento, preciosa. No soy lo que necesitas.

Dio un paso hacia él muerta de miedo por perderlo para siempre y susurró —Contesta sólo a una pregunta. ¿Te fuiste con los chicos para no verme después de lo que te había contado esa tarde? ¿O porque querías desahogarte?

—Esas son dos preguntas —dijo Julie con ironía.

—Dime que no soportabas ni mirarme después de lo que te conté —dijo ignorándola—. ¡Dímelo! —gritó desgarrada dejando a toda la galería en silencio.

—Lo que no soportaba fue que me pediste que confiara en ti y no fui capaz. Me sentí un miserable —dijo con rabia.

Decepcionada apretó los labios. —No confías en mí —susurró abatida. Había hecho el ridículo totalmente al ir allí. Si no confiaba en ella, no podía amarla y estaba claro que no la amaba porque el día que ella le había confesado el momento más traumático de su vida, la dejó sola y después volvió a abandonarla en la cama de un hospital. De repente se echó a reír. — ¡No confías en mí! Esto es increíble.

—Nena... —Preocupado intentó cogerla por los brazos, pero ella se apartó.

Miró a su alrededor donde todas aquellas imágenes de ella misma le retorcieron el corazón. —¿No confiabas en mí? ¿Qué pensabas que diría por saber que eras escultor? —Entonces se detuvo al recordar su rostro en el cartel y se giró lentamente para mirarle. Estaba muy tenso y supo lo que ocurría en ese instante.

—Me utilizaste.

—Kimberly...

Vio la verdad en sus ojos. —Me utilizaste para tener esto, ¿verdad? Y no podías dejar que me enterara, porque podía arruinar la maravillosa exposición para la que tanto has trabajado. Por eso cuando Julie fue a tu casa se comportó así de descarada porque ya habías empezado a trabajar....

Julie se sonrojó y susurró —Voy a atender a los invitados.

—Nena, vuelve a casa.

—Sí... al parecer has conseguido lo que querías y ya no me necesitas. —Sheila se acercó de inmediato mirándolo con odio. —Siento haberte molestado en tu gran noche —dijo aun impresionada.

Menuda estúpida. Había creído que la amaba y que había tenido que representarla porque la necesitaba, cuando en realidad sólo la había utilizado como si fuera una modelo. Por eso se había ido con los chicos a tomar una cerveza porque ya había tenido bastante con el drama que ella le había relatado por la tarde y había tenido que salir a despejarse con los chicos. Se imaginó su sorpresa al saber que estaba en el hospital. No dudaba que había tenido ganas de salir corriendo y era lo que había hecho.

Toda aquella gente la miraba como si intentara averiguar lo que había ocurrido, pero ella enderezó los hombros intentando que le quedara algo de dignidad mientras que por dentro estaba destrozada.

Al día siguiente en un acto de puro masoquismo fue a visitar su casa. No la había visto terminada y estaba muy distinta a la casa original. No se la había imaginado así. La cocina era el doble de grande y la mesa gris con las sillas habían quedado maravillosas. Subió las escaleras y no pudo evitar ir hacia la habitación principal. Abrió la puerta doble y suspiró porque era preciosa. La habitación que siempre había soñado. Tenía dos ventanas a ambos lados de donde iría la cama y a la derecha tenía otras dos. A la izquierda un baño y un vestidor. Casi se echa a llorar al ver la enorme bañera que ella quería. Todo estaba precioso. La casa que cualquiera querría tener. Era una pena que tuvieran que venderla. Esa misma mañana había llamado al abogado y le había pedido que redactara el acuerdo de divorcio de nuevo. Esa vez con la casa a medias como habían quedado desde el principio. Apretó los labios al oír el timbre de la puerta y bajó los escalones para abrir al agente inmobiliario.

Sonrió a la mujer de la agencia después de que sacara fotos de todo durante casi una hora. —Es una casa fantástica. Se venderá enseguida.

—¿Usted cree? Eso sería estupendo.

La mujer miró su cara pensativa. —¿La he visto antes?

—No, no lo creo. Sobre la casa...

—Es algo... no sé, tengo la sensación de haberla visto antes.

—Soy bibliotecaria, igual es de eso. Sobre el precio...

—Creo que deberíamos subir hasta un millón cien para poder negociar hasta el millón. ¿Qué me dice?

Uff, esa cantidad la mareó un poco, pero era lógico cuando en realidad eran dos casas juntas. —Me parece bien.

—Estupendo. Entonces me pondré a ello de inmediato. De hecho, conozco a un par de parejas que estarían encantados con la casa y con el barrio. Déjeme a mí que se la venderé lo antes posible.

Kim forzó una sonrisa mientras se le retorció el corazón. Tenía que reconocer que algunas veces durante su convivencia con Mike había soñado con vivir allí con él. Acarició su vientre diciendo a toda prisa. —Tengo que irme si lo tiene todo...

—Oh sí, por supuesto. —Caminaron hacia la puerta y le entregó una tarjeta. —Si necesita cualquier cosa llámeme, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

—¿Ya tiene casa?

—Todavía no he buscado nada.

—Ya veo. ¿Un divorcio? Siempre ocurre lo mismo. Pero si quiere que la ayude con eso. Tengo una preciosidad de dos dormitorios con un jardín perfecto para la criatura. Y el vecindario es tan bonito como este.

—Puede que la vea —dijo sin ninguna gana. Ahora no estaba para pensar en eso.

Abrió la puerta queriendo salir de allí y la mujer le dio la mano. —La llamaré.

—Gracias por venir.

La mujer fue hasta su coche y ella cerró la puerta con llave. Se mordió el labio inferior mirando el porche blanco que ocupaba toda la fachada y reprimió las ideas que surgían sin poder evitarlo en su mente sobre como lo decoraría. Bajó los escalones y al ver que la señora Svenson tenía intención de cruzar la calle casi huye hacia el coche.

Su vecina la miró de arriba abajo y chilló de la alegría —¡Estás embarazada!

Sonrió acariciándose el vientre. —Pues sí. De cuatro meses.

—Es maravilloso. Haré de niñera. Me encantan los niños. ¿Cuándo os mudáis? —La cogió por el brazo. —Fue terrible lo que te ocurrió, pero eres muy fuerte. Mike se ha llevado a una joya. ¡Un artista famoso! ¿Quién lo iba a imaginar? —Se echó a reír. —Y nosotras pensando que era un delincuente. Qué callado te lo tenías, pillina.

—Le gusta mantener la privacidad con su trabajo —dijo intentando no parecer borde pero lo que menos le apetecía era hablar de Mike en ese momento.

—Hace muy bien. —La miró a los ojos. —¿Te encuentras bien? ¿Después de lo que te ocurrió el embarazo va bien?

Kim vio en sus ojos que su preocupación era sincera y sonrió. —Todo va perfecto. Es niña.

—Oh, una niña. Estoy deseando verle la carita. Si necesitas ayuda con la mudanza todo el barrio echará una mano. Fue un shock que ese hombre entrara en tu casa y te atacara. Eso nos ha unido mucho más, ¿sabes?

—Es reconfortante que haya salido algo bueno de eso.

—Mike te habrá ayudado a superarlo —dijo la mujer.

—Pues... —Miró a su alrededor sin saber cómo explicar lo que había ocurrido. Además, no quería explayarse.

—¿Qué ocurre, Kimberly?

—Nos vamos a...

—¡No lo digas! —La cogió por la mano y tiró de ella hacia su casa. —Lo que necesitas es un pedazo de tarta de manzana.

—Tengo que irme.

—No. ¡Vamos a hablar! —exigió tirando de ella hacia su casa, así que no tuvo más remedio que seguirla.

La llevó a su cocina sin soltar su mano. Sorprendida miró a su alrededor al ver cientos de magdalenas de distintos gustos. —¿Y esto?

—¿No lo sabías? Vendo postres a una panadería de la zona. —Gimió viendo unas rellenas de arándanos. —Coge, niña. Tienes que engordar. Te envolveré la tarta para que te la lleves.

Se sentó en una de las rústicas sillas de la cocina y desenvolvió la enorme magdalena antes de darle un buen mordisco. —Mmm, está de muerte, señora Svenson —dijo con la boca llena sonriendo cuando le puso delante un vaso de leche.

—Llámame Cloe.

La miró sorprendida. —¿Cloe? ¡Qué nombre más bonito!

—Gracias. Mi madre también se llamaba así. —Se miraron a los ojos. —¿Qué ha ocurrido para que una pareja que se quiere tanto no esté unida y más aún en un momento como este?

Perdió la sonrisa dejando la magdalena sobre el envoltorio. —Nos casamos por la casa.

—Me lo imaginé, niña. Esos matrimonios tan precipitados, siempre tienen una razón detrás y que se empezaran las obras tan pronto... —Negó con la cabeza. —Me imaginé que había algún problema con la casa, que había salido a la luz cuando llegó Mike. Pero os enamorasteis.

—No, me enamoré yo. Él sólo me utilizó de modelo para su estúpida exposición. —Cogió la magdalena y le dio un buen mordisco para tener otra cosa que hacer antes de ponerse a llorar ante su vecina. —Me dejó sola en el hospital. Sólo fue a verme una vez y ya no volvió.

Cloe sonrió con tristeza. —¿Has ido a su exposición?

—Sí. Me dijo que me fuera a casa.

—Estos jóvenes cómo se complican las cosas. —Cogió el periódico que estaba a su lado y lo dejó caer ante ella. —¿Por qué no lees su crítica? Creo que no la has leído.

Masticando frunció el ceño al ver una foto del Times en la sección de cultura. Era una foto de una de sus esculturas. La de la cama. Se puso como un tomate porque sentía la mirada de su vecina sobre ella y la mujer se echó a reír. —Puede que sea más vieja que tú, pero he tenido mis aventurillas, ¿sabes? Lee.

La empezó a leer y sonrió sin darse cuenta porque al crítico le había maravillado la exposición. Había ido a otras suyas, pero consideraba que esa sin duda había sido la mejor. El autor había volcado en esas piezas toda su alma. Al leer eso a Kim se le puso un nudo en el estómago y más cuando continuó leyendo, “Mike Robson no solo ha conseguido reflejar en cada una de sus piezas todas las expresiones del amor de su mujer, sino que ha volcado toda su pasión, creatividad y alma en cada una de ellas. Sinceramente enhorabuena. No sé con qué puede sorprendernos en su próxima exposición porque aquí lo ha dado todo”

Levantó la vista orgullosa y Cloe sonrió. —Le ha gustado.

—Claro que le ha gustado, es maravillosa. —Frunció el ceño. —No lo has entendido. ¿Te has molestado en ver la anterior obra de tu marido?

Se sonrojó intensamente. —Intento no pensar mucho en eso.

—Te aconsejo que busques en Internet. Te vas a llevar una sorpresa.

—¿Otra? —Asintió convencida. —¿Tienes ordenador? —preguntó impaciente.

Diez minutos después ante la pantalla del ordenador se quedó con la boca abierta al ver la anterior obra de su marido. No tenía nada que ver. Eran piezas de hombres realizando trabajos físicos, como carpinteros o un hombre derribando una pared con una maza y no estaban hechos con hilos de cobre como sus esculturas. Estaban hechos con gruesos alambres entrelazados lo que hacía a las esculturas grises. Asombrada miró a su vecina que la observaba con los brazos cruzados. —¿Ahora lo entiendes? Le has hecho ver otra parte de la vida y creo que él no se ha dado cuenta. Si te dejó sola en un momento así, es porque está acostumbrado a estar solo y cree que estás mejor sin él. Esas obras expresan sufrimiento y lo que tú le has ofrecido es algo que no puede asimilar.

—Dijo que no le merecía. Me lo dijo —susurró impresionada—. Que no podía contar con él porque me habían atacado y estaba sola.

—Entonces eso lo explica todo, ¿no crees? Ahora lo importante es que vas a hacer tú para demostrarle que si te merece y que todos cometemos errores.

Se levantó de la silla pensando en ello. —Estar ahí para enseñarle que tiene que hacer lo mismo. Para que confíe en mí. En que le quiero.

Cloe sonrió. —No lo hubiera dicho mejor.

## Capítulo 10

—¿Estás segura de esto? —preguntó Sheila algo nerviosa mientras el ascensor industrial se detenía.

—Sí. —Abrió la reja y salió al hall mirando a su alrededor. Sólo había una puerta así que fue hasta allí tirando de su maleta. Llamó al timbre y esperó mientras su hermana cargaba una caja.

—No me extraña que se comprara la casa. Este sitio es horrible. Da miedo.

—Ya oíste a Julie. Antes trabajaba en su estudio. —Miró impaciente hacia la puerta. —Estupendo, no está.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta para ver un taller con todas las letras de la palabra. Ahora sabía de dónde había sacado la idea del hombre derribando el muro porque una de las paredes estaba tirada a la mitad abriendo el espacio. Había una cama deshecha al lado de una ventana y su hermana gimió. —¡No puedes vivir aquí! ¡Estás embarazada!

—Iba a vivir en un garaje y no dijiste nada —dijo entrando en el piso apartando con el pie un ladrillo que todavía andaba por allí. Sonrió al ver los rollos de cobre apoyados en una pared.

—¡No estabas embarazada! ¡Dios mío y en este barrio! ¡Hay drogas en la calle!

—Aquí se siente seguro. Me quedo.

—¡Esto es una locura! ¡No sé por qué Julie te ha dado la llave!

—Porque su niño bonito no le coge el teléfono. Por eso. Está preocupada y sabe que soy lo mejor para él. —Puso las manos en jarras. —¿Me vas a ayudar a sacar las cosas del coche o no?

—Eso si no nos las han robado ya.

—Serás exagerada.

Cuando terminaron de subir sus cosas, miró a su alrededor y fue hasta la cocina. Estaba embarazada y tenía que comer en condiciones. La cocina abierta era un desastre. Los platos estaban sin lavar y vio que se había alimentado de cocina precocinada. Su hermana puso cara de asco. —Dios, espero que no haya ratas.

—Y yo. Me dan un asco que me muero. Tengo que ir a comprar.

—Déjame a mí. Haz una lista y yo te lo traigo. —Su hermana levantó un vaquero de la única mesa que había en la habitación que no tenía herramientas encima.

—Perfecto. Así voy limpiando la zona de la casa.

—¿Qué casa? Sólo hay una cama y la cocina. —Abrió los ojos como platos. —¿Hay baño? —Rodearon el muro y suspiraron de alivio al ver una puerta. —Yo ahí no entró.

—Mejor entrar cuando llegues con los productos de limpieza.

—Traeré mascarillas.

—Guantes... trae guantes.

—Y lejía.

Se echaron a reír y Kim la abrazó. —Gracias por ayudarme.

—Lo que sea.

Dos horas después había avanzado mucho. El baño era una pequeña ducha y un inodoro. Ni siquiera había lavabo, así que supuso que se lavaba los dientes en la pila de la cocina. Aquello era mucho peor que su garaje. Pero limpio podría soportarlo. Después de hacer la cama se puso a preparar la cena. Espaguetis, porque no había horno. Estaba haciendo la salsa de tomate cuando escuchó que se abría la puerta. Siguió revolviendo la salsa echando algo de orégano y se sobresaltó cuando dio un portazo.

Le miró de reojo porque todavía no había pensado bien lo que le iba a decir, así que iría improvisando.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó muy tenso quitándose la cazadora de piel de malos modos y tirándola sobre un perchero repleto de cosas.

—Pues... —Sacó la cuchara de la olla y la probó con cuidado. No estaba mal. —Pues tengo un problema, así que aquí me tienes.

—¿Un problema? —Dio un paso hacia ella, pero al darse cuenta de que se acercaba se detuvo en seco cruzándose de brazos. —¿Qué problema?

—Mi madre se va a trasladar a Florida y en casa de Sheila no hay sitio para mí a no ser que la pobre duerma en el sofá, así que me he venido aquí. No puedo estar sola. —Le miró de reojo.

—¿Cómo que no puedes estar sola? ¡Siempre has vivido sola!

—Ya, pero después de que me operaran y la niña...

Él la miró con desconfianza. —¿Qué le pasa a la niña?

—¡Nada! Todo va bien. Gracias por preguntar —dijo con ironía.

—¡No te pregunté porque no me lo habías dicho! ¡Incluso mis amigos me lo ocultaron! Estaba claro que no querías que te preguntara nada sobre ella.

—Pues te equivocabas. —Levantó la barbilla. —Ahora si no te importa, tengo hambre y voy a cenar.

Él forzó una sonrisa negando con la cabeza. —No puedes quedarte aquí.

—Claro que sí. Ni te enterarás. —Se acercó a la mesa y levantó una caja. —¡Tapones para los oídos! —Levantó otra caja. —¡Un antifaz! Y menos mal que lo he comprado porque no tienes cortinas. La claridad me molesta y las embarazadas dormimos mucho.

—Te alquilaré un piso y contrataré una enfermera para que esté contigo.

—¿Tienes amante?

—¿Qué?

—Si tienes una amante, amiguita o follamiga. Como quieras llamarlo. ¿Le puede molestar a alguien que yo esté aquí?

—¡A mí!

Eso le dolió, pero chasqueó la lengua girándose a la cocina de nuevo para que no se diera cuenta. —Es un gasto innecesario. Aquí estoy bien.

Asombrado vio como servía un plato enorme de espaguetis y le echaba la salsa por encima hasta casi hacerla rebosar. Se sentó a la mesa y levantó una ceja. —¿Quieres que te sirva?

Él entrecerró los ojos. —Esto no es buena idea. ¡Es una idea pésima!

—No tienes que preocuparte, es sólo por precaución. El médico no quiere que esté sola en casa, pero todo pasará en cinco meses.

—¡Cinco meses! ¡Si en dos cambiamos nuestras vidas totalmente, en cinco esto puede ser un desastre!

—Qué exagerado. —Enrolló los espaguetis y sopló sobre ellos. Al levantar la vista vio que le estaba mirando los labios y reprimió una sonrisa antes de metérselos en la boca. Chupó de un espagueti hasta metérselo en la boca y masticó sonriendo.

Él la miró a los ojos y se tensó. —¡No te quiero viviendo en este barrio!

—No, si al barrio voy a salir poco, porque estoy de baja.

Mike se acercó hasta ella. —¿Y eso por qué? ¿No iba todo bien?

—Sí, pero como he estado ingresada y después con lo del embarazo, el médico nunca me llegó a dar el alta. Dice que es un embarazo de riesgo, así que no piensa dármela hasta el final.

—¡Pues en la biblioteca estarán contentos!

—¿Y a ti qué te importa si están contentos o no? ¿No quieres cenar?

No contestó, simplemente se la quedó mirando como si fuera una molestia. Sabía que no sería fácil convencerle, pero no podía hacer nada a no ser que la echara a la calle y estaba embarazada, así que no la tocaría.

—¿No has empezado a trabajar en nada? —preguntó mirando el taller. No veía nada a medias. Ni a medias, ni empezado, ni nada. Sólo el material.

—Ya sabes que no me gusta enseñar mi trabajo. ¡Ni hablar de él!

—Perfecto. ¿Pero puedo mencionar que esa escultura en la cama es pasarse un poco? ¿Igual deberíamos hablar de lo que se debe quedar en la intimidad de un matrimonio y que no. —Le señaló con el tenedor la silla de enfrente. —¿Por qué no te sientas?

—No. No pienso hablar contigo de mi trabajo.

Molesto fue hacia la cocina y ella sonrió al ver como se servía. No se

había podido resistir a su salsa de tomate. Se sentó ante ella y se puso a comer ignorándola. Vale, eso podía soportarlo. Cuando había comido la mitad la volvió a mirar. —No me gusta que te quedes aquí.

—¿Y qué propones?

—Múdate a la casa y te iré a ver todos los días.

Este tío es idiota. Sonrió disimulando. —La agente inmobiliaria dice que se venderá en un suspiro. Además, no tiene muebles. ¿Y qué parte no has entendido de siempre estar acompañada?

—¿Se venderá en un suspiro? —Molesto pinchó en el plato casi traspasándolo. Aunque el plato era realmente horrible, así que daba igual que se cargara toda la vajilla. —El mercado inmobiliario está fatal.

—Pues ella dice que no. Dice que se venderá en un millón.

—Eso es poco.

—¿Tú crees?

—¡Los agentes bajan el precio para venderla más rápido por la comisión, Kimberly! Hablaré con ella.

—Da igual, de todas maneras, no puedo dormir sola.

Él gruñó por lo bajo terminando de cenar en un suspiro. —Contigo no podré trabajar. ¡Nunca trabajo delante de nadie!

—Y no puedes pasarte cinco meses de vacaciones. Prometo no mirar.

—Sí, ¿cómo aquella vez que te encontré arrastrándote por el garaje?

—¡Oye, pensaba que eras un delincuente! Y no me equivoque demasiado, ¿verdad?

Él se tensó tirando el tenedor sobre el plato. —No, no te equivocaste demasiado.

—¡Joder! Qué sensible estás con ese tema. —Molesta se levantó de la mesa y recogió su plato.

Asombrado la miró como si no la conociera. —¡Lo prometiste! ¡Prometiste que no entrarías en el maldito garaje!

—Perdona... —dijo ella con burla—. ¡Tú también me dijiste que no tenías antecedentes!

—¡Y llené tu casa de delincuentes! —gritó él levantándose—. ¡Dilo!

—¡Mira, si quieres que te eche la culpa de lo que hizo Cris o James, no lo voy a hacer! ¡Podría haber conocido a otro que se chivara de donde estaba yo o haberme encontrado con Cris en cualquier momento! ¡No fue culpa tuya! —Tiró el plato en el fregadero y se rompió. —¡Ese ya no hay que lavarlo!

—¡Cuidado!

—¡Oh, perdona! ¡Prometo reponer esa maravillosa porcelana con mi parte de la casa! —Respiró hondo acariciándose el vientre. Se sintió genial. ¡Estaban discutiendo! Eso era un avance. Sonrió radiante y él parpadeó como si no se lo esperaba. —Voy a ducharme.

La miró con horror y se interpuso en su camino. —No puedes ducharte.

—¿No tienes agua caliente?

—No. ¡Sí! No es eso. Últimamente no he limpiado mucho.

—Oh, ya he limpiado yo. ¿No te has dado cuenta? —Él se dio la vuelta de golpe y miró la cama hecha con sábanas limpias y un edredón nuevo. Entró en el baño encendiendo la luz de golpe y vio que estaba impecable con toallas rosas y azules. —Las azules para ti —dijo entrando resuelta en el baño—. Se quitó el jersey mostrando su sujetador negro, pero él no miró eso. Miró la cicatriz que tenía en el vientre y ella disimulando se bajó los pantalones premamá quedándose en ropa interior ante él.

Mike la miraba pensativo y ella susurró —Puedes tocarla, ¿sabes? No me importa.

Que se volviera y cerrara la puerta de golpe no la sorprendió. Bueno, al menos estaba allí y no la había echado.

Salió con el cuerpo húmedo rodeado de una toalla rosa y fue hasta el armario destartado donde había colocado las pocas cosas que había llevado. Sacó un grueso pijama de corazones rojos y al volverse le vio en su zona de trabajo con unas tenazas en la mano. —¿Vas a trabajar? Ahora me acuesto.

Él suspiró dejando las tenazas sobre la mesa y la miró a los ojos apoyando la cadera en ella. —¿Por qué confías en mí cuando te abandoné en la cama de un hospital?

Que lo dijera tan fríamente le dolió un poco y con el pijama en las

manos se sentó en la cama. —Pero no me abandonarás ahora, ¿verdad? Necesito que estés a mi lado.

—Dije que te protegería y no lo hice antes. No sé cómo puedes confiar en mí de nuevo para esto.

—Si me estás preguntando si confío en que no me harás daño de nuevo, sé que lo harás. —Mike se tensó mirándola a los ojos. —Porque te quiero y cuando me rechazas me haces daño. Pero no estamos hablando de mí, sino de la niña.

—Si estás utilizando a la niña para volver conmigo, no es buena idea.

Se dio cuenta de que tenía razón, pero ni de coña se la daría. Estaba allí y allí se iba a quedar. —Me acabo de dar cuenta que nunca hemos hablado de cómo será nuestra vida después de que nazca la niña y puede que no quieras saber nada de ella. Si es así...

—¡No es así! ¡Quiero formar parte de la vida de la niña!

—¿Y a ella la vas a apoyar? ¿Vas a estar a su lado y todas esas cosas?

—Claro que sí.

—Podré confiar en que la cuides, ¿verdad? En una casa bonita con todas las comodidades...

—Me mudaré.

—¡Eso es estupendo! ¡Pues la niña está aquí! —Se señaló el vientre. — Y necesita que la cuides desde ya. —Se levantó y gritó —¡Así que deja de dar el coñazo!

Exasperada entró en el baño y dio un portazo molesta porque a la niña la cuidaría, pero a ella que le partiera un rayo. Sería gilipollas.

Salió del baño todavía mosqueada y se metió en la cama sin mirarle siquiera. Se puso los tapones y el antifaz. Después de media hora se dio cuenta que esos tapones eran una mierda, pero ni se movió escuchando cómo se movía por la habitación. No pasaba nada. Dormiría de día como él. Escuchó el sonido de la música y se dijo que se lo tenía merecido por hacerle caso a una mujer que llevaba sin marido veinte años. Debería ser él quien le rogara de rodillas que volviera con ella. Era él quien le había fallado. Porque lo había hecho al dejarla sola en el hospital. Puede que estuviera asustado después de todo lo que había pasado y no se diera cuenta de sus sentimientos,

pero había que ser idiota para seguir sin enterarse de que estaba enamorado de ella. Pensó en ello unos minutos. Esperaba que entrara en razón pronto, porque su casa les estaba esperando. Se volvió preocupada pensando que aquel colchón le iba a provocar una escoliosis y al final se quedó dormida de puro agotamiento.

El sonido del teléfono la despertó y gruñó molesta, empujando a Mike con fuerza haciéndole caer de la cama tirando la mesilla de paso. Desorientada se sentó de golpe abriendo los ojos y gritó —¡Estoy ciega! —Se llevó las manos a los ojos suspirando de alivio cuando se apartó el antifaz para ver la horrible decoración que tenía delante. Se dejó caer sobre el colchón y se dio cuenta que faltaba algo sentándose de nuevo. —¿Mike?

—Estoy aquí.

Ella miró al otro lado de la cama para ver que se levantaba como Dios le trajo al mundo. Esa sí que era una manera estupenda de despertarse. —¿Qué haces durmiendo en el suelo? ¿Y en pelotas? ¿No tienes frío? —El teléfono volvió a sonar. —Cariño, te suena el... —Se volvió mostrándole el trasero y perdió el hilo de sus pensamientos. Madre mía, tenía las hormonas alteradísimas. ¿Antes tenía ese lunar en la nalga derecha?

Él se volvió hablando por teléfono y ella disimuló tumbándose de nuevo, bajando el antifaz y cubriéndose con las mantas. Mierda, ¿no había calefacción? ¿Qué hora sería para que llamaran por teléfono? Levantó una esquina del antifaz mirando hacia la ventana, pero era de noche. Como estaban en invierno podrían ser las ocho de la mañana. Pero aún tenía sueño, así que cerró los ojos suspirando. Sintió que Mike se tumbaba a su lado y sonrió. Se acercó susurrando —Cariño, ¿aquí hay calefacción?

Escuchó que murmuraba algo —¿Qué?

Él le tocó el oído y le quitó el tapón. —Nos mudamos por la mañana.

Asombrada se quitó el antifaz para mirarle a los ojos. —¿De verdad?

—No puedo dejar que pienses que estás ciega todas las mañanas.

—¿A la casa nueva?

—Todavía están las cosas en el garaje. O al menos es lo que me acaba de decir Clyde. Así que trasladarán la cama al dormitorio y asunto solucionado.

—Perfecto. —Se volvió a poner el antifaz y susurró —Me muero por probar la bañera. Con agua caliente... y espuma... mmm. Sí, esa bañera tiene que ser estupenda.

Él carraspeó girándose y ella levantó la esquina del antifaz para ver que le había dado la espalda. Qué raro. Nunca dormía para ese lado. Volvió a dejar el antifaz en su sitio y dijo —Cariño, ¿me traes un vaso de agua? No quiero destemplarme.

Mike gruñó apartando las sábanas de mala manera y ella levantó el antifaz sentándose. Era obvio lo que estaba ocurriendo y no se cortó en mirar su sexo erecto. —Vaya, nos levantamos juguetones por la mañana.

Él cerró la nevera de golpe de mal humor. —Sabes que por las mañanas me excito enseguida.

—Pero tienes que pensar que compartes la cama con la madre de tu hija. —Cogió el vaso que le tendía sonriendo. —No pienses en mí como una mujer. Porque no vas a mojar. —Bebió del agua y tragó. —¡Está muy fría! ¿Quieres que me ponga enferma?

Él le arrebató el vaso y se lo bebió de golpe dejando que una gota cayera por la comisura de la boca. A Kim se le cortó el aliento al ver como esa gota rodaba por su cuello hasta llegar a su clavícula. Atontada miró sus ojos.

—No voy a mojar, ¿eh? —Parecía muy divertido.

—No —dijo rápidamente—. Será mejor que no. Por el bien de nuestra relación futura como padres de nuestra hija. Además, no confías en mí, así que no sería buena idea.

Él se tensó y se volvió para dejar el vaso en el fregadero. —No confiaba en ti respecto al trabajo.

—Ya, pues lo que yo digo. Que no confías en mí.

—¡Si te hubiera enseñado lo que estaba haciendo, hubieras puesto el grito en el cielo!

—¡Si me encantan! —Indignada se arrodilló sobre la cama. —No deberías poner palabras en mi boca.

—¡Sí, ya! —Se volvió avergonzado y se pasó una mano por el cabello. —Da igual. ¡No me gusta que vean mi trabajo! ¡Ni se lo enseñe a Julie!

—¡No me mientas! ¡Di lo que quieras, pero no me mientas!

La miró asombrado. —¡No te miento!

—¡Julie me dijo al poco de conocerte que necesitaba que me echaras un polvo! ¡Algo tuvo que ver! —Él reprimió la risa y ofendida se sentó. —¡No tenía cara de necesitar un polvo!

—Nena, ¿no tienes sueño?

—¿Mirando eso? —Le señaló en la entrepierna. —Tápate, por Dios. ¡Soy una mujer embarazada con las hormonas disparadas!

—¿No me digas?

La miró de tal manera que a Kim se le erizó el cabello y sintió como sus pezones se endurecían. —¿No te acabo de decir que no va a haber sexo? ¡Al parecer trabajar con esas máquinas te ha dejado sordo!

—Lo he escuchado perfectamente. Pero tienes una necesidad y no podemos dejar que la niña se estrese, ¿no es cierto?

—¡Tendrás cara! —Se tumbó dándole la espalda mientras él se reía.

Mike se tumbó a su espalda y se pegó a ella. Kim gimió por lo bajo al sentir su excitación a través del pantalón del pijama. —Nena, sé que no estás enfadada conmigo. Sino no estarías aquí.

—Qué listo eres —siseó intentando apartarse porque la estaba poniendo nerviosa, pero Mike se volvió a pegar a ella.

—¿No tenías frío?

—Se me ha quitado.

—¿Tienes calor? —preguntó sujetándola por la cadera impidiéndole que se moviera mientras se pegaba a ella de manera totalmente indecente. Y era maravilloso. —Déjame que te ayude —dijo con voz ronca llevando la mano a la goma del pantalón bajándoselo ligeramente. El roce de las yemas de sus dedos la hicieron temblar y ella le miró sobre su hombro deteniéndole en seco al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Kim... nena, no llores. ¡Sabes que no me gusta que llores!

Parpadeó poniéndose boca arriba y se miraron a los ojos durante varios segundos antes de que Mike la cogiera por la nuca atrayéndola a su cara. — ¡Tú has querido estar aquí! —La besó apasionadamente demostrándole todo

lo que la necesitaba y Kim no necesitaba nada más que eso para devolverle el beso. Desesperada por sentirle contra su piel tiró de la chaqueta de su pijama hacia arriba y él lo entendió metiendo la mano por su escote y abarcando uno de sus pechos con pasión.

Gimió en su boca antes de apartarse y susurrar con voz ronca —Cariño, con cuidado.

Él la besó tumbándola sobre la cama de nuevo y dijo contra sus labios —¿Te duelen?

—¡No! —gritó cuando apretó su pezón entre sus dedos. Él la miró a los ojos tirando de su camisa y rompiendo los botones para dejar los pechos al aire.

—¿Están muy sensibles? —preguntó elevando uno de sus pechos y sin dejar de mirarla a los ojos se lo metió en la boca chupando con fuerza, retorciéndola de placer y él sonrió con malicia antes de pasar la mejilla por su pezón endurecido—. Esto es lo que va a hacer la niña. —Volvió a chupar pasándole la lengua por su aureola y Kim pensó que no sabía cómo había podido vivir sin él esos meses. Enterró sus manos en su cabello negro deseando más y él lo repitió en su otro pecho, torturándola una y otra vez hasta que pensó que se volvía loca. Sin darse cuenta ni de lo que hacía, ni se enteró de que la desnudaba hasta que sintió sus labios en su vientre bajando hasta su sexo y acariciándola íntimamente, la estremeció de pies a cabeza con un intenso orgasmo que la dejó sin aliento.

Agotada y sudorosa, pero completamente feliz abrió los ojos, parpadeando cuando no le vio ante ella. Se apoyó sobre sus antebrazos y escuchó que estaba en el baño. ¿Ya? ¡Pensaba que tendrían una sesión de sexo salvaje durante horas! Se levantó y fue hasta el baño abriendo la puerta para verle dentro de la ducha.

—Nena, si no vas a dormir más deberías vestirte. Tenemos mucho que hacer.

—¿Qué haces? ¡Vuelve a la cama! ¡No he acabado!

Él, que se estaba enjabonando la cabeza, sonrió. —Sí que has acabado.

—Pues tú no has acabado.

—Sí he acabado.

Le miró confundida y bajó los ojos hasta su sexo que era obvio que sí que había acabado. —¿Te has...?

—Hacía mucho tiempo. Vístete que tenemos que trasladarnos.

—¿Esto no será por la niña? Porque me ha dicho el médico que todo va bien. Puedo tener sexo. ¡De hecho, puedo tener más sexo de lo normal y llevo cuatro meses de retraso! —Se abrió la camisa del pijama. —¡Estas se han sentido muy solas! ¡Y las tengo enormes! ¿No os gustan así a los tíos?

—A mí también me gustaban antes. Pero se ha cerrado el grifo.

—Estoy horrible, ¿verdad? —Él se quedó de piedra al ver que estaba a punto de llorar. —Es por eso. ¡Ya no te atraigo! —dijo medio histérica—. ¿Pues sabes qué? ¡Que te den! ¡Voy a parir a tu hija porque no te pusiste condón! ¡Así que te jodes!

Se volvió y se metió en la cama cubriéndose hasta la cabeza. Al parecer sí que tenía las hormonas algo disparadas. Hizo una mueca bajo el edredón porque echarle la bronca por no acostarse con ella, no era la mejor manera de que la viera como la solución a su soledad. ¡Estaría deseando quedarse solo!

Rumiando su estupidez le escuchó salir del baño.

—¿Qué haces aun en la cama?

Puso los ojos en blanco porque la sensibilidad no era lo suyo. Pero eso ya lo sabía, así que no debía deprimirse porque no le regalara flores. Apartó el edredón y vio que se acercaba al armario. Lo abrió cogiendo un jersey negro y poniéndoselo carraspeó. —Sobre lo que acaba de pasar y para que quede claro... tus pechos me ponen mucho. Como todo lo demás. Sólo tu olor me excita. ¿Contenta? —Se puso los vaqueros. —Pero como has dicho que no confié en ti y tenías razón, creo que lo mejor es que no nos impliquemos más de lo que ya lo estamos. Además, fuiste tú la que dijiste que nada de sexo.

—¡Eso fue antes de que me chuparas entera! —Se puso como un tomate al darse cuenta de lo que acababa de decir y él se echó a reír. —Tú ya me entiendes. —Salió de la cama. —Voy a ducharme.

Bajo el agua pensó que estaba hecha un lío. No sabía nunca por dónde le iba a salir. Primero no la quiere en su estudio y después le proporciona un orgasmo para luego decir que se mudaban a la casa nueva. No había quien le entendiera. Estaba segura de que la quería, pero no sabía cómo hacerle

entender que la necesitaba. Entonces sintió terror. ¿Y si realmente no la necesitaba? ¿Y si la había dejado sola en el hospital porque realmente no la necesitaba para seguir adelante y había pasado página? ¿Y si sólo se estaba torturando a sí misma en una relación que jamás iría a ningún sitio?

Negó con la cabeza. Si estuviera bien sin ella, hubiera tenido sexo con otra y no lo había tenido. Y seguro que no le faltaban ofertas. Se frotó el cabello con fuerza pensando en ello. ¿Cómo hacerle ver que la necesitaba en su vida? Había dado el primer paso que era provocar que no se separara de ella, pero ahora tenía que conseguir que quisiera estar a su lado. Igual mudarse a una casa con tantas habitaciones no era buena idea. Allí estaban juntos. En una casa con tantos metros podía esconderse en el garaje y no verle el pelo en todo el día. Frunció el ceño analizando el asunto. Sí, no era buena idea. Ahora tenía que encontrar la excusa para quedarse allí.

Salió del baño y sonrió al verle meter cosas de trabajo en una caja de madera. —¿Qué haces?

—Coger lo que necesito —dijo como si fuera tonta.

—¿Pero a dónde vas?

La miró fijamente. —Nena, ¿estás bien? Te dije que nos mudábamos a la casa.

—¿Iba en serio? —preguntó haciéndose la sorprendida—. Hablamos de eso ayer por la noche y te dije que la casa se vendería enseguida. ¡No podemos ir a la casa!

Él dejó lo que tenía en la mano dentro de la caja y se acercó lentamente. —Nena, ¿seguro que estás bien?

—Tengo algo de hambre. —Contradiendo lo que decía, fue hasta el armario y sacó otro pijama.

—¿Qué haces? Vístete que nos vamos.

Se detuvo en seco con los ojos muy abiertos. —A la casa nueva.

—¡Sí!

—¡Que se va a vender enseguida! ¡No me marees más! ¡Estoy harta de ir de un sitio a otro! —Mike perdió la paciencia y se acercó a ella arrebatándole el pijama de la mano. —¡Eh! ¡Que me lo voy a poner!

—¡Nos vamos a la casa nueva! ¡Vístete o te visto yo!

—¿Por qué? Aquí estamos bien.

—¡Estamos en invierno y la calefacción funciona cuando le da la gana!  
¡Además, no puedo trabajar si quiero que descanses! ¡Vístete de una jodida vez!

—¡Si no tenemos muebles!

—No empieces. Tenemos una cama y eso es lo que tenemos aquí.

Mierda, y ahora cómo lo solucionaba. Quizás debería confiar en que no huiría de ella. Debía darle un voto de confianza ya que no la había echado a patadas.

## Capítulo 11

Cuando llegaron a la casa, Clyde ya estaba allí con Glenn. Cloe la saludó desde el jardín donde estaba podando un seto y ella le guiñó un ojo bajando de su coche. Mike se puso a hablar con sus amigos mientras ella entraba dejando que metieran sus cosas dentro. Sonrió mirando el hall. Tenían mucho que hacer. Ellos dejaron varias cosas en el garaje y después Clyde y Mike subieron sus cosas al piso superior. Ella paseó por allí sin quitarse el abrigo y Mike al bajar le dijo a su amigo —Sí, ahora tendré que hablar con la agente inmobiliaria de... —Al verla allí de pie se detuvo a mitad de la escalera. —Nena, ¿no te quitas el abrigo?

—¿Por qué, si nos vamos?

—¿Nos vamos? ¿A dónde? Ya lo hemos traído todo del estudio. — Confundido bajó los escalones y se acercó a ella. —Incluso toda la comida que había y que te has empeñado en traer.

—Ya, pero necesitamos muebles. Y una televisión. No puedo estar sin televisión.

Miró irónico a su amigo. —No puede estar sin televisión.

—A mí no me mires. Yo tampoco puedo.

—Si trajerais los muebles del almacén donde los metimos... y mi ropa. Mi ropa de invierno.

Clyde se echó a reír por su mirada inocente. —¿Puedes negarle algo a tu mujer embarazada?

Él frustrado se pasó una mano por su cabello negro. —Cada vez menos. Sabe chantajear emocionalmente como nadie.

—¡Eso no es cierto! ¡Retíralo!

—¿Acaso no estamos aquí porque te has venido a vivir conmigo haciéndome chantaje emocional con la niña? ¡Lo haces continuamente!

Ella palideció dando un paso atrás demostrando que le había hecho daño, pero no pudo evitarlo. Mike apretó los labios y siseó —¡Traeré los putos muebles!

Salió de la casa dando un portazo y Clyde suspiró. —Dale tiempo. No está acostumbrado a cuidar de nadie.

Desvió la vista avergonzada y susurró —No es cierto. Si tuviera que cuidarte a ti, lo haría sin pensar.

Clyde vio como subía las escaleras a toda prisa y se escondía en su habitación.

Les escuchó irse a los tres y para entretenerse colocó la ropa de ambos en el vestidor tomándose su tiempo. Después bajó a la cocina y empezó a hacer la comida. No sabía a qué hora llegarían, pero sino quedaría para la cena. Hizo pollo asado con guisantes y zanahorias. Como sabía que les gustaba el puré de patata, hizo el doble de lo normal. Lavó los platos que tenían en el garaje y puso la mesa. Al ver que el microondas estaba aún allí, lo trasladó colocándolo sobre la encimera. Entonces se dio cuenta que había un microondas empotrado encima del horno. Bueno, así tenía dos.

Se encogió de hombros pensando en que tenía que comprar unos estores para las ventanas de color gris cuando escuchó el ruido del camión. Tres horas y media. No era mal tiempo. Era una suerte que fueran tres fortachones.

Empezaron a bajar las cosas y ella abrió la puerta principal para gritar —¡La comida está lista! Dejar eso para después.

Ni se lo pensaron. Cogieron las sillas del salón que tenían en las manos y entraron en casa dejándolas en la zona de comedor. Cuando entraron en la cocina se quitaron las cazadoras dejándolas en el respaldo de las sillas.

—Tiene una pinta estupenda, Kim —dijo Clyde—. Al parecer te has quedado con la mejor cocinera. Sheila no sabe ni freír un huevo.

Kim se echó a reír. —Siempre se le ha dado fatal. Y mira que lo

intenta, pero siempre se distrae con algo y se le quema todo.

Mike no dijo palabra. Simplemente se sirvió una buena ración de puré de patata y dos trozos de pollo. Nada de verdura. Ella se sentó ante él y cogió el cucharón. —¿Guisantes, Clyde? —preguntó con segundas.

—Por supuesto.

—¿Y tú, Glenn?

—Está buenísimo, Kim.

—¿Y tú, cariño? ¿No quieres guisantes?

Él levantó la vista del plato. —No.

Chasqueó la lengua y se sirvió ella. —Habéis sido muy rápidos.

—Lo que más nos costó fue subir los sofás. Menos mal que Mike todavía no los había comprado porque a ver qué hacíais con cuatro.

—Es para tener algún mueble. La casa está muy vacía.

Comió sin ganas y se quedó en silencio porque le estaba dando la sensación de que todo aquel esfuerzo era absurdo. Cuando ya no pudo más, porque su marido no le dirigía la palabra mientras sus amigos intentaban relajar el ambiente, se levantó y Mike que estaba hablando con Glenn, se interrumpió al ver que casi no había comido. —Kimberly siéntate y come.

—Es que he estado picando mientras estaba haciendo la comida y se me ha quitado el hambre. —Fue hasta la pila y dejó su plato. —No os molestéis en recoger. Ya lo hago yo después.

Al ver que salía de la cocina, Mike se levantó. —¿A dónde vas?

—Voy al centro comercial. Nos faltan algunas cosas como papel higiénico.

Él frunció el ceño. —Espera a que descarguemos y vamos juntos.

—¿Quieres venir? —preguntó sorprendida.

—¿No te lo he dicho ya?

—Está bien.

Clyde miró a Glenn apretando los puños sobre la mesa antes de levantarse lentamente para mirar a Mike como si quisiera matarle. —Joder tío, a veces eres un cabrón de mierda.

—¡Clyde! —Preocupada se acercó. —Clyde no te metas.

Ignorándola se acercó a su amigo. —Tienes a una mujer preciosa que te quiere y que va a tener un hijo tuyo y tú la tratas como si no fuera nada para ti. ¿Quién te crees que eres? Has tenido una vida de mierda, ¿y qué? ¡Eso no te da derecho a joderle la vida a los demás!

—¡Métete en tus asuntos! —gritó ella asustada al ver la palidez de Mike.

Glenn se levantó por la tensión de los amigos. —Clyde, vámonos.

—¡No! ¡Quiero que me diga a la cara por qué quiere hacerle daño! Quieres que se aleje de ti lo máximo posible, ¿verdad? —le gritó a la cara—. ¡Por eso le haces daño continuamente porque no tienes los huevos a decirle que te da pánico que te deje ella como todos han hecho durante toda tu vida! ¡Como tu madre, como los que decían que eran tus amigos del barrio y te dejaron tirado provocando que casi te mataran!

Kim se apretó las manos de los nervios sintiendo un nudo en la garganta al ver el dolor en los ojos de su marido. —¿Mike?

—Sube a la habitación.

—¡No! Ahora os vais a calmar y vosotros os vais a casa —dijo firmemente—. Clyde por favor, vete a casa.

—Antes voy a descargar el camión. Yo sí tengo palabra.

Mike le dio un puñetazo a Clyde y le tiró sobre la mesa de la cocina del golpe. Kim gritó horrorizada tapándose la cara mientras Glenn se tiraba sobre su marido apartándole de su amigo. —¡Quietos! Mike, quieto. ¡Tu mujer!

Mike la miró y al ver el miedo en su rostro, se soltó con fuerza de Glenn. —¿Nena? No pasa nada.

Todas las imágenes con Cris volvieron a su memoria. Y el terror que sintió en aquel ascensor. Se vio a sí misma con el martillo en la mano golpeándole una y otra vez. —Kim, no pasa nada.

Con los ojos cuajados en lágrimas y la mirada perdida, él la abrazó cuando empezó a temblar. —No pasa nada. Clyde, díselo.

—Estoy bien, Kimberly. Pega como una chica.

Volvió a temblar con fuerza y Mike la cogió en brazos sacándola de la

cocina. Sus amigos les siguieron y Mike gritó —Llamar a su médico. ¡Se llama MacAllister! Está en mi móvil.

La metió en la habitación a toda prisa y la tumbó suavemente en la cama. —Vamos, nena. Me estás asustando. —Corrió hacia el baño y mojó una toalla para sentarse a su lado y pasársela por la frente. Entonces Kim se puso a llorar. —Shusss. Preciosa, no llores. Sabes que no me gusta.

—¿Cómo está? —preguntó Glenn entrando en la habitación. Al ver su estado añadió preocupado —Mike...

—¡Lo sé!

—Tienes que llevarla al hospital. ¡Está embarazada y tiene un ataque de nervios!

—No —susurró Kim antes de abrazar a Mike con fuerza sin dejar de llorar—. No me vas a dejar. —Mike cerró los ojos abrazándola. —No me vas a dejar otra vez.

—No, preciosa. No te voy a dejar. Ahora tranquilízate, por favor.

—Ya viene el médico —dijo Clyde entrando agitado.

—Me quieres —susurró ella—. Puede que no lo sepas, pero sé que me quieres.

—¿Lo sabes? —Acarició su espalda y se apartó para mirarle la cara. Volvió a abrazarla al ver que tenía mejor color.

—Sí. Por eso hiciste esas figuras de mí. —Lloró sobre su pecho. —¿Verdad?

—Sí, mi vida. Por eso te hice una y otra vez.

—Pasé tanto miedo. —Mike se tensó, pero ella no se dio cuenta. —Me dijo que te había matado.

—Pero tú acabaste con él.

—Eso me dolió —dijo casi sin fuerzas antes de desmayarse.

Asustado la tumbó sobre la cama. —¿Nena?

—Tranquilo, Mike. Sólo se ha desmayado —dijo Glenn acercándose—. Enseguida llegará el médico.

Se acercó a su boca y comprobó que respirara. Aliviado le acarició la

mejilla.

—Joder, creía que te había matado y por eso se enfrentó a ese cabrón —dijo Glenn mirándola.

—Ya no tenía nada que perder —dijo Clyde en voz baja.

Mike le miró. —¿Tú lo sabías?

—Claro que lo sabía. Me lo contó Sheila. No se enfrentó a él la vez anterior por él bebé y cuando se enteró de que te había matado todo le dio igual. Ya iba siendo hora que te dieras cuenta de que Kim merece que su marido la quiera por encima de sí mismo. Como ella hace contigo.

—Clyde, no creo que sea el momento —dijo Glenn—. Vamos a dejarlos solos. Descarguemos los muebles. Enseguida llegará el doctor y todo irá bien.

Mike la miró apartando sus rizos pelirrojos de su hombro. —Sabía que me ibas a traer problemas desde el principio, pelirroja.

—Ha sido por la tensión. El cuerpo es muy sabio y ha buscado una salida —dijo el doctor—. Debe hacer todas las comidas y descansar bien. Al parecer no dormía muy bien. Debe descansar.

—Sí, doctor. Sobre su estado de nervios...

El doctor la miró. Con el sedante que le había puesto se había quedado dormida. —Le recomendé que fuera a terapia y desgraciadamente puede tener una crisis igual en otros momentos. Tiene que tener en cuenta que es una mujer que ha sufrido mucho. Ha sufrido dos atentados contra su vida y ha perdido un bebé por ello. Para Kimberly tener este bebé es algo que no quiere que ese salvaje también le arrebaté. ¿Entiende? —Le miró muy serio. —Y si no va hacer todo lo necesario para que así sea, como crearle un ambiente confortable, seguro, donde ella se sienta arropada, le recomiendo que busque a otra persona que lo haga.

Él asintió. —Bien.

—En cuanto se despierte que coma algo. Y quiero que vaya al tocólogo esta misma semana para una exploración.

—Se lo diré.

—Si tienen más problemas, llámenme.

—Gracias, doctor.

Kim se giró pasando su brazo sobre el torso de Mike, que acarició su muñeca mirándola. Ella abrió los ojos y sonrió con cara somnolienta. —Hola.

—Hola. ¿Cómo estás, preciosa? El médico dice que tienes que comer. ¿Tienes hambre?

—No.

—Pues vas a comer.

—Lo siento.

—Eh, ¿qué tienes que sentir?

—Hacerte pasar por esto.

Mike se volvió de costado para mirarla. —No ha sido nada. —Acarició su cabello. —Eres mi mujer.

A Kim se le cortó el aliento. —¿Lo soy?

Él sonrió. —¿Sabes por qué compre la casa? —Ella negó con la cabeza. —Clyde se empeñó. Me dijo que ya era hora de empezar a tener una vida normal y no encerrado siempre en ese antro de mierda. —Sonrió divertido. —Literalmente.

—Es muy listo.

—Tardé muchísimo en encontrar una casa que me gustara. No quería quedarme en Manhattan y preferí buscar aquí donde los chicos tenían la empresa. Les echaba de menos.

—Son estupendos. Los mejores amigos que se pueden tener.

—Son la única familia que tengo. Que tenía, porque no sé si me perdonarán esto.

—Claro que sí. Te quieren. —Se miraron a los ojos. —Como yo. Pero sigue contándome lo de la casa. —Kim sonrió.

—Necesitaba un garaje para montar mi taller y no me decidía por ninguna casa. —Se echó a reír sorprendiéndola.

—¿Qué?

—La agente a la que se la compré me dijo que mi vecina estaba sorda y que no le molestarían los ruidos porque rondaba los setenta.

—¿No será rubia, bajita y con gafas?

—¡Esa! Me miró dulcemente y dijo, “No hay problema.” El problema vino cuando te vi bajar del porche. No reaccioné muy bien.

—Me ofendiste a propósito.

—Sí. Pero intenté hacer las paces.

Se echó a reír. —Menuda cara tienes. ¡Entraste en mi casa para llevarte el café! ¡Y encima pretendías que me disculpara yo!

—Es que me cuesta un poco dar el brazo a torcer. —La miró pensativo. —La noche que te conocí, empecé mi trabajo. Ni siquiera desembalé las cosas impaciente por encontrar el material perfecto para ti. —La miró a los ojos. —No te utilicé para la exposición. Después de irme las obras salían solas.

—Siento haber dicho eso.

—Yo no lo desmentí para que te fueras. —Le acarició la mejilla lentamente. —¿Sabes? Tengo la sensación de que no hay mucha diferencia entre Cris y yo. Los dos te hemos hecho daño.

—No digas eso. —Muy seria le cogió por la barbilla para que la mirara. —¡Nunca vuelvas a decir algo así! ¡No te pareces a Cris en nada! ¡Tú quieres que me vaya para no hacerme daño y él quería que me quedara para hacerme daño! ¡Disfrutaba con ello al contrario que tú, así que jamás vuelvas a compararte con él, porque no tenéis nada que ver el uno con el otro!

—Shusss, nena, tranquila.

—No vuelvas a decirlo. ¿Por qué me dices esas cosas tan horribles?

—Porque si te das cuenta ahora de como soy, no me dejarás cuando te ame más que a mi vida —susurró con voz ronca por la emoción—. Te alejarás ahora.

—Mi amor. —Acarició su mejilla acercándose y le besó por toda la

cara. —No quiero irme. Y no lo haré. —Besó sus labios suavemente. —  
Déjame ser parte de tu vida. Te quiero y necesito estar a tu lado.

Mike la abrazó como si nunca quisiera separarse de ella. —Te amo,  
nena. Tienes que tener paciencia conmigo. Pero te juro, que haré todo lo  
posible por cambiar.

—No quiero otro Mike. Quiero este. Quiero que este sea mi compañero  
y el padre de mi hija. —Le besó en los labios. —Esos días que pasamos  
juntos, demostraste ser el hombre que necesitaba a mi lado. Lo que ocurrió  
después te asustó, pero no volverá a pasar algo así. —Le guiñó un ojo. —Ya  
nos han acabado la obra.

Mike se echó a reír tumbándola de espaldas. —Mi preciosa pelirroja...  
—dijo mirándola con amor—. Me vuelves loco, ¿lo sabías?

—Tanto como tú a mí, mi vida.

## Epílogo

—Uhhh, estas hamburguesas tienen una pinta estupenda —dijo a Clyde que les estaba dando una vuelta en la barbacoa—. Ponme una.

—¿No es la segunda que te comes? —preguntó girándose para poner la hamburguesa sobre el pan que estaba a rebosar de queso y lechuga con cebolla.

—Seguro que te confundes.

Clyde entrecerró los ojos pensando en ello y Kimberly le guiñó un ojo. La cara de sorpresa de Clyde la hizo reír. —¡Venga ya! ¿Otra vez? A tu marido le va a dar algo cuando se entere.

—¡Nena! Ven, coge a Cloe, que quiero sacar unas fotos. Julie coge a Connor.

Julie y Sheila que estaban hablando, la vieron darle un mordisco a la hamburguesa y se echaron a reír. Ella les fulminó con la mirada antes de mirar a su marido y decir con la boca llena —Ya voy.

Mike la miró y abrió los ojos horrorizado al ver lo que tenía en la mano. —¡Kimberly, suelta eso!

—¡Tengo hambre!

—¡Ni hablar! ¿Cómo vas a tener hambre con todo lo que has comido? ¡Cada vez que te veo comer una hamburguesa se me ponen los pelos de punta!

—Eso sólo pasó en el embarazo de Connor. En este no se me antojarán hamburguesas continuamente.

—¿Has dicho en este? —gritó a los cuatro vientos.

Sus invitados reprimieron la risa cuando dijo con la boca llena mirándole indecisa —¿Sorpresa?

Julie cogió a Cloe de sus brazos mientras reaccionaba. La miraba con la boca abierta y preocupada dejó su hamburguesa. —Cielo, ¿estás bien?

—¿Por qué no te lo llevas adentro? —sugirió su madre divertida—. Creo que le ha dado demasiado el sol a tu marido.

—Sí, cielo. Vamos dentro. Te daré un vaso de agua bien fría.

Sorprendiéndola la cogió en brazos sonriendo y Kim se echó a reír golpeándolo en el hombro. —¡Serás farsante!

—¿Crees que no sé cuándo estás embarazada después de cuatro años?

Le abrazó por el cuello. —Me conoces muy bien, señor Robson.

Él la besó en los labios llevándola hasta la casa. —Tengo algo para ti.

—¿De verdad?

—Sí. Es algo que llevas esperando cuatro años.

Pensó en ello. —¿Cuatro años? No sé... —Al ver que la metía en la cocina se perdió aún más. —Ni idea.

La llevó hasta el garaje y a Kim se le cortó el aliento. —¿Puedo entrar?

—Puedes entrar —dijo mirándola con amor mientras la dejaba lentamente en el suelo—. Espero que te guste.

Emocionada cogió el pomo de la puerta y lo giró. Durante esos años ella no había entrado para respetar sus deseos y al fin tenía su confianza en ese aspecto. —Seguro que sí.

Abrió la puerta lentamente mientras él la abrazaba por la cintura siguiéndola. Había una pieza muy grande cubierta con una tela blanca en el centro del garaje. —¿Es esto en lo que llevas trabajando dos meses?

—Sí. Todavía no está acabada, así que no seas muy dura. —Él se acercó a la tela y tiró de ella lentamente.

Los ojos de Kim se llenaron de lágrimas al ver a Mike arrodillado en el suelo con los brazos en alto sujetando a Connor mientras ella embarazada estaba sentada a su lado cogiendo las manos de su hija mayor, que tiraba de ella como si quisiera levantarla. —Sí que lo sabías.

Mike se echó a reír y la abrazó por la cintura. —No tienes secretos para mí.

—Es preciosa.

—Tú sí que eres preciosa y te quiero.

—¿Esto significa que puedo entrar cuando quiera? —preguntó maliciosa.

—Muy graciosa.

Le abrazó por el cuello y se pegó a él besándole en el labio inferior. —  
¿Ya me amas tanto como yo a ti?

—Espera, que te lo demuestro.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Amor por destino”. Próximamente publicará “Róbame el corazón” y “Protégeme”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.